A comienzos del siglo XVI, tras la toma de posición inicial de Martín Lutero, fueron muchos los centroeuropeos que decidieron que la iglesia cristiana, tal como se venía gestionando desde Roma, necesitaba una honda reforma. Pero los Reformadores no lo cambiaron todo. Todos los cristianos europeos coincidían en que la iglesia cristiana y el estado civil debían ir siempre unidos. Así entre ambos, podrían dirigir una sociedad piadosa y cristiana donde caben todos, desde el monarca hasta el último esclavo o campesino.

Pero no tardó en aparecer una «Reforma radical», clandestina y marginada, que cuestionó esta manera de entender la iglesia. Ellos entendían que en la era apostólica, sólo eran cristianos aquellos que seguían a Jesús por su propia voluntad y deseo. Leían en sus Biblias que más que apoyos de las autoridades, aquellos primeros cristianos habían tenido que sufrir el martirio frente a la intolerancia violenta de los poderosos.

Así empezó una de las grandes aventuras de la espiritualidad cristiana: el empeño «anabaptista» —conocido a la postre como «menonita»— por vivir una forma de cristianismo que no necesita el poder de las armas ni de las riquezas de este mundo. Una forma de cristianismo que se hace fuerte en la persecución y en la debilidad y en la marginación; que se empieza a parecer a Jesús cuando perdona a sus enemigos, adoptando —como él— formas no violentas de defender su verdad.

ISBN 978-84-613-0674-9



identidad cristiana

Byler

identidad cristiana

(en la corriente anabaptista/menonita)

Dionisio Byler

IDENTIDAD CRISTIANA

(EN LA CORRIENTE ANABAPTISTA/MENONITA)

identidad cristiana

(en la corriente anabaptista/menonita)

Dionisio Byler



Biblioteca Menno

Secretaría de AMyHCE
www.menonitas.org

Depósito legal: PM 553-2009
ISBN: 978-84-613-0674-9

Contenido

Capítulo 1.
Identidad cristiana… y algo más

Cuando mi esposa se enteró cómo pensaba titular este librito, le gustó la primera parte pero le pareció molesto el subtítulo —y eso que figura entre paréntesis.

—Pero Dionisio —objetó—, ¿acaso las otras iglesias evangélicas hacen tanto énfasis en su historia e identidad particular? ¿No te parece que es un poco sectario? ¿No será hora ya de enfatizar más la unidad y menos lo que nos separa y divide?

Esto me dio bastante que pensar y reflexionar.

Quizá la primera observación sería que en efecto, las comunidades anabaptistas o menonitas —esta familia de denominaciones cristianas que recuerdan sus orígenes en el movimiento anabaptista del siglo XVI (y en menor medida, también en el movimiento pietista alemán del siglo siguiente)— son «sectarias» y siempre lo han sido. Entendiendo aquí el término «secta» no en su sentido peyorativo, sino como lo suelen utilizar los estudiosos de la religión. «Secta» viene a ser, en esa usanza, cualquier grupo que se separa del tronco mayoritario de una religión, cultivando y manteniendo su identidad particular como algo diferente que aquella mayoría. Los «sectarios» creen que esa gran mayoría de sus correligionarios han errado el camino en algunos particulares importantes; y su identidad —así como su razón de ser— consiste en mantener en alto sus particularidades: aquello que los hace «diferentes».

En ese sentido son muchas las denominaciones evangélicas y pentecostales que pueden describirse como «sectarias» —siempre sin ningún ánimo peyorativo sino sencillamente como descripción de una realidad sociológica y religiosa.

Lo que quedaría por dirimir es la cuestión de si esa firmeza de identidad como movimiento particular dentro del cristianismo, es negativo y contrario a la voluntad de Dios. No habría que descartar automáticamente la posibilidad de que Cristo mismo pueda estar queriendo fomentar la diversidad en su Iglesia, en lugar de pretender que todos los cristianos tengan que seguir un pensamiento único impuesto por unas únicas autoridades eclesiásticas.

En algunos círculos evangélicos el «denominacionalismo» está muy mal visto, entendiéndose como un fenómeno hondamente perjudicial para el testimonio cristiano. Tengo la impresión —quizá equivocada— de que esos sectores tan críticos con las denominaciones sencillamente no tienen muy claro quiénes son ellos —en qué corriente del gran río del cristianismo navegan— y quieren disimular esa su propia confusión, acusando de atentar contra la unidad a los que no padecen tal confusión.

Puede que también desconozcan el propio significado y origen del término «denominación».

En la antigüedad y hasta el siglo XVIII, no existían denominaciones sino sólo La Iglesia —la única Iglesia posible, la de Cristo— y luego también existían herejías peligrosas contra las que había que luchar encarnizadamente. Si uno era «católico» (entendiendo como católica, es decir, universal, solamente esa parte de la iglesia que se sometía al Papa), todas las demás formas de cristianismo eran —por definición— herejía y apostasía. Herejes, paradójicamente, resultaban ser entonces los «ortodoxos», es decir toda la mitad oriental de la Iglesia; herejes eran todos los Reformadores protestantes y sus iglesias; y herejes éramos, en fin, todos los pequeños grupos independientes que habíamos surgido con y después de la Reforma protestante. Si uno era Reformado calvinista presbiteriano, hereje era —naturalmente— el catolicismo; pero también (aunque quizá no tanto) el luteranismo, el congregacionalismo… y demás grupos. Y así sucesivamente, cada grupo se entendía ser, solamente él, La

(Única) Iglesia; y todos los demás, sencillamente herejes. (¡Tal vez hasta «perversa y obstinadamente» herejes!)

Esto era más o menos fácil de sostener siempre que las iglesias fueran estatales. Con el apoyo policial y militar de los gobernantes, se podía imponer el pensamiento único en cada territorio, dejando poca o ninguna margen para la disidencia religiosa —apostillada, naturalmente, de herejía y gravísimo peligro para la sociedad entera en su relación con Dios. La Guerra de los Treinta años, que asoló Alemania durante la primera mitad del siglo XVII, resultó en un desprestigio clamoroso del cristianismo. Y cuando, exhaustas, las facciones religiosas tuvieron que firmar la paz, el resultado fue que La Iglesia (según cada cual la entendía) iba a tener que convivir en una misma sociedad civil con herejes redomados. Algo parecido sucedió en las Islas Británicas, donde las guerras civiles del siglo XVII tuvieron un fuerte componente religioso, con igual agotamiento y eventual componenda de convivir con «herejes» en un mismo país.

Aquí en España, naturalmente, la una y única Iglesia se eximió de semejante contubernio con herejes, gracias a la triste eficacia de la Inquisición.

Por el descrédito del cristianismo resultante de las guerras religiosas del siglo XVII, el experimento democrático estadounidense —fundado sobre ideales racionalistas de la Ilustración en el siglo XVIII— se aseguró de marginar del poder político a todas las facciones religiosas. En Estados Unidos, convivían estrechamente en una misma sociedad, inmigrantes de diversos países europeos, que traían consigo su (Única) Iglesia, según se entendía en su territorio de origen; o que, alternativamente, traían consigo su (Única) Iglesia que, perseguida en su territorio de origen, ahora tenía posibilidades de medrar en la libertad del Nuevo Mundo. Esto acabó obligando a los cristianos a entender que quizá no se trataba de una (Única) Iglesia frente a toda suerte de herejías reprobables y diabólicas, sino de cristianos, todos, sinceros y renacidos. Cristianos que, aunque sos-

tenían diferencias a veces notables, no tenían por qué considerar automáticamente condenados al infierno a los que no fuesen de su persuasión.

Así se acabó por acuñar el término «denominación» para describir una nueva manera de entender las relaciones entre cristianos. Uno podía ser episcopal, pero ésta era tan sólo una «denominación», un nombre que describe una de las corrientes del cristianismo. Igual actitud empezaron a sostener los presbiterianos, metodistas, congregacionalistas, bautistas, luteranos, cuáqueros, etc. Cada una de estas palabras tan sólo era una «denominación», un nombre, una manera de expresar sus diferencias, sin que esas diferencias tuvieran que derivar en la descalificación de todos los demás cristianos como herejes redomados, condenados al infierno por su contumaz rebeldía.

Pero el reconocimiento de ser «tan sólo» denominaciones, no tenía por qué hacer desaparecer las diferencias. Las diferencias eran importantes y cada corriente del cristianismo podía —y debía— celebrar y explorar las consecuencias de su manera particular de entender lo que significa ser cristianos. Esta es la celebración de la diversidad como un don del Espíritu. La diversidad como obra de Cristo, como la forma que él ha decidido gobernar su Iglesia. La eliminación del pensamiento único, a favor de la valoración de cada corriente por lo que podía aportar al pensamiento y la vivencia cristianas.

Cuando se critica, entonces, el denominacionalismo como si fuera una cosa negativa, hay que examinar si en el fondo no se esconde el deseo de volver a imponer el pensamiento único. Algunos de los que arremeten contra el tan denostado denominacionalismo, no dudan que el evangelio tal cual lo creen ellos —en todos sus particulares— es «la sana doctrina» en su forma más pura. Según su manera de ver las cosas, entonces, los que nos aferramos tozuda y obstinadamente a nuestras particularidades denominacionales, sólo quere-

mos dividir y separar en el cuerpo de Cristo. Según ellos, los que nos aferramos a nuestra identidad denominacional hemos perdido de vista la sencillez del evangelio. En lugar de predicar «solamente el evangelio» (es decir, el evangelio exactamente tal cual lo predican ellos, los que no son «denominacionalistas»), nos estamos entreteniendo en cuestiones secundarias. Secundarias según ellos, claro está.

Los que conocemos nuestros orígenes e identidad, los que sabemos cuándo y por qué el Espíritu creó la corriente cristiana en que nos movemos y el legado que hemos heredado de nuestros antepasados espirituales, no tenemos por qué plegarnos al totalitarismo ideológico del antidenominacionalismo. Debemos defender con energía que el cristianismo sea un movimiento plural y diverso, donde pueden convivir las diferencias de opinión y énfasis, según el Espíritu da a cada grupo. Lo que en ningún caso podemos aceptar es que —haciendo desaparecer las denominaciones— algunos pretendan obligarnos a todos los cristianos a pensar como piensan ellos, a entender el evangelio como lo entienden ellos y a practicar la modalidad de cristianismo que practican ellos.

Tenemos que decir bien claro, que el antidenominacionalismo es sólo una denominación más, dentro de la multiforme y plural espiritualidad cristiana. Y entendiendo que el antidenominacionalismo no es más que otra denominación, hemos de reclamar que esa denominación no tiene por qué postularse como superior a la nuestra.

El auge del antidenominacionalismo

El antidenominacionalismo tiene dos puntos de origen.

Uno es el esfuerzo misionero de las principales denominaciones cristianas durante el siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Exportando a otros países del mundo sus diferencias y rivalidades denominacionales —cuyo origen databa de viejas rencillas entre iglesias

estatales europeas y de movimientos de reforma eclesial en diversos lugares y épocas— muchos misioneros se las veían en dificultades para explicar a sus conversos en otros lugares, por qué era importante pertenecer a este grupo y no a otro. Los misioneros en muchos lugares prefirieron restar importancia a sus diferencias y enfatizar las doctrinas que tenían en común. En un entorno misionero donde lo que correspondía era hacer causa común cristiana contra idolatrías y religiones paganas, algunas denominaciones se dieron cuenta de que el evangelio que creían, practicaban y predicaban, era exactamente el mismo.

Pero no todas las denominaciones pudieron eliminar todas sus diferencias con todas las demás. En muchos casos las diferencias eran importantes y tenían consecuencias doctrinales y eclesiales fundamentales.

Sigue siendo muy difícil, por ejemplo —aunque se ha intentado en algunos emplazamientos misioneros— obviar la diferencia categórica entre estar en comunión con el Papa y no estarlo.

Pero incluso dejando de lado el catolicismo, se da el caso de que el «evangelio» que predican algunos grupos es «otro» que el que predican otros. Es «otro evangelio» en sentidos importantes, que no es útil (ni mucho menos, necesario) disimular o desmerecer.

Jamás debería faltar el trato respetuoso, los buenos modales de convivencia en sociedad humana, con los practicantes de otras confesiones religiosas. Pero una cosa es respetar aquello que uno considera que son errores importantes en personas ajenas a la iglesia de uno; y otra cosa muy diferente es tener que convivir con lo que se considera ser errores importantes… en el seno de una misma comunión. Si se intentara hacer esto último, el resultado natural será incrementar la aspereza y dificultades, ante la necesidad de aclarar cuál será la enseñanza autorizada de la iglesia. O que de tanta man-

ga ancha para cada cual creer y vivir como le viene en gana, al final ser cristiano ya no signifique nada en absoluto.

Si uno de los puntos de origen del «antidenominacionalismo» fue la experiencia misionera, su otro punto de origen está en los Estados Unidos, por las características particulares del sistema de gobierno que allí adoptaron. Dada la fuerza y el empuje misionero de las iglesias evangélicas de Estados Unidos, casi todo lo que se ha fraguado allí ha acabado influyendo en las iglesias evangélicas de todo el mundo. Véase como un dato positivo o negativo o neutral, la influencia de las iglesias evangélicas de Estados Unidos en el resto del mundo es honda y ancha… y es necesario comprender algunos de sus particulares para entendernos a nosotros mismos como evangélicos en el resto del mundo.

Eliminando de su manera de organizar la sociedad el patrocinio expreso de una religión, no por ello son los estadounidenses menos religiosos. Al contrario, desde los albores de su existencia aquel país ha tenido una fuerte vocación imperialista. Y todos los imperios de la humanidad han sido siempre religiosos y hondamente piadosos. No se llega a sostener el impulso expansionista imperial durante generaciones y siglos, si no es por sentirse impulsados a ello por una Fuerza Superior que ha escogido a determinado pueblo y lo ha dotado de especialísimo favor para imponer su forma de vida en todo el mundo. Desde los antiguos reinos de la China, Sumeria, Babilonia, Egipto, Grecia, Roma, etc., siempre las potencias imperiales han sido notablemente piadosas y escrupulosas en su fervor religioso. Y Estados Unidos no podía serlo menos, aunque en su Constitución no haya una religión favorecida.

Lo que sucedió en Estados Unidos, una vez relativizadas como «tan sólo» denominaciones las diversas corrientes cristianas, fue que se estableció lo que diversos autores han denominado la «Religión civil estadounidense». Sus preceptos son sencillos pero se imponen, en los estadounidenses, por encima de cualquiera convicción mera-

mente «denominacional»: Dios ha escogido a Estados Unidos como su pueblo predilecto, que debía tomar posesión del Nuevo Mundo así como Israel había despojado y hecho suya la tierra de Canaán. En el siglo XIX se hablaba del «Destino manifiesto» de Estados Unidos para ampliar sus fronteras siempre hacia el Oeste, hasta anexionar todos los territorios que poseían los impíos aborígenes y los mexicanos y extender su imperio desde un océano hasta el otro. A la postre en el siglo XX, Dios ha llamado a Estados Unidos a rescatar a los europeos del caos dos veces sucesivas, en sendas guerras mundiales, echar del Pacífico a los japoneses y encabezar la resistencia contra el ateísmo marxista soviético.

Esta piedad religiosa imperialista ha requerido la complicidad de las iglesias, que han consentido en dividir sus creencias entre el mínimo común denominador —aquellas doctrinas esenciales, en las que «todo el mundo» estaba de acuerdo— y luego un añadido de «peculiaridades» de cada denominación o confesión. Todas aquellas convicciones religiosas que no hallaban el consenso ampliamente mayoritario de la población estadounidense, entonces, podían tener su importancia pero se sobreentendía que no eran críticas, que eran secundarias. Como esos aspectos de la fe nada aportaban a la unidad de propósito nacional estadounidense, se tendía a verlos como motivo de división que es menester relegar a un segundo plano.

Con la influencia de las iglesias evangélicas norteamericanas en todo el resto del mundo, entonces, se conserva —aunque ahora con otro significado— esa distinción entre las doctrinas esenciales y las que son meramente «peculiaridades» denominacionales. Los evangélicos en el resto del mundo hemos aceptado que es necesario separar así entre las diversas partes de nuestra fe cristiana. Aunque el origen de esa distinción entre doctrinas esenciales y doctrinas secundarias fue una necesidad política estadounidense, ahora nos ha acabado por parecer normal —a los evangélicos de todo el mundo— reducir la doctrina cristiana a un mínimo común denominador de lo

que «todo el mundo cree». Ese reduccionismo a un mínimo común denominador en la religión, se llama «fundamentalismo».

El fundamentalismo, como la propia palabra indica, tiene siempre un sesgo hondamente conservador. Esto es porque la lista de doctrinas esenciales o fundamentales tiene que ser una lista cerrada e invariable. «Alguien» (en este caso las iglesias más conservadoras del mundo anglosajón) decidió de una vez por todas qué es lo que cabe en esa lista y qué es lo que no es necesario. Y esa decisión tiene que tener validez universal por todas las edades. De hecho, esa lista de «fundamentos» de la fe cristiana se entiende tan eterna que se les presupone a Abraham y Moisés, a Jesús y los apóstoles y a los Reformadores del siglo XVI, además de permanecer vigente e invariable para todas las generaciones del futuro. La «sana doctrina» del fundamentalismo tiene que ser universalmente válida en todas las eras de la humanidad y en todas las culturas, etnias y naciones.

Uno de los problemas resultantes es que como el listado de «fundamentos» de la fe se elaboró a finales del siglo XIX en el mundo anglosajón, es claramente anacrónico para los protagonistas de la Biblia. Es además occidental y por tanto de muy difícil aceptación en Oriente, para las maneras orientales de entender la vida. Es además decimonónica, quedando cada vez más desfasada —especialmente aquí en Occidente— respecto a como nuestros contemporáneos entienden la vida.

[Desde el punto de vista de la corriente anabaptista/menonita del cristianismo esa lista padece, además, de la misma carencia que los credos «católicos» de la antigüedad. Aquellos credos eran prolijos en definición de las dos naturalezas y sustancias de la persona de Cristo, pero nada decían acerca de seguir en las pisadas de Jesús, viviendo como él vivió. Estos «fundamentos» evangélicos adolecen del mismo intelectualismo. Son ideas que es necesario sostener, a la vez que se guarda un mutismo riguroso acerca de seguir en las pisadas de Jesús, viviendo como él vivió.]

Sin embargo, como ya hemos dicho, puede que el propio Espíritu esté deseando generar maneras alternativas de entender y vivir la fe cristiana —como invitación a la libertad y como rechazo del pensamiento único. ¿Y si fuera Cristo mismo quien nos está impulsando a elaborar formas diferentes de entender lo que supone ser cristianos según quiénes seamos, según en qué cultura y en qué siglo vivimos? Entonces, en ese caso, resultaría que **todo** lo que creemos con honda convicción es igualmente esencial. Entonces, siguiendo la línea de pensamiento que traza el apóstol Pablo en Romanos 14 y 15, quien se somete a la rigidez de este canon de «doctrinas esenciales», pero sin convencimiento, peca. Mientras que quien acepta de Cristo maneras variantes y alternativas de fe y fidelidad, aunque sea visto como «débil» por otros, es visto por Dios sencillamente como coherente y como discípulo fiel.

Identidad cristiana... anabaptista o menonita

Esta valoración positiva de la diferencia es el caso de las diversas asociaciones denominacionales de tipo anabaptista o menonita, por ejemplo, que en Estados Unidos han tenido un recorrido muy especial y particular.

Hay que entender que el mismo origen y razón de ser del anabaptismo es como movimiento cristiano **distinto que la religión estatal** —cualquier religión estatal o nacional—. Nosotros entendemos que cualquiera forma de cristianismo que se apoya en el poder civil y militar de los gobernantes, es en ello mismo corrompida y utilizada por ese poder, perdiendo así su sal, apagando así su luz, dejando así de ser una ciudad asentada sobre un monte. El rasgo particular que da sentido a esta denominación en particular, es que entendiendo que hay que seguir a Jesús en su forma de vivir y morir, niega la validez de todas las formas de cristianismo que viven y matan desde el poder de este mundo.

En la gran mezcolanza de denominaciones cristianas que se reconocieron la legitimidad unas a otras en arras del culto nacionalista norteamericano —minimizando sus diferencias porque lo que importaba era el divino llamamiento a construir una nación superior, con vocación de gobernar desde un océano hasta el otro y a sostener la civilización frente a las tiranías que surgían en Europa y Asia— la forma anabaptista o menonita de seguir a Jesús seguía tan discordante, tan fuera de lugar, como lo había sido antes en Europa.

Este rechazo de las formas violentas de la religión cuando apoya al estado, tiene una segunda vertiente. Viéndonos como comunidad alternativa a las sociedades violentas donde Dios nos ha puesto, siempre hemos entendido que la comunidad cristiana tiene que caracterizarse por la disciplina interna, donde nos ayudamos unos a otros —mutuamente— a vivir conforme al ejemplo de Jesús nuestro Señor y Maestro.

Probablemente los que más se aproximan a nuestra manera de vivir en comunidad cristiana —y por tanto quienes mejor nos comprenderán— son las órdenes monásticas en la Iglesia Católica. Ellos pueden comprender que para nosotros la comunidad de discernimiento y disciplina es la que da sentido a todo el discurrir de nuestra vida como seguidores de Jesús. El individualismo hace mella entre nosotros, pero seguimos manteniendo en alto el ideal de que es sólo en comunidad que empezamos a vivir la realidad del reinado de Dios en sociedad humana.

Y la especificidad de la comunidad local en la que a cada cual le toca vivir, vuelve a hacer difícil de ensamblar nuestra manera de seguir a Cristo, en el conjunto general de las diversas formas de piedad evangélica. Porque la fe cristiana dentro de la corriente anabaptista o menonita puede adoptar cualquiera de esas formas de piedad pero le añade esto más: que nos comprometemos a someter nuestras vidas a la guía, el apoyo espiritual y la supervisión, de nuestras

hermanas y nuestros hermanos que nos conocen, saben nuestras debilidades y nos estimulan a la fe y a las buenas obras.

Para nosotros la iglesia no es un añadido más o menos dispensable, que no aporta nada a la salvación. Para nosotros la iglesia no es el mero resultado de que reunirnos semanalmente es una forma eficaz para transmitir la fe, hace posible mejor música y conjuntos corales, nos otorga mayor diversidad de ministerios a nuestro servicio, con apoyos en la escuela dominical para los niños de todas las edades, y otras muchas infraestructuras religiosas.

No, para nosotros la realidad social de la iglesia es el anticipo del reinado de Dios.

Es en esta nueva sociedad humana que empezamos a vivir disciplinadamente hoy el tipo de relación recta, de perdón, ayuda mutua y amor fraternal, que cuando Cristo vuelva vivirá toda la humanidad. Separar el evangelio de la Iglesia —de la Iglesia como comunidad local de hermanos y hermanas— nos dejaría a nosotros huérfanos de evangelio. Si el presunto evangelio no es eficaz **para esto** —para crear nuevas formas de convivencia armoniosa entre hermanos y hermanas— ¿entonces para qué sirve, qué hace, qué cambios se supone que efectúa en las vidas humanas?

Y esta manera de entender la realidad de la iglesia es, otra vez, «sectaria». Porque nuestra vocación, como «denominación», es seguir manteniendo el testimonio de que la iglesia de Cristo, por una parte, ni necesita los poderes de este mundo ni se deja utilizar por ellos; y por otra parte, es ella misma un elemento indispensable —como comunidad disciplinada y discipuladora— del propio mensaje del evangelio para todas las naciones.

Indefensión e inconformismo

Quizá la particularidad de nuestra identidad cristiana como corriente anabaptista o menonita, se puede resumir en dos palabras: «indefensión» e «inconformismo».

En la década de los 70, dirigiendo la revista mensual de las iglesias menonitas de Argentina, *Perspectiva*, desarrollé en una serie de artículos la idea de utilizar la palabra «indefensión» como más o menos equivalente al concepto inglés de «nonresistance». (Aquellos artículos reunidos conformaron, a la postre, una parte importante de mi librito *Jesús y la no violencia*.[1]) Basado en una frase de Jesús en el Sermón del Monte, «nonresistance» venía a describir la obediencia anabaptista o menonita al mandamiento de no resistir (de formas violentas, se entiende) contra el que es malo. Exige una entrega absoluta de la vida en las manos del Señor, confiando que él tiene poder y capacidad sobradas para defendernos… siempre y cuando a él le parezca oportuno hacerlo. Como Sadrac, Mesac y Abed-Nego en el libro de Daniel, sabemos que si Dios quiere salvarnos, puede; y si no, estamos dispuestos a arder en el horno de fuego como holocausto, como perfume agradable a Dios.

El otro *non* del pensamiento anabaptista/menonita en lengua inglesa, es «nonconformity». Esta idea viene de la carta de Pablo a los romanos, donde insta: «No os conforméis a este mundo…» Es la convicción de que la iglesia está llamada a ser diferente que el mundo, a brillar en las tinieblas con la luz de Cristo, a contrastar en su manera de vivir, con las actitudes y conductas de todas las sociedades humanas donde Dios nos ha puesto. Yo suelo volcar este concepto al castellano con la palabra «inconformismo», aunque reconociendo que esa palabra (como también «indefensión») tiene su propia trayectoria en nuestra lengua —hay muchas otras formas de «in-

[1] Terrassa: CLIE, 1993.

conformismo» y por muy diversos motivos, no todos necesariamente loables. El «inconformismo» anabaptista/menonita, sin embargo, es nuestra convicción de que la vida cristiana hay que vivirla en comunidad cristiana disciplinada; y que la propia posibilidad de vivir así es parte del mensaje, parte del atractivo, parte esencial del **evangelio**.

En los capítulos a continuación exploraremos más a fondo estas dos ideas.

Posibilidades de entendimiento interconfesional

Casi nada habrá aquí que suene extraño para cristianos de otras tradiciones. Al contrario, muchos evangélicos de muy diversas tradiciones, así como muchos católicos y ortodoxos orientales, se alarmarían de que esto sea considerado «anabaptista» o «menonita» y no llanamente «cristiano».

Desde luego, no es mi intención exagerar ni necesariamente identificar *diferencias* sino explicar una *identidad* que es, sobre todo, cristiana. Y que siendo cristiana, hace suya toda la historia de los seguidores de Jesús, en todas las comuniones del cristianismo. Pero una identidad que siendo también expresamente anabaptista o menonita, acepta que en la maravillosa pluralidad multiforme del cristianismo, el Señor haya querido encomendarnos explorar especialmente éstos énfasis, éste aspecto de la Verdad —sin por ello negar ni menospreciar los aspectos que haya querido encomendar a otras comuniones cristianas.

Parece ser, paradójicamente, que cuanto más claro hablamos de nuestra identidad denominacional dentro del amplio espectro del cristianismo, más se nos abren las puertas al diálogo y entendimiento mutuo con nuestras hermanas y hermanos de otras confesiones; con evangélicos pero también con católicos y ortodoxos.

Creo que esto se debe a que todos, sin excepción, realmente pertenecemos —aunque algunos no lo sepan o quieran reconocer— a una corriente específica dentro de la fe cristiana. Quien no «pone sus cartas sobre la mesa» indicando con claridad las fuentes de donde ha bebido y la tradición donde se ha nutrido su fe, parece —aunque no sea esa su intención— estar escondiendo algo. Desde luego es difícil que quien esté dando la impresión de estar escondiendo algo, pueda tener un diálogo franco, abierto y positivo con los demás.

Ese diálogo franco y abierto se nos abre —en cuanto menonitas o anabaptistas— en primera instancia a nivel personal en cada lugar donde vivimos y damos testimonio de nuestra fe. Pero también viene sucediendo en los últimos lustros a nivel oficial, donde representantes del Congreso Mundial Menonita han podido aclarar malentendidos históricos —que vienen desde el siglo XVI— con luteranos y reformados y con representantes autorizados del Vaticano.

El futuro del cristianismo no tiene nada que ver con el pasado de intolerancia y persecuciones. El futuro será cada vez más uno de valoración positiva de la *diferencia* como don del Espíritu, como forma que ha escogido Cristo para ejercer como cabeza de la Iglesia. Para que ese futuro de diálogo y respeto y aprecio mutuo sea posible, sin embargo, vamos todos a tener que deshacernos de cualquier tipo de complejos, para decir claramente quiénes somos, qué es lo que creemos y practicamos —y por qué.

Agradecimientos

Tengo que agradecer en primer lugar al Primer Congreso de IAMUM (Iglesia Anabautista Menonita Unida de México) celebrado en un bonito entorno rural del estado de Chihuahua en agosto de 2008, la propuesta de los temas que figuran aquí como capítulos 3-6. Sin el estímulo de su invitación a abordar estos temas, este librito no

se hubiera escrito. Debo agradecer también la seriedad —casi diría que el entusiasmo— con que recibieron mis ponencias y las debatieron en grupos pequeños. La riqueza de la puesta en común al cabo del debate en grupos, me dio una enorme satisfacción. La naturaleza de aquel Congreso, donde sin que se dijera en tantas palabras era evidente que el tema de fondo era explorar su identidad como asociación de iglesias anabaptistas o menonitas, acabó por sugerirme el título para este librito.

También tengo que agradecer la invitación de Josep Carles Laínez, director de la revista historiográfica *Debats*, de Valencia, su invitación a escribir una biografía de Menno Simons como parte de un número dedicado a los Reformadores protestantes; lo cual dio lugar al ensayo que figura, a continuación, como capítulo 2. Escribir sobre este tema en la primavera de 2008, a la vez que escribía mis ponencias para el Congreso de IAMUM, fue seguramente lo que me sugirió la idea de incluirlo con aquellas en un mismo libro.

Agradezco, por último, el inestimable apoyo de Connie, mi esposa, quien siempre lee todo lo que escribo y me ayuda a eliminar mis ideas más disparatadas, a la vez que me anima y estimula con nuestras conversaciones interminables y su particular manera de vivir la fe cristiana. También a José Luis Suárez, cuyos comentarios me fueron muy útiles.

Capítulo 2.

Menno Simons y el ala pacifista de «la Reforma radical»

Como todo ser humano, Menno Simons[1] —o *Simonszoon*, hijo de Simón— es el producto de su era,[2] por muy particulares e irrepetibles que sean los detalles de su vida. Nacido en aproximadamente 1496, es menester situarlo en la sociedad medieval tardía del norte de Europa.

En algunos respectos aquella era una sociedad como la nuestra, inmersa en una transformación revolucionaria en la tecnología de la comunicación. Probablemente no haya otro paralelo equiparable a las consecuencias revolucionarias del invento de la imprenta, que la revolución que estamos experimentando en la era digital.

---

[1] Los aspectos puramente biográficos del material a continuación, se basan casi exclusivamente en dos biografías breves: la de Harold S. Bender, en *The Complete Writings of Menno Simons* (Scottdale: Herald Press, 1956), pp. 4-32 y la de Cornelius Krahn, en *The Mennonite Encyclopedia, Vol. III* (Scottdale: Mennonite Publishing House, 1957), p.p 577-584. Esta última trae una extensa bibliografía. Las fuentes originales se hallan exclusivamente en el dialecto oriental del neerlandés de la época, y en el de la costa alemana en el Báltico. Por ello, la investigación biográfica y bibliográfica sobre Menno ha tendido a producirse en los Países Bajos y Alemania. *The Mennonite Encyclopedia*, con su biografía de Menno y cuantiosos otros materiales relacionados, se está digitalizando y poniendo a disposición gratuita en internet. Véase: www.gameo.org.

[2] A falta de una extensa biografía de Menno, el presente artículo es una interpretación —en el siglo XXI— de la importancia de Menno dentro de la historia europea del siglo XVI y concretamente, dentro del pensamiento cristiano que Menno pretendía interpretar para su generación. La presente es una interpretación marcadamente confesional y simpatizante de Menno. Quien escribe es *menonita.*

Durante milenios, la escritura había sido patrimonio de las elites. El invento fenicio del alfabeto había contribuido notablemente a popularizar la lectura, pero aunque se pudiera estimar que porcentajes considerables de la población europea medieval tuvieran nociones rudimentarias del alfabeto, de ahí a ser una sociedad de lectores hay un trecho considerable. El caso es que desde siempre, salvo para ciertos usos públicos (por ejemplo, las inscripciones talladas en monumentos), casi nadie necesitaba leer (y menos, escribir) ni tenía oportunidad de hacerlo. Ejemplo del estado de la cuestión sería el invento de la imprenta en la China imperial. Una vez acabado el proyecto de poner en manos de la burocracia cierta documentación considerada esencial, el invento cayó en el olvido. Cayó en el olvido porque a nadie se le ocurrió que a la población en general le pudiera interesar leer; ni tampoco existía literatura de divulgación, que mereciera la pena publicar para el pueblo llano.

De hecho, la idea de que el vulgo y los esclavos estuvieran tan ociosos como para permitirse el lujo de dedicar horas enteras a la lectura, debía helar la sangre de las clases gobernantes. Y en esto tenían toda la razón del mundo, como los hechos de este último medio milenio constatan. El poder férreo de las antiguas castas terratenientes, militares y sacerdotales, que durante miles de años subyugaron la humanidad, se ha venido desmoronando bajo el influjo nivelador de la información puesta a disposición de la población general —gracias al ingenioso invento de Gutenberg.

Del movimiento mesiánico de Jesús a la Iglesia medieval

No podemos entender a Menno y a su generación ni muy especialmente a sus correligionarios del ala pacifista del movimiento anabaptista,[3] sin detenernos primero a considerar la contradicción entre la documentación primitiva del movimiento cristiano y la realidad eclesial medieval. En síntesis, se trataría precisamente del desfase total —el contraste absoluto— entre el contenido de los evangelios y la religión cristiana que se tenía como purísima y santísima verdad.

Los evangelios y todo el Nuevo Testamento describen un movimiento popular entre los marginados, en una provincia marginal del Imperio, con ideas esperanzadoras de crear una sociedad plenamente solidaria y equitativa, sin distingo entre ricos y pobres, nobles y plebeyos y esclavos, sin diferencias notables de género y sin recurso a la violencia para imponer sus normas. Una sociedad revolucionaria, donde los bienes materiales se ponían en común a disposición de todos y el señorío de las autoridades, los terratenientes y el emperador seguía siendo acatado externamente, pero resultaba irrelevante para el desarrollo de la vida cotidiana. No es que se alzaran

---

[3] Se observará que empleamos los términos «Reforma radical» y «anabaptismo» como sinónimos. «Reforma radical» es un término más neutral y teóricamente más correcto, puesto que sitúa el movimiento en su contexto histórico exacto, como radicalismo en el seno de la Reforma protestante. Las iglesias Católica y Reformadas y el Sacro Imperio Romano Germánico tildaron el movimiento de «anabaptismo» por lo conveniente que era aplicarles la legislación imperial —todavía vigente— que databa desde la supresión del *donatismo*, un milenio antes. Sin embargo, naturalmente, no existe ninguna continuidad ideológica entre el donatismo (que surge en África en el siglo IV) y este movimiento centroeuropeo del siglo XVI. El caso es que el mote de «anabaptismo» cuajó, y las propias iglesias descendientes de la «Reforma radical» se suelen identificar como *anabaptistas.*

contra las autoridades y los ricos. Es sencillamente que estas gentes ya no necesitaban el patronato ni la aprobación de las elites.

Declarando a Jesús «Señor» —un título normalmente reservado a las autoridades, al César y a la Deidad—, dejaban de verse ya como dependientes del ordenamiento jerárquico humano de toda la vida. Vivían vidas dedicadas sencillamente a sobrevivir y a apoyarse unos a otros en comunidades fraternales. Soportaban como malamente podían el estorbo de las clases dominantes, pero sin aceptar en su fuero interior que las familias privilegiadas que los dominaban, fueran superiores que ellos ante Dios.

La forma como Jesús ejerció sus responsabilidades de gobierno como Mesías de Dios, había resultado inesperada para la mayoría —quizá todos— los israelitas de su generación. En lugar de reclutar un ejército de guerrilleros judíos o invocar legiones de huestes celestiales para aplastar el dominio del César, Jesús había observado que los que viven por la espada suelen morir por la espada. Él se proponía un cambio de régimen mucho más radical que la suplantación del César por otro «hombre-dios» equiparable —aunque más digno— para dictar la vida y muerte de los humanos. Cuando —según el evangelio de Juan— Jesús explicó a Pilato que su reino no era «de este mundo», no debemos entender esa expresión en un sentido geográfico sino de carácter. «De este mundo» significaba la forma habitual de gobierno de los regímenes monárquicos autoritarios y absolutistas que venían ejerciendo en las civilizaciones humanas desde hacía milenios. El reinado de Dios que Jesús se proponía inaugurar no era menos reinado ni menos importante que aquellos gobiernos, pero estaba cimentado en otra concepción radicalmente diferente de la convivencia en sociedad humana.

El movimiento mesiánico incipiente del que da fe el Nuevo Testamento daba especial valor a la libertad, al amor fraternal, a la solidaridad mutua asumida libre y responsablemente por seres humanos que veían en el prójimo no un rival o enemigo, sino un potencial

hermano y amigo. Jesús supo desde el principio que su enfrentamiento con las autoridades «de siempre» tenía que acabar trágicamente, en derramamiento de sangre. La espiritualidad de los regímenes de opresión tiránica que venían rigiendo sobre la humanidad con mano de hierro desde hacía milenios, no iba a dejarse reemplazar mansamente por esta nueva forma de humanidad que traía Jesús. Previendo que el enfrentamiento se volvería violento, sin embargo, Jesús prefirió ser el objeto de esa violencia y no su sujeto. Prefirió ser matado a matar. E instruyó claramente a sus discípulos que esta misma opción era consustancial e inseparable de su seguimiento. El martirio siempre podía ser una opción. Derramar la sangre del prójimo, sin embargo, no lo podía ser nunca.

Esta no era una irresponsabilidad cívica sino una manera superior de ejercer esa responsabilidad, con vistas a un premio mucho mayor: el establecimiento de una nueva manera de ser seres humanos, conforme al «Espíritu» y no conforme a «la carne».

Sin embargo aquel movimiento cristiano inicial había ido evolucionando con el paso de los siglos, hasta transformarse primero en una religión respetable —equiparable a las religiones tradicionales del Imperio Romano— y por fin obtener un reconocimiento especial, como única religión válida y legítima. Para que el señorío de Jesús y el del César pudieran considerarse compatibles y complementarios, ambas partes tuvieron que ceder. El César tuvo que reconocer en Cristo un Señor de señores y Rey de reyes, que desde las esferas celestiales gobernaba el destino de toda la humanidad y a quien él mismo debía pleitesía. Entre otras cosas esto suponía que el César ya no podía contarse entre los dioses, puesto que la fe cristiana era rigurosamente monoteísta. Por su parte, los obispos que gobernaban la iglesia tuvieron que reconocer que si bien Cristo manda en el cielo, estaba sobradamente comprobado que el César era su delegado elegido para mandar en la tierra. Puesto que era inimaginable que el César gobernara sin el consentimiento de una Deidad que por

definición lo controla todo, admitir ya no sólo ese consentimiento sino la divina elección para el cargo, no parecía carente de lógica.

El cristianismo había pasado así, sin mayores traumas, a ocupar la posición social de privilegio que siempre ha tenido la religión en todos los sistemas monárquicos e imperiales. Desde que existe la civilización, las castas militares gobernantes se han contado entre los más piadosos de los humanos. Solían atribuir supersticiosamente sus victorias y conquistas al favor divino, un favor divino que siempre se ocupaban en cultivar con el patrocinio expreso del culto, con construcciones fastuosas donde celebrar la gloria y el honor de sus dioses en cuyo nombre gobernaban.

En la Europa medieval el mismo puñado de familias nobiliarias se repartía todos los cargos realmente relevantes en lo civil, militar y eclesial. Si el hijo mayor debía naturalmente dedicarse a la carrera de las armas con miras a heredar el gobierno de sus tierras, siempre había otro hijo al que dedicar a la carrera eclesiástica, para acabar ocupando cargos más o menos equivalentes en obispados y abadías. Y si se llevaba a cabo una política exitosa, algunas familias muy poderosas podían aspirar incluso al premio del papado.

En esta armoniosa combinación de poderes, las sociedades europeas cristianas del Medioevo no eran especialmente originales. Algo parecido en el fondo aunque con formas diferentes, sucedía en los califatos musulmanes y también en los reinos del lejano Oriente. Religión y Estado siempre han vivido en simbiosis, alimentándose uno al otro y nutriéndose ambos de la credulidad y obediencia de las inmensas masas de campesinos, plebeyos y esclavos sobre cuyas espaldas se construía la pompa en que vivían los favoritos de los dioses. Cualquiera que pudiera leer los evangelios no tardaría en notar que esta manera de organizar la sociedad humana —si bien tradicional desde hacía milenios— nada tenía que ver con el mensaje del judío Jesús de Nazaret, hijo de María.

Durante siglos la Iglesia venía asegurándose de que los evangelios **no** fueran leídos al pueblo —ni mucho menos, leídos por el propio pueblo. Se levantó en torno a la Biblia una serie de tabúes y prohibiciones destinados a conservar la pureza doctrinal de los cristianos. Se decía que eran escritos extremadamente difíciles de entender correctamente, que hacía falta la adecuada preparación filosófica y teológica para poder interpretarlos sin desviar en cuestiones tan esenciales como la compleja y misteriosa persona de Jesús, divino y humano a la vez sin detrimento de una cosa ni la otra. Las autoridades —todas las autoridades, tanto las civiles y militares como las eclesiásticas— vivían en el terror de que las masas populares fueran desviadas de su sumisa aceptación de que esta sociedad medieval europea era la purísima y eterna voluntad de Dios.

Entre las migajas de evangelio que arrojaban para consumo de las masas, estaba la figura de un Cristo flagelado y crucificado, en cuyas carnes horriblemente torturadas el pueblo llano podía verse a sí mismo y entenderse de alguna manera en comunión con la Deidad. Cristo y su propia *Mater Dolorosa* podían **comprender** sus padecimientos e **interceder** por ellos ante la deidad paternal. Necesaria intercesión ante un Dios Padre que resultaba frío, distante y controlador, puesto que naturalmente gobernaba el universo entero con más o menos las mismas tácticas y la misma violencia que sus representantes escogidos aquí en la tierra.

El mensaje predicado era siempre, en cualquier caso, el de la sumisión a los misterios de la autoridad superior. El sufrimiento se enseñaba como un valor propio, cuyo fin ulterior es purificar el alma para que ésta sea hallada digna de ser recibida con benevolencia en el momento de la muerte. La religión —no sólo el cristianismo medieval sino toda religión estatal— siempre ha utilizado lo que hoy comprendemos que son tácticas de lavado de cerebro, para inculcar al pueblo lo natural y esencial que es su inferioridad frente al sublime resplandor de la nobleza. Porque los nobles, como la propia palabra ya lo expresa, son una raza superior en todos los sentidos, es-

pecialmente el sentido moral. El éxito de estas tácticas de lavado de cerebro no siempre fue absoluto, pero en general la religión ha sido extremadamente eficaz para los fines de sometimiento para los que fue creada como institución al servicio del poder.

De los movimientos radicales medievales a la aberración de Münster

Hemos mencionado que el éxito del programa religioso de sometimiento de las masas no siempre fue total. Durante el transcurso de la Edad Media hubo, de hecho, diversos movimientos que procuraron acercar el evangelio al pueblo. Algunos, como las órdenes mendicantes, consiguieron actuar dentro del seno de la Iglesia, aunque aquí también hubo que luchar contra tendencias «heréticas» que insuflaban demasiadas aspiraciones de superación entre los pobres. Pero lo normal era que cualquier intento de acercar el evangelio a los pobres fuera descalificado y reprimido brutalmente como heterodoxia.

Tal el caso de los valdenses, iglesia paralela y clandestina que consiguió dispersarse por una amplia franja de Europa desde su reducto en lo Alpes. Hacia finales de la Edad Media las beguinas y los begardos practicaban una forma de cristianismo más o menos tolerado aunque al margen del beneplácito oficial. Un caso curioso es el de la *Unión de hermanos* que tuvo un breve florecer en la Bohemia (hoy República Checa) del siglo XV. Inspirados por los escritos de Pedro Chelcicky, quien a su vez seguramente debió algo de sus ideas a la influencia perdurable de los valdenses, procuraron llevar a la práctica un estilo de fe y vivencia semejantes a lo que se lee en los evangelios. Esto fue posible gracias al interludio de relativa tolerancia religiosa durante el auge del utraquismo husita en Bohemia. Es de singular interés la parábola que escribió Chelcicky sobre la ballena y las redes de San Pedro. Cuando San Pedro extendía sus redes en su nueva vocación como «pescador de hombres», pescó al

Emperador, una ballena que de un par de coletazos destrozó las redes, con el resultado de que a partir de entonces no había ninguna diferencia entre estar «dentro» y estar «fuera» de la Iglesia. Daba lo mismo ser cristiano que no serlo puesto que «el mundo» y «la Iglesia» eran exactamente la misma cosa.

Ahora con la invención de la imprenta de tipos móviles, sin embargo, empezaron a pulular talleres para la reproducción «masiva» de textos en toda Europa. La lectura no sólo era teóricamente posible para las masas, sino que ahora esas masas empezaban a tener acceso a materiales que leer. La Iglesia y el Estado perdieron su monopolio de la información, su control de qué documentos se reproducían y en manos de quiénes caían. Ahora cualquiera persona con un poco de creatividad, algún conocimiento de letras y un poco de medios económicos, podía escribir lo que se le antojara y encargar su reproducción mecánica en cientos de copias. Si esos escritos no contaban con el visto bueno de Roma o de las autoridades civiles, seguía siendo posible —aunque tal vez atrevido y arriesgado— repartirlos clandestinamente entre personas de su confianza, que a su vez podían hacerlos llegar más allá… en una especie de «explosión en cadena» de la información.

Ya en el siglo XIV, Juan Wicliff había tenido el atrevimiento de traducir los evangelios al vernáculo inglés, con consecuencias que trajeron no poco quebradero de cabeza a las autoridades —a pesar de que en su día todavía era necesario copiarlo a mano o aprendérselo de memoria. A poco de escenificarse la ruptura entre Lutero y los príncipes alemanes que le apoyaban, por una parte, y Roma y el emperador por otra, Lutero produjo en 1521 su traducción del Nuevo Testamento al vernáculo alemán. Esta traducción y otras muchas fueron posibles, entre otros motivos, porque el propio Nuevo Testamento griego ya había sido publicado a imprenta. La difusión de los evangelios y la Biblia entera merced a la imprenta, entonces, tanto en latín y griego como especialmente en las lenguas populares,

tuvo un efecto que tras los hechos resulta previsible, aunque cogió desprevenidos a los propios traductores como Lutero.

Lutero rechazó y siempre consideró una aberración odiosa la sublevación del campesinado centroeuropeo. El fenómeno parecía dar la razón a los que argumentaban que era peligroso e impío dejar que la Biblia cayese en manos de lectores incultos y no teológicamente preparados para sus «misterios». Pero el caso es que no había nada de misterioso en cuanto al desfase absoluto entre aquellos textos y la realidad de un cristianismo al servicio del poder, un cristianismo al servicio de los príncipes —civiles y eclesiásticos— que malgobernaban una humanidad lastimosamente oprimida.

El único misterio era que, habiendo traicionado en los términos más absolutos posibles el evangelio predicado por Jesús, aquella gente osara seguir llamándose cristiana.

El misterio consistía en que una iglesia pretendidamente «católica», es decir, universal —sin fisuras ni división posible—, admitiera sin embargo en su seno un abismo insalvable entre ricos y pobres, nobles y siervos y esclavos, varones y mujeres… donde los señores de la guerra se dedicaban a matarse unos a otros y arrasar las tierras de los campesinos, con el beneplácito de sus obispos. (Obispos que al fin y al cabo eran sus primos.)

Mientras los príncipes y obispos centroeuropeos se dedicaban a suprimir con violencia y saña incomparables el alzamiento de los campesinos, en el cantón de Zúrich, Suiza, empezaba a gestarse sin nadie proponérselo ni darse cuenta cabalmente de sus consecuencias, una nueva controversia que acabaría por hacer volar por los aires la pretendida «unidad» de los cristianos. El sacerdote Reformado de Zúrich, Ulrico Zuinglio, reunió en torno a su persona algunos interesados en el estudio del Nuevo Testamento griego. Entre estos seguidores de Zuinglio se acabó por destacar un grupo de jóvenes radicales, que consideraban que la Reforma avanzaba demasiado

lentamente. Zuinglio, además de sacerdote, era un político sabio y un patriota suizo; y por tanto sabía que la política es el arte de lo posible, no el empecinamiento por lo perfecto. Su idea era transformar lentamente la sociedad de Zúrich para aproximarla al evangelio, pero sin el tipo de rupturas o sobresaltos repentinos que se planteaban estos jóvenes radicales entre sus seguidores.

Algunos de ellos, sin embargo, empezaron a negarse a bautizar a los hijos de sus parroquianos, alegando que no había antecedentes para el bautismo infantil en los textos del Nuevo Testamento, puesto que Jesús y los apóstoles bautizaban a gente que decidía personalmente optar por el reinado de Dios. Naturalmente, las autoridades de Zúrich y el propio Zuinglio no tardaron en tomar cartas en el asunto y se decidió reprimir ese movimiento incipiente. Así las cosas, la noche del 21 de enero de 1525 se reunieron los jóvenes radicales en la casa de la madre de uno de ellos, Conrado Grebel. Su respuesta a la represión fue bautizarse unos a otros y ordenarse unos a otros para el ministerio cristiano, refundando, en efecto, una Iglesia que en su concreción histórica daban así por irreparablemente corrupta y perdida.[4]

Grebel y sus correligionarios no tardaron en escribir a Tomás Müntzer (una carta que al parecer nunca recibió)[5] reprochándole el

---

[4] Harold S. Bender, en *Conrad Grebel* (Goshen: Mennonite Historical Society, 1950), entre otros escritos, impulsó la teoría de que el bautismo anabaptista en Zúrich fue el primer caso documentado para este movimiento. La investigación de Bender se ha quedado ya muy desfasada; concretamente, su teoría de un único origen del anabaptismo; así como su teoría de la prioridad ideológica del anabaptismo pacifista, del que las variantes violentas serían desviaciones o corrupciones. El movimiento anabaptista fue mucho más complejo que lo imaginado por Bender y la preeminencia del ala pacifista tiene mucho más que ver, como argumentamos aquí, con su supervivencia gracias a líderes de segunda generación como Menno.

[5] Harold S. Bender, *C. Grebel*, p. 198 s.

alzamiento violento de los campesinos, tan distante, en tono y espíritu, de la prédica no violenta de Jesucristo. Ellos entendían que cualquier intento de crear una nueva sociedad sin primero predicar un evangelio cuyo efecto fuera la creación de nuevos hombres y nuevas mujeres por la acción del Espíritu que convierte a pecadores en personas santificadas —con un mismo proceder que el de Jesús— era un experimento disparatado que sólo podía acabar mal.

Aunque el caso de Zúrich es el primero de que se tenga documentación, la aparición casi instantánea de grupos de anabaptistas desde Suiza en el sur, hasta las costas de Flandes y del Mar Báltico en el norte, dan pie a imaginar que era sencillamente una idea cuya hora había llegado. Más que una organización derivada del primer grupo suizo, lo que parece haberse producido es un movimiento acéfalo y espontáneo, que se difundió como un reguero de pólvora sin obedecer las directrices de nadie en particular.

Así las cosas, y como cabría esperar en esas circunstancias, cada célula anabaptista tenía sus propias ideas y convicciones. Entre ellos había gente sabia, prudente, espiritual, profundamente anclada en la Biblia y teológicamente preparada. También hubo toda clase de charlatanes ignorantes y profetas autoproclamados, que so pretexto de refundar el cristianismo auténtico, ponían en peligro ya no sólo sus propias vidas sino las de los que les daban crédito y seguían ciegamente. Ponían en peligro esas vidas porque la reacción oficial fue rápida, brutal, despiadada… y eficaz.

Sin embargo la represión del anabaptismo no se produjo sin que éste antes, fusionándose con el rescoldo de resentimientos que quedaban desde el alzamiento de los campesinos, culminara en el frenesí de la locura colectiva en la ciudad alemana de Münster, entre febrero de 1532 y enero de 1536.

Las decisiones que en aquellos mismos años tomaba Menno y que determinarían el curso de la segunda mitad de su vida, no se pue-

den explicar fuera del contexto del frenesí de esperanza de las gentes humildes y oprimidas en todo el norte de Europa Central, que querían creer que era cierto que Cristo había decidido instaurar el milenio apocalíptico en la «Nueva Jerusalén» de Münster, en ese preciso instante de la historia humana. Una esperanza frustrada terriblemente por la brutalidad ya no sólo de la represión, la reconquista de la ciudad por su señor feudal y obispo (la misma persona, en este caso), sino especialmente por la brutalidad del régimen del pretendido nuevo «Rey David» —Juan de Leiden— que en lugar del Reino de Dios les trajo el imperio de la locura paranoica. Pero antes de aquel desenlace tan trágico, la esperanza e ilusión de las clases humildes de media Europa estaban clavadas en las profecías que proponían que aquella pequeña e insignificante ciudad alemana sería el lugar donde por fin se haría realidad el evangelio de Jesucristo.

Menno Simons, pastor del remanente de un rebaño desilusionado

Menno Simons, entonces, no fue el «fundador» del *menonitismo*, aunque éste lleva su nombre. Ni siquiera fue uno de sus líderes de la primera generación, aunque fue contemporáneo de ellos, porque se adhirió al movimiento años más tarde. A él le toco el ingrato papel de reunir y apacentar, consolar e instruir, al infeliz remanente de un movimiento que parecía acabado por sus incoherencias internas y la dureza de la persecución externa. Si antes habíamos descrito la difusión del anabaptismo como un reguero de pólvora, cabe reflexionar que un reguero de pólvora puede llevar el fuego de un lado a otro prácticamente al instante… pero que en cambio, su combustión es de muy corta duración. El anabaptismo amenazaba con quedarse en un estallido momentáneo sin fruto permanente; y sólo fue por la aparición en escena de líderes sabios de segunda generación, de talante pastoral más que revolucionario —personas como

Menno y como Jacobo Hutter (de quien reciben su nombre los *hutteritas*)— que hoy perduran descendencias de aquel movimiento.

El primer dato fiable de la vida de Menno es el de su ordenación, con 28 años de edad, al sacerdocio (católico, naturalmente) en 1524. Fue asignado como sacerdote adjunto, a la parroquia de Pingjum, una aldea muy próxima a su Witmarsum natal. Ejerció allí durante siete años, hasta que en 1531 fue ascendido a párroco de Witmarsum. Permaneció en ese cargo hasta 1536, aunque con dudas crecientes acerca de la doctrina católica, que le llevaron por fin a renunciar a su cargo y adoptar el anabaptismo.

No es muy difícil hallar la fuente donde se originaban sus dudas. El fermento erasmiano en el mundo intelectual de aquella era generó diversidad de movimientos, uno de los cuales se conoce como *sacramentismo*. Fue un movimiento de la elite intelectual en los Países Bajos, que ponía en duda la doctrina de la transubstanciación, negando que con la consagración del pan y el vino en la misa, se altera su sustancia en verdadera carne y verdadera sangre de Cristo. Tildaban de pura idolatría otras prácticas católicas como las peregrinaciones y la concesión de indulgencias papales y se mostraban especialmente críticos con la conducta inmoral del clero. Aunque Lutero rechazó el extremismo que le pareció ver en los *sacramentistas*, los Reformadores suizos acabaron manteniendo prácticamente las mismas ideas sobre los sacramentos. En los Países Bajos, sin embargo, el *sacramentismo* se escoró hacia el anabaptismo. Allí los primeros anabaptistas fueron perseguidos, indistintamente, por la herejía de *sacramentismo*; y muchos de los intelectuales que empezaron como *sacramentistas* acabaron adoptando el anabaptismo.

Con el *sacramentismo* neerlandés como telón de fondo, entonces, no extraña enterarnos que la primera duda le vino a Menno fuera sobre la doctrina de la transubstanciación. Menno vivió esa duda —que al parecer le asaltó un día cuando celebraba la misa— como un problema espiritual personal, que intentó resolver confesándose re-

iteradamente. Como al cabo de dos años seguía con sus dudas, se propuso robustecer la ortodoxia de sus ideas recurriendo al Nuevo Testamento, en cuya lectura Menno no dudaba que hallaría perfectamente perfilada la doctrina de la Iglesia. Pero la lectura del Nuevo Testamento no hizo más que aumentar su turbación, puesto que el concepto de transubstanciación no parecía tener fundamento bíblico inequívoco.

A todo esto Menno había empezado a leer a Lutero, de quien recibió gran consolación con la idea de que el fundamento principal para la doctrina cristiana tiene que ser la Biblia. Dudar de doctrinas posteriores de los hombres, por consiguiente, no conllevaba condenación eterna.

Menno parece haber adoptado la decisión de basar su doctrina en la lectura de la Escritura en el año 1528. En ningún caso se planteaba esto como un abandono de la Iglesia Católica ni la adopción de un luteranismo encubierto. La Iglesia era su profesión y su vida y su identidad; estaba tranquilo de no tener por qué abandonarla para sostener los preceptos del evangelio de Jesucristo.

Entre tanto se estaban produciendo, muy al sur, otros acontecimientos que acabarían incidiendo en su vida. Melchor Hoffman fue un predicador luterano que llegó a Estrasburgo y fue muy bien recibido por las autoridades protestantes del lugar. Allí, sin embargo, entró en contacto con una célula de anabaptistas, la sencillez y el calor de cuya espiritualidad le impactó. Como le impactaron también, al parecer, las visiones apocalípticas de un matrimonio, Lienhard y Úrsula Jost, cuyas revelaciones le parecieron muy convincentes. Bautizado en 1530, huyó de la ciudad cuando se cursó orden de arrestarlo. En el norte de Alemania y en los Países Bajos el *melchorismo* —la prédica del anabaptismo pacifista de Melchor Hoffman, mezcla curiosa de no violencia al estilo de Jesús y milenialismo radical basado en visiones— tuvo amplia acogida en las clases populares y entre no pocos predicadores.

De nuevo en Estrasburgo en 1533, Melchor envió una carta al Concejo de la ciudad, explicando que Cristo regresaría —a Estrasburgo, precisamente— en 1534, para iniciar su Reino. Se procedió de inmediato a su arresto e interrogación y Melchor murió en la cárcel diez años más tarde (sin ver el anunciado regreso de Cristo, desde luego). Aunque las autoridades no podían saberlo, la variante no violenta y pacífica del milenialismo de Melchor era la única esperanza de poner freno a ideas revolucionarias de talante mucho más violento. Con Melchor en la cárcel, el alzamiento en Münster —acaso inevitable de todas maneras— parecía reivindicado como la única vía de acercar el Reino de Dios.

Antes de la caída de la «Nueva Jerusalén» de Münster en julio de 1535 cayeron otras plazas de *münsteritas*, notablemente el *Oude Kloster* o «viejo claustro» cercano a Witmarsum, la parroquia de Menno. Allí perecieron trescientas personas, entre ellas un tal Pedro Simons, que se especula que tal vez fuese hermano de Menno. En cualquier caso, Menno tuvo que enfrentarse al contraste entre la comodidad de sus convicciones, que evolucionaban como inquietud intelectual en la privacidad de su vida interior, y el fervor religioso con que aquella gente sacrificaba sus vidas gustosa y gozosamente por sus convicciones anabaptistas. Lo que más le tocó la moral fue la convicción de que él tenía conocimientos de la Escritura —que no compartía— mientras que había fanáticos que predicaban y difundían la ignorancia de sus visiones sin fundamento.

Publicó su primera obra, *La blasfemia de Juan de Leiden*, en 1535, denunciando los desmanes del «nuevo Rey David» de Münster. Curiosamente este libro ya lleva su impronta particular que a la postre daría Menno a todos sus libros: En la portada luce el versículo de 1 Corintios 3,11: «Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo». En enero de 1536, Menno declaró claramente sus convicciones anabaptistas, renunció a su parroquia y pasó a la clandestinidad. Se cree que fue bautizado por Obbe Philips —anabaptista de la línea pacifista del *melchoris-*

mo— en Leeuwarden. Dedicó el siguiente año al estudio de la Biblia. Pero sus estudios se vieron interrumpidos por una comitiva de «hermanos» que le rogaron encarecidamente que aceptase el cargo de presbítero principal u «obispo» de la secta. Menno describe la escena en los siguientes términos, en su *Respuesta a Gellius Faber* (1554):

> «Al escuchar eso mi corazón se turbó mucho. A diestra y siniestra no había más que problemas y temores. Por una parte era sensible de mis talentos limitados, mi falta de conocimientos, mi naturaleza débil, mi timidez de espíritu, la enormidad de la maldad, perversidad y tiranía del mundo, la grandeza y el poderío de las sectas[6], la sutileza de muchas mentes, y la cruz terriblemente pesada que tendría que cargar si aceptaba. Por otra parte, sin embargo, estaba la grande hambre y necesidad de estos niños piadosos, temerosos de Dios, que yo podía ver claramente que iban errantes como ovejas inofensivas, sin pastor.
>
> »Al fin, después de orar un buen rato ante el Señor y su iglesia, puse […] condiciones. Primero, que dedicáramos algún tiempo a la oración. Segundo, que si era la voluntad de Dios que yo trabajase así para su gloria, me diese la mente y corazón para decir, como Pablo, "¡Ay de mi si no predicare el evangelio!" […]
>
> »Así se ve […] que no fui llamado por los *münsteritas* ni ninguna otra secta sediciosa, como se dice por ahí acerca de mí, sino que he sido llamado, aunque sin merecerlo, a este cargo por un pueblo sometido a Cristo y a su Palabra, que lleva una vida penitente en el temor de Dios, sirve al prójimo con amor,

---

[6] Por «sectas», hay que entender aquí las divisiones del cristianismo occidental: el Catolicismo romano por una parte, los Reformadores por otra.

> aguanta la cruz, busca el bienestar de todos, ama la justicia y la verdad y aborrece la perversidad y la injusticia. […]
>
> »Cuando estas personas no desistieron de sus súplicas y mi propia conciencia me empezó a atormentar en mi debilidad, porque veía la gran hambre que ya he referido, entonces me rendí en cuerpo y alma al Señor, me entregué a su gracia y empecé, con el tiempo —conforme a su Palabra— a enseñar y bautizar, a cultivar la viña del Señor con mi pequeño talento, a edificar su ciudad santa y templo y reparar las murallas caídas.»[7]

Obbe Philips informa que fue él quien le ordenó a principios de 1537, en la provincia de Groninga.

Obra en los Países Bajos, 1536-1543

La ordenación de Menno era con respecto al movimiento entero, sin limitación geográfica. Por la naturaleza del movimiento, naturalmente, el ministerio de Menno sólo podía ser eficaz en aquellas células de anabaptistas que tenían a bien aceptarle y reconocer su ordenación. Mientras permaneció en los Países Bajos, parece ser que no mantuvo nunca una residencia fija. No se sabe cuándo ni dónde Menno se casó con su esposa Geertruydt. En 1544 menciona la existencia de sus «hijitos». La vida de su familia tiene que haber sido muy precaria durante aquellos años. Para el 7 de diciembre de 1542 Menno era lo bastante conocido como cabecilla de los anabaptistas neerlandeses, como para merecer que el emperador Carlos V publicara un edicto ofreciendo 100 florines de oro por su cabeza, y prohibiendo fulminantemente que se le prestase ninguna ayuda ni cobijo, ni leyesen sus libros.

---

[7] Traducido por D.B. de Menno Simons, *Réplica a Gellius Faber*, en *The Complete Writings of Menno Simons* (Scottdale: Herlad Press, 1957), p. 672.

De sus escritos de esta época, el más importante es sin duda su *Fundamento de Doctrina Cristiana.*[8] La portada de la primera edición indica el año 1539 pero la última página, el año 1540. Menno lo escribió no sólo para dar instrucción a los *hermanos*, sino con la esperanza de que expresando claramente el carácter inofensivo y pacifista de sus doctrinas, el movimiento pudiera obtener alguna tolerancia. En esto último, sus esperanzas se vieron rotundamente negadas.

Obra en Alemania 1543-1561

Para liberarse de la persecución imperial y porque en general tenía allí mejores perspectivas, Menno se trasladó a la región de Frisia Occidental, en Alemania, que a la sazón estaba gobernada por la Condesa Ana, en transición del catolicismo al protestantismo. La confusión religiosa resultante posibilitó que durante unos años medraran diversas «sectas», entre ellas la de Menno. El principal escrito de Menno durante aquella época fue su *Breve y clara confesión* escrita para Juan Laski, el Reformador zuingliano y calvinista de origen polaco, a quien la condesa encomendó la supervisión de la Reforma en su territorio. Menno mantuvo un debate con él sobre cinco temas. Descubrieron estar de acuerdo respecto a dos temas: el pecado original y la santificación. No estaban de acuerdo sobre el bautismo— sólo para creyentes, según Menno— y el llamamiento al ministerio. Pero el tema más espinoso resultó ser el de la Encarnación.

Los *menonitas*, que nunca entendieron ni siguieron esa cristología de Menno, tienden a opinar que hubiera hecho bien ciñéndose en este tema a su lema habitual de nunca ir más allá que lo que indica el texto bíblico. Menno mismo reconoce en este texto (*Breve y clara confesión*) que no suele predicar su explicación de la Encarnación en las

[8] *Dat Fundament des Christelycken leers.*

comunidades que supervisa. Cuando toca el tema en sus escritos, parece que Menno tiende al docetismo (resulta más clara la divinidad de Jesús que su humanidad). Quizá, sin Menno ser muy consciente de ello, esa cristología le convenía en su lucha contra el *münsterismo*. Frente a los que se habían propuesto tomar el Reino de Dios por la fuerza, enfatizar la divinidad de un Cristo puramente espiritual parecería reforzar su mensaje de la necesaria mansedumbre y no violencia de quienes aguardan una intervención absoluta y únicamente sobrenatural, imposible de establecer ni defender con armas humanas.

Hacia 1546, Menno y su familia se trasladan al territorio de Holstein, también en Alemania y algunas zonas de Dinamarca, al norte de Hamburgo y por la costa del Báltico. Allí ya se estaban estableciendo pequeños grupos de los que huían de la persecución imperial en los Países Bajos. Con todo, parece ser que el ministerio de Menno y otros «obispos» anabaptistas seguía siendo fundamentalmente itinerante y se tiene noticias de su presencia en casi toda la zona de su influencia, desde Flandes hasta lo que es hoy la costa occidental de Polonia.

Por aquella época se vio envuelto en sendas controversias con David Joris, un *melchorita* con ideas afinas al *münsterismo*, y especialmente con Adam Pastor que, a la inversa de Menno, enfatizaba la humanidad de Cristo. En 1553 mantuvo un debate con algunos predicadores protestantes, notablemente Martín Micron. En 1554 Menno publicó su *Respuesta a Gellius Faber*. Faber, un pastor Reformado de la línea de Laski, había publicado un ataque contra los anabaptistas. Ese fue el libro más largo de Menno, aunque no hace más que reiterar posiciones que ya había expuesto con anterioridad. El mayor interés de la *Respuesta a Gellius Faber* reside en sus reminiscencias autobiográficas sobre su conversión al anabaptismo y ordenación al ministerio en la secta. En 1556 Micron publicó su versión del debate que había sostenido con Menno en 1553. Menno respondió con su propia versión, *Respuesta a Martín Micron.*

A pesar de la publicación de sus debates y diferencias con *münsteritas* y Reformadores protestantes, sin embargo, el tema que más había de ocupar a Menno en sus últimos años fue el de la disciplina eclesial. La posición de Menno tiene hoy día toda la apariencia de ser una línea dura, puesto que no sólo empleó y predicó la excomunión, sino que sostuvo la opinión de que —siguiendo el precepto del apóstol Pablo— había que retirar el saludo y el comer en la misma mesa con anabaptistas excomulgados; incluso en el seno de la familia y entre esposos. La aparente severidad de la disciplina cristiana tal cual la concebía Menno, sin embargo, tiene que entenderse a la luz de la única otra alternativa que se practicaba en su época. La disciplina eclesiástica de las iglesias católica y protestantes consistía en interrogatorios bajo tortura y condena a muerte, al fin y al cabo, por lo que la retirada del saludo y de la comunión de la mesa parece muy poca cosa en comparación.

Con todo, la exclusión de comunión y confraternidad de los miembros rebeldes de sus comunidades, habría de ser una de los rasgos más característicos del *menonitismo* suizo, alemán y francés —y a la postre, en Pennsylvania y todo Estados Unidos y Canadá. Aunque Menno escribió *Una clara exposición sobre la excomunión* en 1550, ésta sólo circuló en copias manuscritas hasta publicarse póstumamente, en 1597, en Ámsterdam. Menno sí publico, en 1558, su extenso tratado de *Instrucción sobre la excomunión.* Aquí intentaba hallar una postura intermedia entre dos tendencias que él juzgaba igualmente peligrosas: el «todo vale» de la conciencia puramente personal que no se somete al discernimiento comunitario; y los excesos de exclusión de la comunión por causas triviales y con procedimientos vengativos y carentes de caridad fraterna. En este tema Menno pretendía seguir fielmente —al pie de la letra— la enseñanza apostólica.

Menno, cuya salud en sus últimos años fue bastante precaria, falleció en su casa el 31 de enero de 1561. Antes habían fallecido su esposa, un hijo y una hija. Le sobrevivió otra hija. Fue enterrado en

el jardín de su casa, pero aquella región fue severamente devastada por la Guerra de los 30 Años, por lo que es imposible saber el lugar exacto. En 1906 la iglesia menonita de Hamburgo-Altona adquirió un solar en un lugar que se cree más o menos próximo, donde erigió un pequeño monumento a su memoria.

El legado de Menno

Como se ha ido relatando, las labores de Menno dieron fruto en dos áreas de especial influencia.

En primer lugar, Menno reforzó las convicciones del ala no violenta —de mansedumbre y paciencia evangélica— del movimiento anabaptista. Aunque en los siglos transcurridos desde entonces el movimiento anabaptista se recuerda muy especialmente por los desmanes de Münster, las dos ramas del movimiento que perduraron, los *menonitas* (y *menonitas Amish*) y los *hutteritas*, han mantenido en alto firmemente su esperanza en la reivindicación divina de los que trabajan por la paz con medios apropiados para la paz. Un rasgo esencial ha sido siempre su rotunda objeción de conciencia al servicio de las armas.

En segundo lugar está el tema de la disciplina eclesial. A finales del siglo XVII —más que un siglo después de la muerte de Menno— hubo una ruptura en el seno de los *menonitas* suizos. Un predicador, Jacobo Ammann, objetó que se estaba dejando de lado la pureza de la iglesia mantenida con la interpretación estricta de la disciplina eclesial apostólica, tal cual la mantuvo Menno. Así surgieron los *menonitas Amish* (por Ammann). A principios del siglo XX la mayoría de los *amish* se reintegraron en las Iglesias Menonitas de EE.UU. y Canadá. Otros *menonitas* y *amish*, conocidos como «del viejo orden», se siguen manteniendo como comunidades aisladas del resto de la sociedad, practicando una forma de discernimiento comunita-

rio que fomenta un recelo de las nuevas tecnologías que han ido surgiendo en el último siglo y medio.

Sin embargo el ideal de comunidades cristianas que son a la vez comunidades disciplinadas, de santidad, rectitud y estilo de vida intachable, es patrimonio de todos los grupos *menonitas*. Como Menno, mantienen que tiene que ser visible una diferencia real entre los que verdaderamente siguen a Cristo en su mansedumbre, amor y cruz, y los que se hacen llamar *cristianos* por pura tradición religiosa europea.

Capítulo 3.

Qué significa ser pacifista (Qué significa seguir a Jesús)

El tema que se me ha dado para esta mañana es sin lugar a dudas digno de atención. Sin embargo no es un tema que me resulte particularmente interesante, ni para el que me siento especialmente cualificado para hablar.

Me voy a tomar la libertad, entonces, de cambiar el tema para acabar en algo que tal vez resulte ser muy parecido, pero desde una perspectiva que a mí no sólo me resulta más interesante, sino que me apasiona desde lo más hondo de mi ser: Qué significa seguir e Jesús.

Hay muchas variedades de pacifismo, desde un activismo absolutamente secular —no religioso, quizá incluso ateo— por la paz en el mundo, hasta posicionamientos profundamente religiosos pero no cristianos, como el pacifismo de Mahatma Gandhi o el que predica el Dalai Lama. Quiero decir de entrada que no me parece necesario descalificar ni despreciar el pacifismo no religioso ni el pacifismo que se predica desde otras religiones que la cristiana. Cualquiera persona, con las convicciones que tenga, que está procurando activamente eliminar la violencia en la sociedad humana, ¡Bienvenido sea! —y que Dios le bendiga. Que le bendiga mi Dios, el de los cristianos, Aquel quien yo creo firmemente ser el único Dios que existe, Creador de los cielos y la tierra y Padre de Jesucristo, cuyo Espíritu Santo llena mi alma y me da mi razón de existir. ¡Bienaventurados de Dios sean todos los que trabajan por la paz! Todos, sin excepción.

Y sin embargo, confieso que para mí el centro de mi atención no puede ser nunca el pacifismo como tal, sino que en cuanto humilde

discípulo de Jesús de Nazaret, toda mi existencia está centrada en seguir sus pisadas, seguir el rastro que su corta vida dejó en el camino de la humanidad.

Y como para mañana por la mañana se me ha pedido que hable expresamente sobre el papel pacificador que puede ejercer la iglesia cristiana en un mundo violento, quiero enfocar mis pensamientos de hoy en lo que viene antes de Jesucristo y antes que la Iglesia, el trasfondo religioso judío del que se nutrió Jesús y que formó su particular visión de la vida que él enseñó.

No podemos saber cuánta oportunidad tuvo Jesús de leer personalmente los libros del gran archivo nacional judío que nosotros conocemos como Antiguo Testamento. Sabemos —porque nos informa de ello Lucas— que en la sinagoga de Nazaret había, como mínimo, una copia del rollo de Isaías. Casualmente, Isaías es un libro con el que Jesús parece haber estado especialmente familiarizado y que resultó especialmente formativo en su manera de entender su vocación como Hijo del Hombre y Siervo Sufriente de Dios.

En cualquier caso, Nazaret era una población muy pequeña —apenas cien o doscientos habitantes— y cuesta imaginar que aquellos pocos campesinos y artesanos de humilde condición, pudieran haber reunido la fortuna necesaria para hacerse con la colección entera de libros sagrados, cuya laboriosa copia a mano seguramente podía acabar siendo el proyecto de toda la vida de un escriba, exigiendo además el empleo de la piel de muchos cientos de ovejas en la elaboración del pergamino necesario para tamaño proyecto. Quizá en Nazaret tenían el rollo de Isaías, en Capernaúm el de Jeremías, y así sucesivamente entre los pueblos de la región. Quizá las diversas sinagogas vecinas en Galilea se intercambiaban entre sí los rollos bíblicos con el fin de que sus niños pudieran intentar aprendérselos de memoria. En cualquier caso sabemos que Jesús ya desde niño —siempre según Lucas— manifestó tener una capacidad poco frecuente para aprenderse de memoria estos rollos, cuyo contenido y

significado debatía con los sabios en el templo cuando la peregrinación anual a Jerusalén que hacían sus padres.

De una manera o de otra, Jesús consiguió estar lo bastante familiarizado con estos libros como para ser reconocido, incluso por sus adversarios, como «rabino», es decir —en la jerga judía de la época— un «Grande», un maestro cuyos conocimientos de la Ley y cuya piedad religiosa eran excepcionales y notables. Otra cosa muy diferente es que aprobaran o no de la interpretación que hacía Jesús de aquella documentación histórica nacional. Es imposible leer los evangelios sin darse cuenta que la discrepancia entre Jesús y otros rabinos de su época adquirió una tensión insoportable, que culminó en que sus propios compañeros de judaísmo lo entregaran rastreramente al odiado régimen de ocupación imperial romana. Pero, precisamente, esa tensión sólo fue posible porque lo que nadie —ni Jesús ni sus adversarios— podía poner en duda, era que sus discrepancias eran discrepancias internas judías, una batalla por el alma del judaísmo, en ningún caso un rechazo del judaísmo.

Lo que tenemos en Jesús es, entonces, una concepción global y general del judaísmo. Una interpretación de la totalidad de la historia y de la totalidad de los libros sagrados de Israel. Interpretación que él ofrecía como justa y necesaria para progresar, en su generación, hacia los firmes y eternos propósitos que había tenido desde siempre Dios para Israel, desde que primero llamó a Abraham en Ur de los caldeos. Y si esa interpretación de la historia de Israel y de los propósitos de Dios con Israel levantó tanto revuelo y suscitó tanto rechazo entre algunos sectores de la sociedad de Galilea y Judea, es sólo porque enormes multitudes de judíos se estaban dejando persuadir por esa visión, esa reinterpretación de sus esperanzas nacionales que les ofrecía Jesús.

Dicho en otras palabras, si Jesús no hubiera resultado ser tan popular y tan convincente entre las masas de judíos piadosos, no

hubiera sido necesario oponerle tanta resistencia ni, en última instancia, entregarle a Pilato bajo acusaciones falsas.

Jesús demostró, entonces, conocer en profundidad la Ley y los Profetas de Israel, y ofreció un programa tan coherente y convincente de reinterpretación de los actos de Dios con su pueblo escogido, Israel, que no hubo más remedio que procurar silenciarle a traición, puesto que en el debate franco y abierto, él siempre salía airoso. Airoso ante un público judío, en debates de igual a igual entre rabinos judíos, sobre las leyes, la historia y las costumbres judías y sobre el eterno proyecto del Dios de Israel para la salvación —primero de Israel, naturalmente, pero también salvación de toda la humanidad.

Pero eso no es todo. La prédica de Jesús parece haber estado cargada de una fuerte impresión de urgencia. Era un mensaje que él y sus seguidores sintieron vivamente que quedaba poco tiempo para hacerlo conocer. Especialmente en Marcos, pero también en Mateo y Lucas, quizá no tanto en Juan, notamos la urgencia de la hora, lo adelantados que estaban los acontecimientos y el poco tiempo que quedaba para evitar errores de consecuencias desastrosas e irreparables. Y nos va a costar entender el por qué —y por tanto el contenido— de la predicación de Jesús si no nos situamos en la urgencia de esa generación en ese lugar.

Como otros profetas antes que él, en otras generaciones del pueblo de Dios, Jesús veía cernirse sobre su país los oscuros nubarrones de una furiosa tempestad de juicio y destrucción. Guerra. Muerte. Saqueo de sus ciudades. Violaciones sistemáticas de las esposas y vírgenes de Israel. Y en última instancia, la esclavización de lo que quedara de la población. Eran premoniciones proféticas de un gran desastre nacional acaso inevitable —pero si evitable, tan sólo si sus vecinos y hermanos judíos se apresuraban a arrepentirse y daban inmediatamente pruebas clarísimas y radicales de transformación. Quizá entonces Dios se apiadaría y les cambiaría el futuro de desas-

tre nacional que se avecinaba a toda prisa como la locomotora de un tren que hace retemblar el suelo en anticipación de su llegada.

Marcos es quien presenta el tema con la mayor urgencia. Marcos no tiene tiempo para perder en bucólicas escenas de pastorcillos y reyes magos que adoran al Niño en un humilde establo. Marcos se lanza a toda carrera a transmitirnos la urgencia de la proclamación de Jesús y para el versículo 14 del capítulo 1, Jesús ya está hecho un hombre adulto, bautizado por Juan y tentado en el desierto, que empieza a pregonar a voces su mensaje. Y su mensaje es un mensaje urgente: «¡El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado: Arrepentíos y creed en el evangelio!»

Una gran crisis —cargada de premonición y peligro, pero también una maravillosa oportunidad para la salvación— se cierne sobre aquel lugar y aquella generación; y no está nada claro que el mensaje de Jesús llegue a tiempo para evitar la debacle y al contrario, generar la reacción de arrepentimiento necesaria para que se haga efectiva la salvación y el reinado de Dios.

Lucas tiene otra manera de enfatizar la urgencia de aquella generación en aquel país. Todos los evangelios coinciden en que Jesús se dedicaba a ir de aquí para allá con su mensaje. No había tiempo para quedarse quieto. Todos coinciden también en que llegó un momento cuando a Jesús le pareció un desperdicio de tiempo precioso el que sus discípulos le acompañaran en ese anuncio. Los dividió en seis parejas, de dos en dos, para así multiplicar por siete los lugares que era posible visitar a la vez (contando con que él mismo también mantenía su ritmo de actividad). Sus instrucciones son claras: debían viajar ligeros de equipaje, con lo justo para poder caminar a marchas aceleradas y dependiendo de la hospitalidad con que los recibieran en cada lugar. Debían evitar las carreteras de los romanos y las poblaciones samaritanas, visitando exclusivamente los núcleos de población judía. Si su mensaje de paz era recibido con paz, bien. De lo contrario, no había tiempo que perder tratando de persuadir a

nadie. A paso acelerado, como sacudiéndose de los pies el polvo de aquel lugar, debían partir hacia su siguiente destino.

Pero Lucas aprieta aun más la tensión de la urgencia que sentía Jesús por llegar a toda Galilea y Judea a tiempo con su anuncio del reinado de Dios. Porque según Lucas 10, Jesús volvió a mandar a sus seguidores de dos en dos, sólo que ahora fueron 70 o 72 los enviados (el número exacto varía entre los manuscritos antiguos); es decir, ahora eran 35 o 36 los lugares que podían estar recibiendo, simultáneamente, el anuncio del mensaje de Jesús —aparte del lugar que Jesús mismo estuviera visitando.

La comparación con los antiguos profetas de Israel nos brinda la oportunidad para observar que ellos también solían pronunciarse especialmente en momentos de gravísimo peligro nacional. Algunos, como Isaías, habían empezado a predicar desde el centro de la nación, Jerusalén. Pero era más frecuente el caso de personas como Amós, Oseas, Miqueas o Jeremías, a quienes imitaba Jesús empezando su prédica en las regiones rurales —donde tal vez había mayor esperanza de encontrar un público religiosamente más conservador y tradicional, más piadoso y reverente por tanto, que el que se podía encontrar en la gran ciudad capital. Había una larga tradición profética de impulsar movimientos reformistas desde la periferia, sin llamar demasiado la atención de las autoridades corruptas en Jerusalén, hasta que el movimiento tuviera la suficiente fuerza como para presentarse ante el Palacio y el Templo con sus propuestas de renovación moral y espiritual nacional.

El historiador Flavio Josefo, que escribió algunas décadas más tarde, nos deja ver que las oscuras premoniciones de Jesús sobre la urgencia de la hora no estaban equivocadas. Pocas décadas después de desaparecer Jesús, Galilea y Judea estallaron en un movimiento independentista de la tiranía de la ocupación romana. Inspirados seguramente por las historias de cómo Dios había vencido por medio de Moisés a los egipcios, cómo había vencido por medio de Jo-

sué a los cananeos, por medio de David a los filisteos y por medio de Judas Macabeo a los helenos, este movimiento nacionalista exaltado tuvo unos primeros instantes de éxito hasta que las fuerzas imperiales consiguieron organizar una campaña militar en toda regla. Pero a la postre, el implacable poderío romano arrasó la antigua tierra de Israel, destruyó Jerusalén, niveló el monumental templo de Herodes —que era tenido por una de las maravillas arquitectónicas de aquella era— y se llevó a Roma decenas de miles de esclavos judíos.

De puro desastre nacional, la debacle de la guerra de independencia judía contra Roma sólo podía equipararse con aquellos otros grandes horrores en el recuerdo nacional: la destrucción de Samaria y el exilio de Israel, cuyas tribus desaparecerían para siempre de la historia de la humanidad; y la primera destrucción de Jerusalén y del templo de Salomón, con el consiguiente destierro y exilio de toda una generación de judíos llevados cautivos a Babilonia. Aquellos antiguos desastres nacionales habían tenido sus profetas que los anunciaran y procuraran evitar predicando la renovación de la religión. Este nuevo desastre nacional también tuvo sus profetas insignes del arrepentimiento: Juan el Bautista y Jesús de Nazaret.

Es demasiado fácil argumentar —aunque yo mismo lo haya hecho en alguna ocasión— que Jesús se equivocó cuando anunció que su propia generación no pasaría sin ser testigo de la abominación desoladora y la brutalidad de la invasión extranjera —y a la vez, de la inefable salvación de la llegada del Hijo del Hombre. Quizá lo que pasó fue que, gracias a una renovación de la piedad judía impulsada por los grupos de discípulos de Juan el Bautista y de Jesús de Nazaret, esta nueva debacle nacional fue aplazada por la misericordia de Dios durante una o dos generaciones, hasta las terribles y fracasadas guerras de independencia judía.

Sabemos muy poco acerca de la predicación de Juan el Bautista. Pero el movimiento de renovación que impulsó Jesús nos legaría

nada menos que el Nuevo Testamento y el movimiento cristiano que pervive hasta el día de hoy.

Sabemos por el evangelio de Juan que las multitudes a quienes Jesús alimentó con pan milagroso quisieron obligarle a asumir el título de rey —presumiblemente con el fin de reclutar un ejército judío para alzarse en rebeldía contra el régimen romano de ocupación. Sabemos por los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, que Jesús entró a Jerusalén acompañado por una multitud de campesinos que le aclamaban como «Hijo de David». Aclamaciones que en esas circunstancias, con el incircunciso romano oprimiendo a los judíos como lo habían hecho en la generación de David los filisteos, sólo podían tener una interpretación: Daban voz a una amplia expectativa independentista nacional, la esperanza en que Dios había por fin —en Jesús— levantado un digno sucesor de David. ¡Cuándo no, las autoridades judías reprocharon a Jesús el que no hiciera callar esas aclamaciones, cuyo único resultado previsible tenía que ser una severa represalia por parte de la guarnición romana al mando de Pilato!

Roma jamás había tolerado y jamás toleraría ningún asomo de alzamiento independentista —ni en Jerusalén ni en ninguna parte. Y era la fiebre de sentimiento independentista judío contra el régimen romano de ocupación, lo que hacía tan terriblemente delicado ese momento histórico en ese lugar donde vivió Jesús.

Me ha parecido necesario dar todas estas explicaciones para que caigamos en la cuenta de las circunstancias especiales en las que Jesús mantuvo dos cosas aparentemente contradictorias. Por una parte, anunció la inminente y milagrosa salvación de Dios que llegaría de la mano de la manifestación del Hijo del Hombre. Pero por otra parte, predicó la necesidad de amar a amigos y enemigos por igual, y manifestó una marcada apertura personal al trato amigable con los «publicanos», es decir, los funcionarios judíos del régimen romano

de ocupación, que todos consideraban traidores a la patria y religión judías.

Es sólo cuando ignoramos estos hechos que podemos ignorar, también, que el radicalismo del amor al enemigo que enseñó Jesús fue una parte esencial e inseparable de su mensaje. De hecho, fue lo más importante y sustancial de su mensaje. Cualquier forma de religión cristiana que margina o ignora el llamamiento de Jesús a amar a nuestros enemigos como él amó a los enemigos de su patria, es pura apostasía, herejía y traición del mensaje del evangelio.

A Roma era imposible derrotarla con sus propias armas. Nadie en aquella era podía ni pudo reunir una fuerza militar comparable a la de Roma, un ejército capaz de resistir el ataque implacable de sus legiones. Realmente era cierto que sólo un caudillo militar con poderes milagrosos sobrenaturales, un nuevo Moisés o un nuevo Josué —tal vez un nuevo rey David ungido para comandar las huestes de Israel— podría prevalecer militarmente contra Roma. Sólo si Dios intervenía como antaño, con plagas y desastres no naturales, con pestilencia y mortandad inexplicable entre las legiones romanas, con tormentas de granizo que arrasaran el ejército romano pero sin tocar a los judíos, se podía soñar con una victoria. Solamente si Dios volvía a hacer que el mar se tragara a las legiones de Roma, como antes se hubo tragado los carros de Faraón, era posible concebir una esperanza independentista. Hay que suponer que Jesús no era el único que se daba cuenta de la precariedad —de lo imposible— de cualquiera resistencia militar contra Roma. Con toda seguridad todos los judíos de su generación sabían perfectamente que solamente una intervención divina absolutamente sobrenatural sería capaz de derrotar las legiones del Imperio.

De ahí el entusiasmo que generó entre las masas de judíos piadosos de Galilea, la aparición repentina de este profeta Jesús tan sorprendentemente poderoso. Jesús venía avalado por señales de un poder milagroso que recordaba a los grandes profetas de la salva-

ción nacional en el pasado remoto de Israel. Señales de curaciones de enfermos, ciegos y paralíticos —y hasta la resurrección de muertos. Señales de expulsión de demonios y espíritus inmundos. Jesús se mostró capaz de convertir el agua en vino y de alimentar multitudes con unos pocos panes y peces; capaz, también, de caminar sobre las aguas sin hundirse y de calmar la bravura de la tormenta marina con una sola palabra.

¿Cómo no iba a agitarse de emoción y esperanza el corazón de los judíos piadosos de Galilea y Judea ante la aparición de alguien así? ¿Quién iba a ser tan incrédulo como para dudar que Dios había oído por fin el clamor de su pueblo y les mandaba ahora el Mesías y Redentor y Salvador de Israel, el rey prometido por los profetas, para restaurar la gloria de Sion?

Y sin embargo Jesús tenía una concepción radicalmente distinta de lo que suponía el hecho de ser él el elegido por Dios para traer la salvación divina a la humanidad.

Jesús dijo, según el evangelio de Juan, que su reinado no es de este mundo (aunque está en este mundo).

Jesús opinó, parece ser, que la llegada victoriosa y sobrenatural del Hijo del Hombre no desembocaría en una brutal y mortífera batalla militar sino en la lucha interior dentro del ser humano —todos los seres humanos, de todas las etnias y tribus y naciones de la tierra.

Jesús se vio a sí mismo, no como un general al estilo de los que comandaban las legiones romanas, sino como el Siervo Sufriente de la segunda mitad del libro de Isaías, rechazado y vituperado, angustiado y afligido hasta la muerte, despreciado y abandonado por todos.

¿De dónde saca Jesús esas ideas?

¿Cómo es posible que este judío de Galilea, en esa generación y ante la crisis agobiante de la ocupación imperial romana, entendiera de esta manera tan singular y sorprendente el papel que debía desempeñar como Hijo del Hombre y Salvador del mundo?

Ante todo: ¿Cómo es posible que Jesús llegara a la conclusión de que la salvación divina no exigiera la derrota militar de sus enemigos —los enemigos de su patria y sus enemigos personales que lo mandarían crucificar— sino que exigía amarlos y entregar su vida por todos?

La explicación tiene que hallarse escondida en los propios libros sagrados de la fe judía —nuestro Antiguo Testamento— de que se nutrió en su niñez y adolescencia Jesús. Y es allí donde tendremos que ir—guiados de la mano por la propia interpretación de aquellos textos que nos ofrece la vida y obras y enseñanzas y muerte y resurrección de Jesús— para descubrir los secretos de los planes eternos de salvación que el Señor venía preparando desde hacía siglos.

El Antiguo Testamento es enorme y contiene una riqueza y variedad impresionante en sus enseñanzas y meditaciones sobre los propósitos de Dios. En los minutos que me quedan esta mañana, sólo puedo comentar unas pocas cositas, como muestrario del trabajo de interpretación de la Sagrada Escritura que nos es necesario realizar para comprender la clase de Mesías y Salvador que al final fue y sigue siendo Jesús de Nazaret.

1. La diversidad racial de Israel

Quiero afirmar aquí en pocas palabras algo que sería digno de explicar en detalle, aunque este no es el lugar y el momento: Israel, el pueblo escogido de Dios en la antigüedad, que vivió en la tierra de Canaán donde Dios los llevó desde la esclavitud en Egipto, jamás fue una raza o un linaje biológico específico. La idea de la descendencia de todo Israel como una familia a partir de los patriarcas

Abraham, Isaac y Jacob, tiene que entenderse como una afirmación ideológica o religiosa, no como un hecho biológico o genético. No porque lo diga yo sino porque los propios textos bíblicos se encargan de demostrárnoslo.

Es verdad que Abraham se casó con su hermana; e Isaac y Jacob con sus primas, como si el ADN con la genética de esa familia en particular fuera especial. Pero los doce hijos de Jacob se casaron, once de ellos con mujeres cananeas, y José con una egipcia. Quiere decir que por parte materna, todo Israel es o cananeo —concretamente los judíos, los descendientes de Judá, tienen matriarcas cananeas— o egipcio —concretamente las tribus de Efraín y Manasés.

No hay sangre pura, no hay una raza israelita que sea diferente que la mezcla de razas cananeas, egipcias y babilonias (no olvidemos que Abraham procedía de Babilonia). Si miramos el mapa de esa región hoy día, diríamos que Israel es, genéticamente, el resultado de la mezcla de iraquíes, sirios, libaneses, jordanos, palestinos y egipcios, y que estas nacionalidades son hoy y siempre han sido sus primos hermanos.

Pero hay más:

En Éxodo 12,38 pone que la liberación de los esclavos israelitas bajo el mando de Moisés fue aprovechada por «una multitud mixta» de personas (en la versión Reina-Valera pone: «una gran multitud de toda clase de gentes») para huir también de la tiranía de Faraón. Los protagonistas del éxodo que cruzaron el Mar Rojo fueron, entonces, no sólo los descendientes directos de Israel, sino una mezcolanza de nacionalidades y etnias, gente de ascendencia multirracial o multiétnica —como había de esperar en una ocasión de emancipación masiva de esclavos.

En sus años en el desierto se les unieron otras personas de diferentes etnias. Caleb aparece repentinamente en la narración del desierto como uno de los grandes líderes de la tribu de Judá. Pero Ca-

leb era cenezeo, es decir, descendiente de Esaú o Edom. Sabemos que durante los años en el desierto también hubo mezcla con los madianitas. Es famosísimo el episodio donde la presencia de mujeres madianitas, con sus ideas religiosas paganas, provocó la ira del Señor. Pero no ignoremos que la propia esposa de Moisés fue una de las mujeres madianitas en el campamento hebreo, sin que de ello derivara el más mínimo reproche sobre Moisés. De hecho, Moisés consiguió alistar a sus parientes madianitas como guías para los israelitas en el desierto —y por lo que se pueda saber, ese linaje por lo menos de los madianitas se integró perfectamente en la tribu de Moisés, que era la tribu de Leví, la tribu de los sacerdotes del Señor.

Podría seguir poniendo ejemplos pero sólo añadiré que generaciones más tarde, cuando Sansón, juez de Israel por la gracia de Dios, mostró una marcada tendencia a enamorarse de chicas filisteas, hablaba la misma lengua que ellas, tenía las mismas costumbres que ellas, y a todo el mundo le pareció perfectamente natural y normal que un judío se enamorase de filisteas.

En la medida que tenemos que suponer que Jesús conocía estas antiguas historias sobre los orígenes de Israel, podemos entender que Jesús no compartiera el sentimiento de patriotismo racial militarista judío que tanto estaba contagiando a sus contemporáneos. Él se sabía judío, naturalmente, pero le parecía natural quedarse charlando con una mujer samaritana, sanar al siervo de un centurión romano, o irse a cenar a la casa de Zaqueo, un funcionario judío del régimen de ocupación extranjera. Jesús parece haber pensado que hay una unidad fundamental entre todos los seres humanos, de la nacionalidad que sean. Unidad esencial que es incompatible con la idea de nadie como enemigos a derrotar, matar y eliminar.

2. La vocación misionera de Jonás

No me cabe duda de que quien escribió —inspirado por el Espíritu Santo— la maravillosa parábola o relato didáctico que constituye el libro de Jonás, fue un auténtico profeta en Israel. Anónimo, quizás, pero auténticamente profeta. Pero Jonás, el protagonista de esta historia fantástica, no fue un profeta. El relato de Jonás no lo describe como profeta y de hecho, es importante que no sea visto como una persona con un llamamiento o una vocación especial, sino como un típico judío piadoso, observante de la Ley del Señor y dedicado a sus propios asuntos con el mínimo posible de trato con extranjeros.

Pero este judío típico —con el que es necesario que todos los judíos se identifiquen y se sientan aludidos— verá su mundo puesto patas arriba en cuatro brevísimos capítulos. Porque Dios le va a mostrar que el Señor es el Dios de Israel, naturalmente, pero que también es el Dios de toda la humanidad. Esta es una revelación indeseada. Desde que Dios primero le dice que vaya a Nínive a predicar el juicio de Dios, Jonás ve peligrar el arreglo especial de favoritismo que siempre había habido entre Israel y su Dios. Israel es el pueblo escogido **de Dios**; el Señor es el Dios **de Israel**. La simetría es perfecta: Dios escoge un único pueblo; ese pueblo adora a un único Dios.

¿Qué pintan en este arreglo los ninivitas?

El libro de Jonás se escribió recordando que la ciudad de Nínive había sido —siglos atrás— la capital de Asiria. Derrotadas por los asirios, las antiguas tribus del reino de Israel habían sido llevadas cautivas al exilio, donde se mezclaron con los nativos y perdieron su identidad y nunca más se volvió a saber de ellas. Nínive había sido una ciudad capital importante, pero desde luego no se tardaba tres días en cruzarla a pie, como cualquiera puede comprobar viendo las ruinas hoy día. La Nínive del libro de Jonás, entonces, no es la Ní-

nive histórica sino que representa simbólicamente a **todos los gentiles**, así como Jonás representa a **todos los judíos piadosos**.

Hasta el último versículo Jonás se resiste a la misión evangelizadora de los gentiles que Dios está queriendo impulsar. Y sin embargo, por dondequiera que Jonás va, se le convierten gentiles. Los marineros no saben nada, son paganos supersticiosos sin conocimiento de Dios; pero como a Jonás se le escapa a regañadientes la información de que su Dios es el creador de los cielos y la tierra, se postran y lo adoran y obedecen —dejando en ridículo la desobediencia de Jonás. Y en Nínive, más de lo mismo. Todo es arrepentimiento y ayuno y conversión, a pesar de que Jonás se había esforzado por predicar un evangelio negativo, de juicio y condenación, sin una sola palabra sobre el amor y el perdón de Dios.

El caso es que el libro de Jonás surtió el efecto para el que el Espíritu de Dios lo inspiró. Durante varios siglos y hasta bastante avanzada la era cristiana, las sinagogas judías esparcidas por todo el mundo fueron lugar de refugio para las almas sedientas de los paganos, que venían allí para oír predicar la palabra de Dios, se arrepentían de sus pecados y emprendían una nueva manera de vivir. La mayoría no se convertían a judíos. Sencillamente se congregaban en torno a la sinagoga como «temerosos de Dios». Fue entre estos gentiles temerosos de Dios, curiosamente, que mayor éxito tuvo Pablo en su ministerio apostólico. ¿Cómo era posible estar tan poco tiempo en cada lugar y dejar ya funcionando una iglesia cristiana? Porque Pablo siempre encontraba «temerosos de Dios» que ya conocían la Palabra de Dios, habiendo recibido el ministerio misionero de los judíos antes de llegar Pablo.

Sabemos que Jesús llegó a mencionar expresamente esta historia de Jonás, lo cual nos indica que estaba perfectamente familiarizado con su mensaje. Y ese mensaje era uno donde ya es imposible dividir a la humanidad entre amigos y enemigos, entre «nosotros» contra «ellos». No, según el libro de Jonás, Dios está anhelando perdo-

nar los pecados de toda la humanidad. Entonces ya nadie es enemigo, ni siquiera el ejército romano de ocupación. Lo que hay que hacer con Roma —como con la Nínive de Jonás— es llegar hasta ellos con la misión redentora de Dios, imaginando que Dios va a conmover sus corazones al arrepentimiento y la conversión.

3. La intercesión de Job el justo

Aunque Jesús no menciona en ninguna de sus enseñanzas a Job —por lo menos que yo recuerde—, el libro es una de las obras más monumentales no sólo de Israel sino de toda la literatura de la humanidad y es difícil imaginar que Jesús no lo conociera.

El libro de Job se atreve con el terreno árido y escabroso del sufrimiento de seres humanos que se saben, si no inocentes en un sentido absoluto ante la santidad de Dios, por lo menos **no más culpables** que cualquiera de los que en determinado momento viven vidas afortunadas y llenas de dicha.

Al principio de sus sufrimientos la reacción de Job es de un victimismo supino. «El Señor da y el Señor quita, bendito sea el nombre del Señor».

El problema con esta actitud es que pretendiendo ser piadosa y adoradora de Dios, parte de una concepción inaceptable de Dios —como un soberano que no siente ni comparte nuestro dolor. Un Dios cuya soberana Majestad actúa sobre nuestras vidas como puro capricho divino, puede quizá satisfacer cierto tipo de inquietudes intelectuales, como perfección y soberanía abstracta. Pero cuando Job expresa esa sumisión «piadosa» ante los caprichos inexplicables de su sufrimiento, se está conformando con un dios que es mucho menos que el Dios de la Biblia. Porque el Dios de la Biblia, por una parte, está de parte de las víctimas y las acompaña en su dolor; y por otra parte, perdona gratuitamente al pecador que se arrepiente. El Dios de la Biblia no nos gobierna fríamente desde la distancia, sino

que se nos acerca y nos hace experimentar su compasión y amor y ternura infinita.

La esposa de Job le anima a maldecir a Dios y morir en un último acto de dignidad humana (Job 2,9). Ella entiende que no es *necesario* que Job siga sufriendo. Job puede renegar de ese dios despiadado y cruel que lo está maltratando y, padeciendo una muerte fulminante por su osadía, al menos librarse de una vida gobernada tan injusta y caprichosamente. Esa muerte de Job constituiría, entonces, un último reproche imborrable, de esta perra existencia humana y de su dios.

La religiosidad de Job lo lleva a reaccionar violentamente contra el consejo de su esposa. Sin embargo las palabras de ella lo estimularán a cambiar su discurso. Y así, poco a poco, empieza a dar voz a sus quejas. Su lenguaje se torna cada vez menos conformista y pasivo, menos «piadoso», cada vez más exigente de que Dios —el Dios verdadero, el de la Biblia, el que padece y sufre nuestro dolor como suyo propio— escuche la acusación que le eleva un hombre justo.

Sin embargo el efecto de la «rebeldía» de Job al exigir que Dios atienda a sus quejas y agravios, no es el que imaginaba su esposa.

Dios no mata a Job.

Al contrario, parece asimilar asombrosamente bien el tono desafiante —casi insultante— de las palabras de Job, hasta el punto de dignarse responder. En el libro de los Salmos descubrimos que Dios es un excelente escuchador de nuestras quejas. Algunos de los salmos más memorables y profundos son salmos de queja y lamentación. Pero algunas quejas y preguntas no sólo requieren que se escuchen, sino que también exigen una respuesta. Que luego la respuesta sea enteramente de nuestro agrado es quizá otra cosa: el caso es recibir alguna indicación de que esas quejas han sido tenidas en cuenta. El hecho de que Dios considere necesario dar explicaciones a Job —aunque esas explicaciones sean sencillamente la reafirma-

ción de su poder divino sobre toda la creación— indica que la acusación de Job tiene mérito.

El último discurso de Job indica que las palabras de Dios le han tocado donde él menos se lo esperaba. La respuesta de Dios nada ha argumentado en defensa del trato vejatorio a que ha sometido a Job. Al contrario; al evadir la cuestión, parece estar dándole la razón. Pero en el acto de responder, Dios se ha mostrado cercano a Job. Job antes sólo sabía de Dios por lo que le habían contado, pero ahora le ha «visto» en persona, con sus propios ojos.

Pero llegados hasta este punto, al final le toca a Job un último acto que sólo él puede realizar. Dios le ha reconocido siempre y le sigue reconociendo como un hombre justo. Y este hombre justo, cuyo sufrimiento sigue siendo tan incomprensible e inexplicable al final como al principio, ha de interceder ahora en oración por sus amigos.

Los amigos de Job se habían comportado como enemigos.

Como enemigos de Job con sus acusaciones falsas.

Pero también como enemigos de Dios, porque expresaban precisamente la actitud que había dicho Satanás que era inevitable en todo ser humano: «¿Acaso te honra Job sin recibir nada a cambio?» (NVI). La doctrina de los amigos de Job manifestaba de una y mil maneras que no. Que el ser humano sólo puede adorar a Dios cuando espera recibir a cambio bendición. Parece una doctrina piadosa pero es una doctrina satánica, enemiga de Dios, porque con ella muere toda posibilidad de servir a Dios gratuitamente, por amor incondicional y no solamente para que nos vaya bien en la vida. Con esa doctrina podríamos **temer** a Dios, pero nunca **amarle**. Con esa doctrina podríamos ser súbditos de Dios, pero nunca hijos.

Por eso se manifiestan como enemigos —no amigos— de Dios. Porque la única motivación que puede inspirar su adoración y servi-

cio a Dios, es el interés en ser ricamente recompensados por su religiosidad.

Pero aunque estos presuntos amigos resultan ser enemigos tanto de Job como de Dios, Dios ahora toma la iniciativa para que Job interceda por ellos, para así poder perdonarlos.

Job entonces, precisamente porque es un hombre justo, intercede ante Dios por ellos. Y Dios, precisamente porque es un Dios de gracia y de perdón, acepta la intercesión de Job y los perdona.

Y ahora Jesús se encuentra con estos romanos impíos que se benefician terriblemente del sufrimiento de los judíos cuyo país han anexionado a su imperio. Pero si Jesús es un hombre justo como Job, deberá interceder ante Dios por los romanos en lugar de pelear contra ellos con la espada. «¡Padre, perdónalos! ¡No saben lo que hacen!» Y si el Dios de Jesús es el Dios de Job, escuchará la intercesión de Jesús el Justo, a favor de los que lo crucifican. Se acercará a ellos con el evangelio del perdón y la reconciliación.

Así las cosas, Jesús tuvo que darse cuenta desde el principio de su ministerio que acabaría padeciendo injustamente la cruz que los romanos tenían reservada como instrumento de tortura y muerte para los cabecillas de los pueblos sometidos bajo la bota del Imperio. Y sabiéndolo, no predicó el odio ni la revolución violenta, sino el amor y la reconciliación y el perdón divino para todo aquel que cree.

¿Qué significa ser pacifista?

Supongo que cada pacifista tiene su propia respuesta a esa pregunta.

En cuanto a mí, estoy convencido de que seguir a Jesús significa amar a mis enemigos y a los enemigos de Dios, así como amó Jesús. Y eso excluye toda posibilidad de matarlos ni desearles ningún mal.

Al contrario, Jesús me llama a ser un agente de paz y reconciliación y perdón y entendimiento mutuo, en este mundo que ya está demasiado plagado de violencias inaceptables de todo tipo. Un mundo que lo que menos necesita, es otro iluminado más que se crea capaz de imponer la paz de Dios por medio de las armas del diablo.

Capítulo 4.

Cómo pueden ser nuestras iglesias pacifistas en una sociedad violenta

Si ayer prefería cambiar el enfoque de mi tema para hablar, no del pacifismo en general, sino de lo que significa seguir a Jesús, hoy empezaría por preguntarme la pregunta inversa a la que nos propone nuestro tema. No tanto: ¿Cómo pueden ser nuestras iglesias pacifistas en una sociedad violenta?, sino: ¿Cómo es posible que las iglesias cristianas sean ninguna cosa **otra** que pacifistas, a la luz de la violencia insoportable que padece nuestra sociedad? ¿Qué solución pensaríamos poder dar a la problemática de la sociedad, si ni siquiera nuestras iglesias tuvieran claro que la violencia misma es el enemigo a combatir?

Ayer procuré explicar cómo la profunda convicción de Jesús —de que tenía que amar a sus enemigos personales y nacionales y a los mismísimos enemigos de Dios— estaba arraigada en el mensaje del Antiguo Testamento. Hoy quiero examinar el testimonio unánime de todos los autores del Nuevo Testamento, que nos instruyen sostener nosotros esa misma actitud que tuvo Jesús.

Sé que nuestro tema de hoy podría enfocarse de otras maneras. Podríamos tomar la sociedad moderna como punto de partida para ver si es posible sostener el seguimiento de Cristo como alternativa realista. Podríamos hablar de la necesidad de situarnos en simpatía ideológica con las víctimas de todo tipo de violencia, víctimas que se suele argumentar que es necesario defender de todas las maneras posibles —incluso, si hace, falta, con la violencia justa o justiciera. Y si hubieseis invitado a otra persona, quizá ese otro tipo de reflexiones, de tipo sociológico, ideológico o filosófico serían el resultado. Pero me habéis invitado a mí. Y yo procuro no predicar otra cosa que a Cristo y no conocer otra sabiduría que la de la Biblia. Así que

éste es el enfoque que daré a nuestras reflexiones para esta mañana: El testimonio del Nuevo Testamento acerca de la naturaleza de la iglesia como cuerpo de Cristo, que mantiene vivo, vigente y eficaz —en todo tiempo y lugar— el ministerio de Jesús.

Si hay un tema en el que los diversos apóstoles que escribieron lo que hoy constituye nuestro Nuevo Testamento cristiano ponen todos ellos de manifiesto su continuidad con el pensamiento de Jesús de Nazaret, es el tema de no devolver mal por mal.[1] La actitud fundamental cristiana de no devolver mal por mal sino resistir contra el mal haciendo el bien, es tan obvia que debiera ser innecesario fijarnos en ella expresamente. Pero dieciséis siglos de guerras, persecuciones y cruzadas; inquisición, espada y horca; crueldad, revanchismo y venganza ilimitada —todo ello cometido por cristianos piadosos y creyentes— nos exige detenernos en destacar lo fundamental que es este tema como expresión inconfundible del conocimiento verdadero del Dios y Padre de Jesucristo.

- Mateo. *Os han enseñado que dicho está: «Ojo por ojo» y «Diente por diente». Sin embargo yo os mando no resistir por medio del mal. [...] Os han enseñado que dicho está: «Amarás a tu compañero y odiarás a tu enemigo». Sin embargo yo os mando: «Amad a vuestros enemigos e interceded en oración por los que os persiguen, para pareceros a vuestro Padre celestial». Porque él hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos* (Mt 5,38-39.44-45).[2]

---

[1] Aquí sigo, con leves revisiones, la redacción de mi asignatura para Taller Teológico de SEUT, *Hablar sobre Dios desde la Biblia*, lección Nº 12, tema Nº 2. En sus lineamientos generales, sigue también el guión de mi librito *Jesús y la no violencia* (Terrassa: CLIE y Bogotá: CLARA, 1993),

[2] Aquí y en todos los textos a continuación, pongo mi propia traducción, que sería conveniente cotejar con ediciones impresas del Nuevo Testamento en castellano.

Me limitaré a resaltar tres cosas en estas frases de Jesús que rivalizan, todas ellas, por reclamar nuestra atención:

- No se conoce ningún otro caso de un rabino judío que se atreviera a reclamar una autoridad personal tan exagerada para interpretar la voluntad divina como lo hace Jesús cuando dice: *«Os han enseñado que dicho está: […] Sin embargo yo os digo…»* Al final del Sermón del Monte, Mateo nos comenta que «Se quedaron estupefactos los corrillos [que se pusieron a discutir] sobre su enseñanza, porque les estaba enseñando como quien tiene autoridad y no al estilo de sus letrados» (Mt 7,28-29). Jesús parece estar buscando provocar una confrontación. Frente a la larga tradición de interpretación oral de la Escritura, donde siempre era de rigor citar antecedentes rabínicos para la opinión vertida, Jesús parece proponerse un volver a empezar desde el propio texto bíblico, entendido con frescura y sencillez y originalidad. Ese desparpajo, que dejó boquiabiertos a sus contemporáneos, obligaba a todos a definirse. O se aceptaba esta nueva manera de entender y vivir conforme a la revelación divina en la Ley, o no quedaba más remedio que oponerse.

  Sin embargo el caso es que en los ejemplos que nos da Mateo de cuando Jesús razonaba así (*«Os han enseñado que dicho está: […] Sin embargo yo os digo…»*) el resultado es luminoso, claro y convincente. Su interpretación de la intencionalidad del texto comentado no sólo es verosímil sino persuasiva. En efecto, es **esto**, y no ninguna otra cosa, lo que Dios parece exigir de nuestra conducta. (En este caso que nos ocupa, en relación con el enemigo.)

- Lo que «sin embargo» nos instruye Jesús es que aunque en un incendio forestal sea razonable luchar con fuego contra el fuego, **el mal no se puede combatir con el mal**. Añadir un mal a

otro no elimina el mal sino que lo multiplica. El enemigo rara vez «escarmienta» —el efecto deseado por el empleo «justo» del mal— sino que tiende a reafirmarse en los sentimientos de victimismo, inseguridad y odio que harán inevitable la reanudación de otro ciclo de males. La única venganza que es capaz de superar esa violencia cíclica es aquella venganza que ejecute soberanamente Dios mismo. Si al asesino o al tirano lo parte un rayo o se cae de su caballo y se desnuca, sus íntimos y sus seguidores no hallan en ello excusa para ensañarse contra sus enemigos, que nada han tenido que ver con aquella muerte.

Nuestras democracias modernas nos han habituado a pensar que el estado puede ejercer esa función de juez imparcial e impersonal de venganza divina; pero los brotes de terrorismo nos indican que puesto que el estado también puede ser concebido como un enemigo al que combatir con sus propias armas, la justicia estatal nunca puede sustituir eficazmente aquella única venganza que **elimina las enemistades**: la venganza ejecutada por Dios mismo, sin intermediarios humanos.

◆ Sin embargo Jesús no nos quiere llevar a una reflexión ética con fundamentos puramente prácticos o utilitarios sobre la retribución que satisfará nuestros odios y nuestra sed de venganza. Jesús prefiere hacernos una asombrosa invitación a **amar** al enemigo, y fundamenta esa invitación en **una afirmación teológica. Es porque Dios es así** que nosotros debemos actuar así. Jesús afirma que el sol y la lluvia son de Dios, suyos para distribuir según a Dios le parezca justo y oportuno; y sin embargo él los derrocha sobre buenos y malos, sobre justos e injustos por igual. Es inspirados por el ejemplo de esa generosidad inesperada, por virtud de esa misma gracia inmerecida que recibimos —gracia divina que no guarda ninguna relación posible con nuestros cálculos de méritos, virtudes y conse-

cuencias razonables— que debemos actuar nosotros también en relación con nuestros enemigos.

Se pueden hallar —y se han hallado— muchas formas de razonar para explicar que lo que Jesús nos pide no es razonable o que no es posible ni tampoco deseable. Pero lo que nadie nunca ha conseguido argumentar convincentemente es que Jesús no dijo esto o que quiso decir otra cosa diferente: Estemos de acuerdo con él o no, lo que está claro es que él opinó que manifestamos ser «hijos de Dios» en la medida que, como Dios, perdonamos y actuamos con gracia inmerecida a favor de nuestros enemigos, es decir, los «amamos». Será cierto el refrán de que «Errar es humano y perdonar es divino», pero el caso es que Jesús nos invita a asumir ese rasgo —precisamente ese y ningún otro— de la divinidad.

- Marcos. *Y cuando estéis orando, perdonad si es que tenéis alguna cosa contra alguien, para que vuestro Padre celestial también os perdone vuestras faltas* (Mr 11,25). En este punto una de las tradiciones de transmisión textual añade un versículo 26: *Pero si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestras faltas.* Cabe imaginar que tal vez la severidad del versículo añadido vaya más allá de la intención de Jesús que, como ya hemos visto, según Mateo prefiere fundamentar nuestra conducta en la imitación de la gracia divina. (Dios ama y perdona, por eso nosotros amamos y perdonamos; y no al revés, que Dios perdone por imitar el ejemplo nuestro.)

  En cualquiera de los dos casos, la invitación a perdonar a los que nos han tratado con enemistad —y hacerlo en el contexto de nuestra vida de oración, como personas que solemos hablar nuestras cosas con Dios— queda clara: En un caso, si decidimos admitir como parte de nuestro texto bíblico el versículo 26, está claro que el propio perdón divino hacia nosotros depende expresamente de nuestra disposición a convivir pacífica y armoniosa-

mente con los que nos han hecho mal, sin rencores ni odios. Y en el otro caso, especialmente si como es de suponer, Jesús pronunció esta instrucción en arameo o hebreo, el vocablo que indica efecto puede indicar también causa: perdonamos **porque** nuestro Padre nos perdona.

Pero en cualquier caso perdonamos.

Supongo que hubiera sido de desear que Jesús matizara, que hubiera expresado algún reconocimiento de que hay atrocidades que es muy difícil perdonar. ¿Este perdón es el que hubiera recomendado Jesús, por ejemplo, a sus tíos y tías y a los amigos de sus padres en Belén, cuando el rey Herodes mandó asesinar a los bebés? Puesto que algunas de sus parábolas, pobladas de esclavos y amos, terratenientes avaros, nobles privilegiados y campesinos oprimidos, indican una situación social de violencia sistémica —al filo de explotar en violencia revolucionaria— tenemos que suponer que si Jesús entendía que el perdón de los enemigos no era aplicable a alguna situación de extrema crueldad, oportunidades no le faltaron para decir claramente que había excepciones a la regla.

- Lucas. *Tratad a los demás como queréis que os traten. Igual. Si amáis a los que os aman ¿qué gracia tiene? ¡Los pecadores también aman a los que les aman! Y si tratáis bien a los que os tratan bien, ¿qué gracia tiene? ¡Eso mismo hacen los pecadores! Y si prestáis sólo donde pensáis recibir, ¿qué gracia tiene? ¡Los pecadores también prestan para recibir lo mismo! Sin embargo amad a vuestros enemigos y tratadlos bien y prestad a los que no inspiran ninguna esperanza. Y será abundante vuestra recompensa y os pareceréis al Altísimo, puesto que él mismo es compasivo con los desgraciados y detestables* (Lc 5,31-35).

Una vez más, nuestra conducta —especialmente con relación a nuestros enemigos naturales, los de diferente condición social, los que nos miran mal y tratan mal, los que nos tienen una rancia in-

quina y un odio declarado— se ha de basar en el ejemplo de la gracia divina. Jesús parece esforzarse por hacer que el concepto de la gracia de Dios —sin la cual estaríamos perdidos, sin ningún tipo de esperanza en esta vida ni en la otra— sea un ejemplo que cunda en nuestro trato con los enemigos. ¡Pero, si es que nosotros somos naturalmente enemigos de Dios! O lo fuimos, al menos, hasta que él consiguió derribar la barrera de la enemistad que le teníamos, por virtud de su amor y su gracia.

Lucas cierra este párrafo de su evangelio con el siguiente resumen: *Sed compasivos como vuestro Padre también es compasivo* (Lc 6,36). No nos deja lugar al victimismo, a ir de víctima por la vida, alimentando nuestros resentimientos por las gravísimas heridas físicas, psíquicas, emocionales —incluso espirituales— recibidas por los abusos de nuestros enemigos. No, para compadecerse de nosotros está Dios. De manera que podemos dejar de compadecernos de nosotros mismos y empezar a ver **al enemigo** con compasión.

Otra vez una virtud esencial de Dios, su gracia y compasión en su trato con sus enemigos (nosotros), es su cualidad que hemos de emular. Jesús no entiende que nadie se conforme consigo mismo, que nadie aspire a ser menos que Dios en esta virtud.

- Juan. En Juan no tenemos textos como esos, que hablen expresamente sobre la meta de vivir en paz y armonía con los enemigos, habiéndolos perdonado y amado en imitación del amor, la compasión, la gracia y el perdón divinos. ¿O sí? *Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os amé. Mayor amor que éste no tiene nadie: que alguien entregue su vida por sus amigos* (Jn 15,12-13). Leídas así, aisladamente, estas palabras de Jesús parecen estar hablando, en todo caso, de cómo sacrificarse por el bien de los **amigos**. Pero desde el primer capítulo, el evangelio según Juan viene desarrollando el tema de «el mundo» que es de Jesús

pero que le rechaza, un mundo que le odia y persigue y también odiará y perseguirá a sus discípulos. Un mundo, sin embargo, que el Hijo vino a redimir por el amor inefable del Padre. «Porque de tal manera amó Dios **al mundo**…» —a ese mundo que es enemigo declarado del Padre y del Hijo y de los discípulos de Jesús.

En Juan, entonces, Jesús no tiene «enemigos» sino un mundo que es suyo, que le pertenece por derecho de Creador, pero que le odia hasta la muerte y que tratará con crueldad a sus seguidores, pero que él sigue amando (como el Padre ama al mundo). Y por tanto ese mundo —conjuntamente con los discípulos que le siguen— constituimos todos juntos esos «amigos» por los que Jesús entregará su vida. Si en Juan Jesús no tiene «enemigos», entonces, es porque ha preferido vernos a todos como «amigos». Y ese amor que le lleva a entregar la vida por sus «amigos» —entre los que está ese «mundo» que le odia y persigue a muerte— es el que han de imitar sus seguidores.

- Pablo. Hay pocos temas en los que sea tan evidente la continuidad del pensamiento de Pablo con el de Jesús:

Su enunciación más clara y sencilla se encuentra en 1 Tesalonicenses 5,15: *Mirad bien, no sea que alguno devuelva mal por mal. Al contrario, seguid siempre el bien entre vosotros y para con todos.*

El archiconocido capítulo 13 de 1ª Corintios —que versa sobre el amor— contiene algunas expresiones que siguen esta misma línea: *El amor es sufrido, benigno es el amor; no envidia […] no se enrabieta ni guarda rencor […] disimula todas las ofensas sufridas […] todo lo aguanta* (1 Cor 13,4.5.7). En relación con ese amor de Cristo que procura la paz entre enemigos declarados, podríamos añadir aquí el siguiente pensamiento de Romanos 13: *El «no cometerás adulterio, no asesinarás, no robarás, no envidiarás» —y si hay algún otro mandamiento— se resumen en una sola cosa: «Amarás a tu prójimo*

mo como a ti mismo». El amor no emprende ninguna acción mala contra el prójimo. Por tanto, el cumplimiento de la Ley es el amor (Ro 13,9-10). Si los cristianos (y aunque nadie más) estuviésemos dispuestos a vivir con esa definición del amor —*el amor no emprende ninguna acción mala contra el prójimo*— este mundo sería un lugar infinitamente mejor.

No podemos abandonar a Pablo ni su carta a los Romanos sin incluir todavía la siguiente cita: *Que nadie devuelva mal por mal. Proponeos el bien ante todas las personas. Siempre que podáis, vivid en paz con todas las personas. Amados, no os venguéis vosotros mismos. Al contrario, apartaos de la ira. Porque escrito está: «Mía es la venganza, yo restituiré», dice el Señor. Al contrario «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber [...]» Que no te domine el mal sino domina tú el mal con el bien* (Ro 12,17-21). He dejado sin traducir la última parte del versículo 20, donde entiendo que Pablo citó textualmente la versión griega de Proverbios pero tenía en mente lo que realmente pone la versión hebrea: *Si el que te odia tiene hambre, dale a comer pan; y si tiene sed, dale a beber agua. Porque así tú harás que se le enfríe la cabeza* (literalmente: *recogerás las ascuas que están sobre su cabeza*) *y el Señor te concederá paz* (Pr 25,21-22). Este proverbio que cita Pablo es especialmente apto, porque indica que hay acciones que nosotros podemos emprender para enfriar los ánimos exaltados, pero la paz no es un resultado automático sino algo que en el mejor de los casos nos concederá el Señor. Pablo ya ha admitido (Ro 12,18) que no siempre es posible vivir en paz con todos. Lo que sí es posible es no «echar leña al fuego» con acciones tan malintencionadas como las del enemigo que nos la tiene jurada.

- El autor (o la autora) de Hebreos. Por si acaso este libro anónimo no fue escrito como se suponía antiguamente por Pablo, consideraremos también su testimonio de forma expresa:

Por tanto, puesto que tenemos semejante nube de testigos, deshagámonos de todo estorbo y del pecado que nos rodea, corriendo con paciencia la prueba que tenemos por delante. Pongamos los ojos en Jesús, el modelo y la perfección de lo que supone ser fiel. Él, ante el gozo que le aguardaba, soportó la cruz (despreciando su ignominia) y está sentado a la diestra del trono de Dios. Porque debéis tener presente tamaño aguante frente a la gente mala que se le opuso, para que el desánimo no invada vuestras almas y abandonéis. Hasta ahora vuestra resistencia contra el pecado no os había exigido la sangre (He 12,1-4).

El lenguaje es militante. Hay un conflicto a muerte. Hay enemigos que someten a buenas personas, como Jesús, a la vergüenza y el horror de la cruz. El conflicto hasta ahora no nos ha exigido dar la vida pero en breve eso cambiará. En todo esto, sin embargo, Jesús es el modelo y la perfección de lo que supone ser fiel. (O «autor y consumador de la fe», como traducen otros, lo cual aquí viene a significar lo mismo.) El martirio es una posibilidad real. Lo que **no** es posible es emprenderla contra los enemigos con sus mismas armas asesinas.

La muerte de Jesús **derrotó la enemistad** precisamente porque se negó a ser enemigo de nadie. Ahora nos tocará a nosotros seguir su ejemplo.

- Santiago. *¿Quién es sabio y docto entre vosotros? Que demuestre desde la buena conducta cuáles son sus obras en sabia mansedumbre. Porque si os consumen la amarga envidia y la agresividad tozuda, por lo menos no presumáis de ello ni mintáis contra la Verdad. No es ésta la Sabiduría derramada desde lo alto —sino terrenal, instintiva, diabólica. Porque donde hay envidia y agresividad, allí habrá perturbación y toda obra asquerosa. En cambio, la Sabiduría de lo alto es en primer lugar pura, luego también pacífica, razonable, dócil, llena de compasión y de todo fruto del bien, que no juzga al prójimo ni disimula sus propias in-*

tenciones. Es decir que el fruto de la justicia se siembra en paz para los activistas por la paz (Stg 3,13-18).

Este mismo espíritu cristiano lo expresa Santiago más adelante, cuando después de describir los efectos nefastos de la acumulación de riquezas por unos pocos, los acusa de que: *Habéis condenado y asesinado al que es justo, que lo acepta sin rechistar* (Stg 5,6). Los justos, según Santiago, siguen procediendo como el Justo, Jesús, derrotando la enemistad al negarse a comportarse como enemigos de nadie —ni siquiera de los ricos que los están explotando y asesinando. Santiago tiene también plenamente interiorizada, entonces, la enseñanza y el ejemplo de Jesús, de que el mal jamás se podrá derrotar con el mal.

- Pedro. Si hay una institución humana que podríamos considerar como situación límite, el colmo y la cumbre de la injusticia y enemistad en el trato entre seres humanos, tiene que ser la de la esclavitud. Aunque las sociedades esclavistas siempre han cultivado el mito de la armonía y lealtad y el afecto entre amos y esclavos, la esclavitud por su misma naturaleza es la institucionalización del desprecio, la desigualdad y la más profunda de las enemistades jamás conocidas por la humanidad. Por eso es especialmente significativo el consejo que da Pedro a los esclavos cristianos, en cuya sumisión él ve encarnada la quintaesencia del espíritu de Cristo:

¿Qué mérito tendría aguantar bofetadas cuando desobedecéis a vuestros amos? Sin embargo cuando los tratáis bien y con todo os castigan y entonces lo soportáis en silencio, esto es nada menos que gracia divina. A esto habéis sido llamados, porque Cristo también sufrió [injustamente], dejándoos su ejemplo para que sigáis sus pisadas (1 P 2,20-21).

Pedro no escribe esto para defender la esclavitud ni escudar a los amos, la terrible injusticia de cuyas acciones y actitudes queda

así en evidencia —equiparada a la de la humanidad que crucificó a Cristo. No, Pedro escribe esto como expresión natural del principio aprendido de las palabras y el ejemplo de Jesús. No se puede vencer el mal con el mal sino atreviéndonos a ser agentes de la gracia divina: devolviendo bien por mal, siguiendo las mismísimas pisadas de nuestro Señor Jesús, en un sufrimiento redentor que anula las enemistades.

- 1 Juan.[3] El «anciano» autor de esta carta, expresa reiteradamente la idea de que nosotros somos hijos, así como Jesús es hijo. No sólo somos **llamados** hijos de Dios, sino que **eso somos** (3,1). Hemos **nacido de Dios** (literalmente, «hemos sido engendrados por Dios» (3,9) y por eso no podemos «desviarnos de como se comportó Jesús» (que es lo que significa aquí el verbo *pecar*). Y en cuanto a la «unción», que hace que quien la reciba sea un «ungido» (en griego, *christós*), esa es también una cualidad nuestra (2,30.27).

Como otros escritos del Nuevo Testamento, el autor de 1 Juan quiere poder decir a la vez, que Jesús es especial y único (el «Hijo unigénito de Dios» [4,9]); y que nosotros sus discípulos somos como él es: «Queridos, ahora ya somos hijos de Dios aunque todavía no se ha visto del todo lo que llegaremos a ser, que cuando por fin esto se vea, seremos calcados a él, por cuanto lo veremos tal cual es» (3,2). Aquí viene a cuento la idea de los tres testigos, «el viento, el agua y la sangre» (5,8). Tal vez hubiéramos esperado la luz o el fuego —no la sangre— entre los elementos que dan testimonio sobre el Hijo de Dios. Pero los traductores de nuestras Biblias aciertan al entender que en lugar de «el viento» hay que entender «el Espíritu» (de Dios). «El agua» sería entonces un se-

---

[3] En este punto sigo, con leves revisiones, algunos párrafos escritos para mi asignatura para Taller Teológico de SEUT, *Hablar sobre Dios desde la Biblia*, lección Nº 8, tema Nº 4.

gundo **bautismo**, junto con el del Espíritu. Pero el otro testimonio (la palabra griega «testimonio» es *martyría*) es el del bautismo **de sangre**. Es la disposición a morir renunciando a la defensa propia, igual que Jesús, lo que da singular testimonio de que el camino que escogió Jesús es el correcto para salvación de la humanidad.

La Iglesia es aquella comunidad de Hijos de Dios que por amor han renunciado, como Jesús, a la fuerza bruta como medio para procurar la justicia.

También hay muchos y no sólo un «anticristo», por cierto. Si leemos con atención lo que pone sobre ellos, se trata de personas que habían empezado dentro de la comunidad de los discípulos de Jesús, pero luego se han apartado. Ya no se comportan como se comportó Jesús. Manifiestan conservar todavía aquella antigua naturaleza **contraria** a la «unción» que nos hace «ungidos» (*cristos*) con conductas que imitan la de Jesús. Esto los sitúa «contra Cristo», es decir, hace que sean «anticristos».

Los tales no tienen cabida dentro de la Iglesia. No hay un «Plan B». No hay una segunda vía, la de los sacramentos por ejemplo, para que las personas que no son «cristos» en su conducta, sean otra cosa que «anticristos». No estamos hablando aquí de un perfeccionismo inalcanzable. No se trata de unos máximos de santidad, sino de lo mínimo exigible: la renuncia a devolver mal por mal.

- El Apocalipsis. En mi redacción inicial de esta ponencia no había dicho nada sobre el Apocalipsis de Juan. Tenía mis motivos,[4] pero entre ellos no se encontraba la sospecha de que el men-

---

[4] Ya había dedicado un capítulo de mi libro *La autoridad de la Palabra en la Iglesia* (Terrassa: CLIE, 2002) al Apocalipsis. Además, en la presente ponencia ya había hablado sobre el *evangelio* de Juan y *las cartas* de Juan y no quería esco-

saje del Apocalipsis fuera diferente al del resto del Nuevo Testamento en cuanto a estos particulares. En el debate posterior a mi presentación de la ponencia, sin embargo, me di cuenta de que es necesario hablar expresamente del Apocalipsis, porque lo habitual es leer este libro como una reivindicación cósmica de la violencia. Violencia divina en cualquier caso, pero siempre la violencia y destrucción sin contemplaciones como solución final a los problemas de la humanidad. Y si es así como Dios actuará al final contra la humanidad perversa, es natural imaginar que así también hemos de actuar sus hijos, con toda naturalidad y sin el más mínimo reproche moral.

El tema es interesantísimo y el debate sobre cómo interpretar el Apocalipsis es especialmente intenso. Siempre lo ha sido. Probablemente no hay otro libro en la Biblia cristiana que haya generado tantos desmanes, tanta locura colectiva bien intencionada y también, tristemente, tanta violencia cruel e inhumana contra el prójimo. Siempre que se lee el Apocalipsis como negación de todo lo que hemos visto hasta aquí en todo el resto del Nuevo Testamento, han surgido fanáticos exaltados dispuestos a construir el Reino de Dios sobre los cadáveres de los enemigos de Dios. Esto nos debe advertir de que las consecuencias de entender equivocadamente el Apocalipsis son gravísimas. Hasta ahora los que han interpretado así el Apocalipsis **siempre se han equivocado** con sus teorías, fantasías y fechas. Y quienes han pagado esos errores han sido siempre *otros*: la violencia apocalíptica de los cristianos nunca ha carecido de víctimas contra quienes arremeter.

Mi propuesta para el Apocalipsis es sencilla y fácil de comprender. En lugar de aceptar la presuposición de que el Apoca-

---

rarme demasiado hacia los textos joaninos sino hablar del Nuevo Testamento como un todo.

lipsis contiene un mensaje diferente —otro evangelio— que el de todos los demás libros del Nuevo Testamento, parto de la presuposición de que el evangelio del Apocalipsis es el mismo evangelio que predicó Jesús y que enseñaron los apóstoles: el evangelio de la acción no violenta de Dios a favor de sus enemigos, para efectuar la **reconciliación** entre Dios y el ser humano, que no la **destrucción** de la humanidad.

Partiendo de esta presuposición fundamental, que entiende que la cruz de Jesús es la última palabra de Dios en respuesta al mal —una última palabra victoriosa por cierto, que genera Resurrección y Nueva Creación— me limito a unos brevísimos pincelazos de cómo esto afectará nuestra lectura del Apocalipsis:

- Observamos que la figura del Señor exaltado a lo largo de todo el Apocalipsis lleva una espada, sí, pero no la lleva ceñida a la cintura ni la sostiene en su diestra, sino que sale de su boca. Se trataría entonces de la conocida metáfora de la Palabra de Dios como «espada de doble filo». De hecho habría que afinar más para afirmar que se trata de las palabras del Cordero, esas palabras que Jesús en efecto pronunció, palabras cuyos conceptos nos transmiten fielmente los evangelios. La maldad fundamental del hombre será vencida cuando estas palabras de amor y esperanza y reconciliación se transmitan convincentemente a toda la humanidad.

- Con esto en mente podemos observar que la terrible carnicería que el capítulo 19 nos prepara para contemplar, donde toda carne morirá y las aves carroñeras del cielo descenderán para darse un soberano empacho con los cuerpos de la humanidad, también es una metáfora conocida en los escritos apostólicos. Sabemos de sobra que hemos de «hacer morir» nuestra carne y «despojarnos» de ella —pero siempre en un sentido figurado, que indica nuestra santificación cristiana. Yo me inclino por

opinar, entonces, que Juan está echando mano a esta metáfora, en el capítulo 19 del Apocalipsis, para hablar no de la *destrucción* de la humanidad corrupta, sino de su *santificación.*

- Si esto es así, resulta especialmente graciosa la escena del capítulo 6, donde «Los reyes de la tierra, los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, todo esclavo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes, y decían a los montes y a las peñas: "Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá sostenerse en pie?" (6,15-17 —RV95). ¿Acaso hay algo más cómico que tener miedo de un **cordero**? Quedan así ridiculizados los temores de la humanidad —especialmente los ricos y los poderosos, los políticos y los militares— respecto a Dios. La humanidad tememos que Dios nos quiera *destruir* pero esa no es en absoluto su intención. Dios nos quiere *salvar*. Ya en el capítulo 5 se había anunciado «el León de Judá» pero lo que había aparecido no era una bestia carnívora sino un corderito indefenso, como degollado y sin embargo vivo. Y es en cuanto Cordero —no en cuanto león— que abre los sellos que revelan el sentido último de la historia de la humanidad en este planeta.

- Se podría argumentar que todo esto no es lo mismo que afirmar, positivamente, que en el Apocalipsis volvemos a ver reiterado el tema de no devolver mal por mal. Lo más parecido a esto último sería, probablemente, la exaltación del martirio que vemos en este libro. Algunos mártires, al parecer, claman: «¿Hasta cuándo?», como anhelando el castigo de sus asesinos (Ap 6,9-10). Pero sabemos que Jesús y Esteban —y otros muchos de los mártires del cristianismo primitivo— murieron diciendo: «Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen». Yo tiendo a pensar que ese tipo de oración final en el martirio, ba-

> sada en el ejemplo expreso de Jesús, es lo que más tendrá en cuenta Dios al final de todas las cosas.

Dicho todo esto, quisiera hacer unas anotaciones finales sobre el panorama general que nos presenta el Nuevo Testamento en cuanto a la cuestión:

La iglesia cristiana y el testimonio del judaísmo tradicional[5]

Una de las cosas que llaman la atención en la argumentación de la carta del apóstol Pablo a los Romanos, es su convencimiento de que el llamamiento especial de Israel no desaparece con la llegada del cristianismo (Ro 9-11). Aunque a los cristianos de origen no judío nos pueda resultar molesta esa idea de una elección perdurable de Israel, quizá Pablo intuía algo del papel que todavía le quedaba a su raza como ejemplo de la forma de vida que instruyó Moisés y predicó Jesús.

Como observa el teólogo John H. Yoder,[6] en los dos milenios y medio desde el inicio de la diáspora, los judíos han vivido como una minoría a veces tolerada, otras veces perseguida, obligada a sobrevivir sin acceso directo al poder político y militar. Para ello han seguido el programa trazado por la carta de Jeremías a los exiliados (Je 29,4-7). Despreciados y vituperados —como el Siervo Sufriente de Isaías y como el propio Jesús— se han mantenido fieles a lo que en-

---

[5] Aquí sigo, con leves revisiones, algunos párrafos escritos para mi asignatura para Taller Teológico de SEUT, *Hablar sobre Dios desde la Biblia*, lección Nº 6, tema Nº 4.

[6] John H. Yoder, "See How They Go With Their Face to the Sun" (© 1997 W.B. Eerdmans Co.; traducido con permiso al castellano en: http://www.menonitas.org/publicaciones/yoder_mirad_como_van.pdf).

tendían que Dios les exigía (según el entendimiento que tenían). Esto a pesar de padecer episodios de crueldad exquisita como la sufrida con los Reyes Católicos de España, con las persecuciones bajo los zares rusos, y con Hitler a mediados del siglo XX. Su existencia ha sido forzosamente pacífica, no violenta y marginal, obligados a una ejemplaridad fulgurante frente a la crueldad de los regímenes cristianos que les ha tocado padecer.

Es posible afirmar esto a pesar de dos excepciones notables a la regla: El breve período de independencia y lucha armada por mantenerse como un estado judío entre los siglos II a.C. y I de nuestra era; y el presente estado de Israel, de poco más que medio siglo de duración hasta el momento, un estado precario, cuyo futuro es incierto y en el que sólo reside una minoría de los judíos del mundo.

En tanto que los cristianos no nos desenganchemos de nuestra adicción al poder, puede que a través de los siglos y milenios, la diáspora judía haya sido lo más parecido, en la práctica real, a una encarnación perdurable de los principios predicados por Jesús.

El «sionismo cristiano» entonces, al alentar y fomentar el militarismo israelí y el desafortunado enfrentamiento bélico entre descendientes directos de Abraham, resulta atractivo para muchos cristianos precisamente porque un judaísmo militarizado y enamorado del poderío político y bélico, les resulta comprensible y «natural», por parecerse tanto al cristianismo militarizado de los últimos dieciséis siglos. Si los judíos se parecen a los cristianos en este particular, los cristianos ya no tenemos que contender con el testimonio judío que contrasta tan sublimemente con nuestra propia infidelidad histórica.

Los cristianos, que llevamos tantos siglos matándonos entre nosotros y subyugando pueblos «paganos», no podíamos menos que sentir un profundo malestar ante la presencia en medio nuestro, del pueblo judío con su tradición milenaria de bajar la cabeza y esperar que pase la furia de las tormentas políticas y militares, confiando

humildemente que Dios les daría posteridad en la tierra a pesar de sus muchos enemigos. Quizá lo molesto que nos resultaba ese testimonio explica —en parte, por lo menos— la furia del antisemitismo cristiano. Antisemitismo, del que el «sionismo cristiano» acaso no sea más que una variante, puesto que el judaísmo que alienta y apoya, es éste que por fin se nos parece: despreciando la vida del prójimo que es «diferente» y entregándose a las armas en lugar de esperar en Dios. Así podemos seguir considerando que el judaísmo tradicional, el de siempre desde la generación de Jeremías, es históricamente irrelevante.

La iglesia cristiana como «cuerpo de Cristo»

Pero Pablo había abrigado otra esperanza para el movimiento cristiano al que entregó su vida y sus desvelos. Él entendía que Jesús no sólo había resucitado y ascendido al cielo, sino que estaba siempre presente en las asambleas de los creyentes que se reunían en su nombre. «Cristo en nosotros» y «nosotros en Cristo», hay una unidad de propósito y llamamiento y voluntad entre Cristo y su Iglesia, de tal manera que ésta viene a ser el mismísimo «cuerpo» de Cristo. La iglesia es ahora la carne y los huesos y la sangre de Cristo, su persona visible y palpable en medio de la humanidad necesitada del amor de Dios. Cristo no está ausente. Tal vez se haya ido al cielo como lo vieron ascender sus discípulos en Hechos 1, pero a la vez sigue **presente**. Está **aquí**. Sus ojos son los de tu hermana y tu hermano que te ven. Sus manos son las tuyas y las mías y las de todos nosotros. Sus brazos y sus piernas y todos sus órganos y miembros hacemos hoy su obra, como en otra era la había hecho su cuerpo mortal, que crucificaron pero resucitó.

Entre otras cosas que escribió Pablo al respecto, está esta:

> *Por esto también yo, al oír cómo operan entre vosotros la fidelidad en el Señor Jesús y el amor para con todos los santos, no puedo parar de dar*

gracias haciendo memoria de vosotros en mis oraciones. Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación de su conocimiento. Que los ojos de vuestra mente sean iluminados para poder contemplar:

- *el pleno alcance de la esperanza de vuestro llamamiento,*
- *la auténtica dimensión de vuestra gloriosa riqueza que heredan de él los santos,*
- *y la grandeza sublime de su poder en vosotros.*

Estas cosas os corresponden a los que os mantenéis fieles por el impulso de la fuerza de su poder. El mismo poder es el que actuó para levantar a Cristo de la muerte y sentarlo junto a Dios en lo más alto — muy por encima de toda majestad y autoridad y potencia y señorío y cualquier otro título que se pueda mencionar, no sólo ahora sino por toda la eternidad. De manera que todo lo que existe se rinde a sus pies y él manda sobre todo, pero muy especialmente en la iglesia. Ella, la iglesia, es su mismísimo cuerpo. Es la plenitud de Aquel que llena totalmente todas las cosas (Ef 1,15-23).[7]

En este asombroso párrafo Pablo reconoce en Jesús una gloria y una potestad majestuosa sobre todo lo que existe, ahora y eternamente. Nada hay ni puede haber fuera de Cristo, que lo llena todo y domina sobre todos. Cristo posee una autoridad divina que está muy por encima de cualquiera autoridad e institución humana. En Cristo, de hecho, opera plenamente, a pleno rendimiento, la divina Majestad de Dios mismo, que ha escogido actuar en y por medio de Cristo, para poner en práctica todas sus obras.

Pero si es posible que exista algo que sea más asombroso que esa divina majestad y potencia de Cristo, tiene que ser la realización

---

[7] La traducción/interpretación es otra vez mía. Será útil cotejarla con otras versiones.

concreta de ese poder **en nosotros**. Porque todo lo que Pablo dice acerca de Cristo, lo dice para darlo vuelta de inmediato y atribuirlo también a la Iglesia. De hecho, viene hablando sobre la eficacia de la operación de Dios a través de los santos, **antes** de entrar a describir la gloria y majestad de Cristo. El tema que le ocupa no es propiamente Cristo, sino la congregación de los escogidos y santificados por Dios. Es para entrar en mayor detalle sobre el papel que le corresponde a la Iglesia en el mundo, que Pablo necesita explicar el lugar de Cristo en el universo de todo lo que existe en los cielos y en la tierra.

Quizá sea necesario interpretar metafóricamente, como lenguaje figurado o licencia poética, esta idea de la asamblea de los creyentes como mismísimo cuerpo de Cristo. Tal vez estas palabras no quieren decir exactamente lo que parecen querer decir. Pero con todo, **algo** tienen que significar. Entiéndase como se entienda, Pablo dice que la obra de Cristo continúa. Que la presencia de Cristo en el mundo jamás se ha interrumpido. Que el mismo Señor que transitó los polvorientos caminos de Galilea y Judea en forma de Jesús de Nazaret, el hijo de María, ahora se mueve en medio de la sociedad humana en la forma de nuestros cuerpos mortales, los vuestros y el mío.

Y esto significa —y por fin respondo a la pregunta con que empezábamos— que la iglesia no puede elegir si ser pacifista o no. La misión de la iglesia es la misión de Jesús. La obra de la iglesia es la obra de Jesús. Por tanto nuestra forma de actuar, nuestra forma de estar presentes en el mundo, nuestras actitudes y nuestras maneras de comportarnos ya no dependen de lo que a nosotros nos parezca bien o mal, sino que tenemos que poder justificarlas como **prolongación expresa de la vida de Jesús**.

Y si Jesús entendió que era necesario padecer las injusticias del mundo sobre su propio cuerpo en lugar de ejecutar la justicia de Dios en el cuerpo de los demás, es así como Cristo sigue actuando

hoy. Lo que está en juego no es que podamos justificar o no ante nuestra sociedad moderna —con sus formas modernas de violencia— abandonar la violencia y dedicarnos a la paz y la reconciliación, al perdón y el amor divino. Lo que está en juego es que seamos o no —de verdad— Cuerpo de Cristo presente en este mundo hoy.[8]

Porque si ya no vivimos como vivió Jesús, si ya no amamos como amó Jesús, si ya no padecemos mansamente las injusticias como las padeció Jesús, quizá la explicación más sencilla es que hemos dejado de ser el auténtico Cuerpo de Cristo.

Y si eso es lo que ha pasado, entonces todo lo demás es vanidad y palabrería sin ningún propósito ni sentido. En ese caso Cristo se ha marchado de esta tierra y ya no está más entre nosotros. Pero si Cristo ya no está entre nosotros hoy, ¿quién puede asegurar con certeza que algún día vaya a volver? Si ya no vive en esta tierra el Cuerpo de Cristo sino solamente una sombra, un simulacro de iglesia, lo más probable es que todo lo demás que creemos también sean mentiras y engaños. Entonces la humanidad estaría perdida irremediablemente y ya no nos quedaría ninguna esperanza de salvación, sino tan sólo dejar que pase el tiempo hasta que la especie humana se extinga sobre este planeta.

Esto —¡Nada menos que esto!— es lo que está en duda si pensamos que es posible que la Iglesia deje —que cada uno de nosotros dejemos— de amar y perdonar como amó y perdonó Jesús.

---

[8] Naturalmente, Cristo no es *lo mismo* que la Iglesia. Cristo es **más** que la Iglesia, como cada uno de nosotros somos *más* que solamente nuestros cuerpos. O siguiendo el lenguaje de Pablo, Cristo sería *cabeza* de la Iglesia, por mucho que ésta conforme las otras partes de su cuerpo. El propósito de esta metáfora de la Iglesia como Cuerpo de Cristo no es negar, por ejemplo, la esperanza en el regreso corporal del Cristo ascendido al cielo, sino enfatizar que nuestra manera de comportarnos tiene que ser idéntica a la de Jesús.

Capítulo 5.

Cómo vivieron los antiguos anabaptistas

La historia de los inicios del movimiento anabaptista[1] durante el siglo XVI es interesante y nos invita hoy a la reflexión sobre muchos aspectos de nuestra fe y vivencia. Como otros movimientos de renovación o incluso de refundación del cristianismo a lo largo de la historia, los anabaptistas tomaron su inspiración y modelo de vida directamente de los textos bíblicos, entendiendo que la iglesia sólo podía ser auténtica y verdadera, si encarnaba en su propio día la misma realidad que habían predicado y vivido Jesús y los apóstoles.

Continuidad con el mundo bíblico

A pesar de los enormes obstáculos levantados por las iglesias mayoritarias, estatales, el mundo medieval de principios del siglo XVI en Europa, hacía posible una imitación más o menos mecánica de muchos detalles de la forma de vida que se puede observar en los personajes bíblicos. Como en la Galilea y Judea y Samaria que conoció Jesús, la mayoría de las personas vivían en un entorno fundamentalmente rural, donde lo que se conocía como ciudades eran casi siempre lo que hoy consideraríamos pueblos relativamente pequeños. La mayoría de la gente se dedicaba a la agricultura y ganadería y vivían en pequeñas aldeas en gran proximidad a las tierras que labraban.

---

[1] Hace décadas descubrí que los diccionarios y enciclopedias en la lengua castellana no traen la forma y pronunciación más eufónica de esta palabra, «anabautista», sino otras dos: «anabatista», que según el Diccionario de la Real Academia Española es locución arcaica, caída en desuso; y «anabaptista». Es bajo esta última forma de la palabra, que se encuentra el movimiento que nos interesa en los diccionarios enciclopédicos españoles, por lo cual es mi costumbre escribirla y pronunciarla así.

La vida de la gente se guiaba por valores tradicionales y muy arraigados, que habían valido para sus antepasados desde hacía cientos y miles de años con muy poca variación. La hospitalidad, por ejemplo, era algo que se brindaba espontáneamente, entre otras cosas, porque la llegada de un viajante traía siempre noticias del mundo exterior. Sólo así se podía saber si había guerras o catástrofes naturales en otras partes, si en algún lugar del mundo se habían visto prodigios o portentos o novedades maravillosas. Quién sabe: conversando y conversando, quizá se descubriera que el viajante se había cruzado con algún conocido, quizá supiera algo sobre un miembro de la familia que se había marchado del lugar y con el que se había perdido el contacto.

Las formas tradicionales de religión, heredadas desde una muy remota antigüedad, traían consolación y esperanza en ritos a celebrar ante la muerte de un ser querido o el nacimiento de un bebé —o sencillamente como expresión de amor y devoción a Dios.

Los suizos y austríacos, alemanes y holandeses del siglo XVI —donde surgió el movimiento anabaptista— en muchos particulares eran bastante diferentes entre sí y diferentes todos ellos de los galileos y judíos y samaritanos de la época de Jesús. Con todo, sus vidas eran infinitamente más parecidas entre sí —y a lo que hubieran entendido como «normal» las personas que pueblan los relatos bíblicos— que a las vidas nuestras, en el siglo XXI. Especialmente diferentes son las vidas de todos los que vivimos en las ciudades modernas, con agua corriente y luz eléctrica, teléfono, radio y televisión; y donde tenemos al alcance alimentos y artículos de todo tipo, muy lejos de su lugar de producción o fabricación. La mayoría de las personas nos dedicamos hoy día a trabajos que sencillamente no existían hace un siglo; y lo hacemos con herramientas inventadas o perfeccionadas hace muy pocos años.

Bien es cierto que el invento de la imprenta había empezado a transformar radicalmente la vida de las personas. Sin ese invento es

difícil que ni la Reforma Protestante ni la Reforma Radical de los anabaptistas se hubieran difundido tan rápidamente por toda Europa central. Ya era posible en aquella época escribir un folleto, mandarlo imprimir clandestinamente, a escondidas de las autoridades civiles y eclesiásticas, y repartirlo entre personas de confianza. Con la hoja impresa, las palabras de particulares carentes de influencia o poder político, con poca escuela ni formación teológica formal, podían inflamar el ánimo de grandes números de personas, con quienes uno jamás tendría trato personal. Merced a la imprenta empezaban a aparecer, también, traducciones de la Biblia a las lenguas populares de Europa. De repente los personajes de las historias bíblicas ya no hablaban latín o griego y hebreo, sino que hablaban «normal», como cualquier vecino de tu pueblo. De repente parecían personas reales y cercanas y sus vidas inspiraban de una manera mucho más directa la imitación, sus enseñanzas inspiraban de una manera mucho más directa la obediencia.

El movimiento anabaptista —mejor dicho, los muchos movimientos locales que llegaron a ser perseguidos bajo la antigua ley imperial que prohibía rebautizar a los ya bautizados— tuvo por eso un marcado sabor a imitación legalista del pasado. Un pasado que a nosotros nos tiene que parecer muy remoto, por lo mucho que han cambiado las cosas desde entonces, pero que en la Europa del siglo XVI les parecía próximo y perfectamente imitable, porque sus vidas no eran materialmente tan diferentes de las de los personajes bíblicos.

Discontinuidad de las iglesias estatales

Lo que sí había cambiado —y mucho— era la Iglesia oficial, que más de un milenio antes, cuando todavía existía el antiguo Imperio Romano, había traicionado su compromiso con el cambio desde abajo, desde su identificación con esclavos y pobres, con trabajadores y trabajadoras que a duras penas conseguían sobrevivir y alimentar a

sus hijos. El Imperio había ofrecido a los obispos un acuerdo imposible de rehusar: el Emperador reconocería a Jesucristo como Rey de reyes y Señor de señores, que gobierna sobre todo lo que existe, desde la divina majestad en el cielo. A cambio, los obispos debían reconocer que el Emperador gobernaba aquí abajo —en esta tierra— como delegado divinamente escogido por Jesucristo para garantizar la paz y el orden entre los seres humanos.

El cambio exigido de los gobernantes por este arreglo era muy mínimo. Antes tenían la consideración de dioses o hijos de dioses; o se sobreentendía que al morir serían admitidos entre los dioses del cielo —y en la tierra eran soberanos indiscutibles. Con el cristianismo renunciaban a ser adorados como dioses ni ahora ni después de muertos. En cambio, su poder y autoridad podían seguir siendo considerados indiscutibles aquí en la tierra y en esta vida.

Pero si el acuerdo entre Iglesia e Imperio había supuesto muy poco sacrificio para los emperadores, para la Iglesia supuso renunciar a algunos de los elementos más importantes de su manera de entender cómo Dios actúa en la historia humana. Las iglesias dejaron de ser pequeñas células de hermanas y hermanos que se apoyaban unos a otros en sus dificultades —en la dureza de sus vidas como pueblo llano oprimido. De repente, obligados por el gobierno, todo el mundo entró en la Iglesia. El resultado fue que el mundo y la Iglesia ahora eran exactamente la misma cosa. Y esa única cosa que era el mundo hecho Iglesia, tenía mucho de mundo y muy poco de seguimiento radical de Jesús. Antes, ser miembro de la Iglesia había exigido fe y santidad; ahora exigía, ante todo, lealtad política.

Cristo era adorado como Señor de señores y Rey de reyes, sí, pero en la lejanía del cielo. Su humildad y las vejaciones y muerte que padeció en esta tierra debían inspirar a la gente a ser también humildes y mansos en su trato con el prójimo y especialmente en su trato con sus superiores sociales; pero la humillación de Jesús quedaba firmemente anclada al pasado. Jesús podía comprender la si-

tuación de los pobres y de los esclavos porque él también había tenido que sufrir. Sin embargo eso le había sucedido hacía muchísimo tiempo. Y desde entonces Jesucristo gobernaba desde la lejanía del cielo; y sus especiales colaboradores en el gobierno eran los papas y obispos y abades, los emperadores y reyes y príncipes de este siglo. Antes Jesús había sido humilde y había padecido humillaciones; pero ahora Cristo se entendía perfectamente con la nobleza altiva y orgullosa que regía la sociedad medieval con mano de hierro y dura servidumbre.

El acuerdo entre los obispos y el emperador, entonces, dejaba al Jesús sufriente y humillado muy distante de los pobres y los campesinos y los esclavos. Lejano en el tiempo, pero lejano especialmente en esencia, porque ahora Jesús era el colaborador indispensable para que los poderosos pudieran abusar de todo el mundo. Rebelarse contra ellos era rebelarse contra la pirámide de mando encabezada por Cristo y era por tanto pecado mortal.

Las traducciones de la Biblia a las lenguas populares y su amplia divulgación gracias a la imprenta, sin embargo, de repente acercaron a Jesús y a los apóstoles otra vez a los pobres, al campesinado oprimido y esclavizado bajo duro yugo de servidumbre. Cualquiera podía leer —o por lo menos escuchar leer— y entender en su propia lengua las palabras de Jesús y de los apóstoles. Y en cuanto esto sucedía la gente empezó a darse cuenta de que la religión que ellos conocían no tenía nada que ver con las buenas noticias de liberación, sanidad, salvación y santidad que habían proclamado Jesús y los apóstoles.

De la violencia inicial a la no violencia de Menno

El resultado inicial fue una ola de violencia que amenazó con hundir en el caos toda Europa central. La primera gran oleada anabaptista fue violenta y sangrienta, salvo muy dignas excepciones. Las excepciones son lo que nos interesa porque a la larga, el único anabaptismo que consiguió sobrevivir fue el que abrazó radicalmente la figura de ese Jesús que ama y perdona a los enemigos, por muy salvajemente que los enemigos nos maltraten. Pero aunque nosotros hoy estemos convencidos de que los anabaptistas no violentos fueron los que más auténticamente comprendieron el mensaje de los evangelios, la realidad mayoritaria en los inicios del anabaptismo fue revolucionaria, violenta y sangrienta. Fue un alzamiento popular contra los obispos y príncipes que venían oprimiendo al pueblo brutalmente desde la era de los romanos.[2]

Ahora por fin era posible rebelarse y alzarse en revolución porque cuando el pueblo humilde consiguió escuchar en su propia lengua y leer con sus propios ojos las palabras de Jesús y los apóstoles, se dieron cuenta que aquello del derecho divino de los príncipes y obispos, reyes y abades y papas, era pura mentira que no tenía nada que ver con el evangelio ni con el amor a Dios y la santidad.

Ni Moisés ni Jesús habían mandado a los ricos explotar hasta reventar a los pobres, a los campesinos y a los esclavos, para dedicarse

---

[2] Es habitual en las iglesias menonitas o anabautistas reconocer la prioridad en el tiempo del bautismo celebrado en Zúrich, Suiza, en enero de 1525. Aquella primera célula anabaptista y especialmente la Confesión de Schleitheim de 1527, consagraron la variante no violenta del anabaptismo suizo. No hace falta negar esto para observar que por lo general, sin embargo, el primer estallido anabaptista fue más bien militantemente milenialista y tuvo bastante que ver con los alzamientos de campesinos que asolaron Europa central por aquella época.

a la buena vida de lujos, orgías y disipación. Al contrario, Moisés y Jesús habían mandado compartirlo todo, ponerlo todo en común para beneficio de todos, acordarse de la viuda y del huérfano y del inmigrante y del anciano que ya no tenía fuerzas para las duras labores que le exigían los nobles. Es así como las palabras del evangelio fueron la chispa que hizo explotar el polvorín de rancios y hondos resentimientos que albergaban los campesinos contra sus opresores.

En la prédica de celotes anabaptistas como Hans Hut, del que se dice que en sólo dos años antes de morir mártir en 1527, rebautizó él solo a más anabaptistas que la suma de todos los demás, había un fuerte componente milenialista. Llegaba la hora —concretamente, el día de Pentecostés del año 1528— cuando regresaría Cristo para la batalla final del Apocalipsis. Entonces los santos de Dios vivirían en justicia y equidad. Sería un régimen de comunismo cristiano que duraría mil años. Porque según la palabra del evangelio, todos nosotros reinaríamos juntamente con Cristo, eliminando así todas las barreras de distinción y clase social y posesiones entre las personas.

Melchor Hoffman, en Estrasburgo en el año 1533, escribió una carta al Concejo de la ciudad explicando que el reino de Dios había llegado por fin y tendría su comienzo precisamente en Estrasburgo, después de una terrible matanza de hombres impíos. El Concejo respondió metiéndolo en la cárcel. Hoffman, que era un pacifista convencido, agradeció con emoción el arresto, puesto que con el mismo empezaban a cumplirse sus profecías. Murió en la cárcel 10 años más tarde. Hoffman por lo menos y al contrario que algunos, era —como decíamos— pacifista. Un discípulo de Melchor Hoffman bautizó a los hermanos Obbe y Dirk Phillips, que se cree que bautizaron a Menno Simons. Y Menno fue quien escribió y publicó numerosos escritos en defensa de un anabaptismo radicalmente no violento, contrario a los desvaríos milenialistas y militaristas de los primeros años del anabaptismo alemán y holandés.

Antes de aparecer Menno en escena, sin embargo, el «melchorismo» —por Melchor Hoffman— tuvo un último desenlace especialmente alocado y sanguinario en la ciudad de Münster en el norte de Alemania, en la frontera con Holanda. No hace falta que explique aquí y ahora lo que sucedió en Münster. Lo podéis encontrar en cualquier diccionario enciclopédico, bajo la palabra «anabaptismo» —con «p»—, puesto que de pura aberración escalofriante, de puro desenfreno de violencia, terror y fanatismo fundamentalista, ese episodio marcaría por toda la posteridad cómo los católicos y protestantes entenderían el anabaptismo. Hasta el día de hoy cualquier católico o protestante que sepa algo de historia de la Iglesia, si le mencionamos los anabaptistas, recordará antes que nada la terrible brutalidad fanática que asoló la ciudad de Münster con un arrebato de locura colectiva.

No en balde los anabaptistas rehuyeron de aplicarse a sí mismos ese término, el de anabaptistas, prefiriendo que se les conociera como «mennistas», «mennonistas» y por último «menonitas» —o mejor, sencillamente como «hermanos». Al «anabaptismo» no sólo se le seguía aplicando la antigua ley imperial contra rebautizadores que se había promulgado contra la herejía donatista del siglo IV, sino que ahora recaía sobre ese término, el justo rechazo de la violencia fundamentalista cometida en Münster. Mucho mejor identificarse con el gran apóstol del «evangelio indefenso», Menno, cuya interpretación sobria y estricta de las Escrituras se impuso entre los remanentes de aquella primera oleada violenta del anabaptismo. El ministerio de Menno dejó comunidades pacíficas y no violentas, de cristianos humildes que no aspiraban en ningún caso al poder terrenal sino tan solamente a vivir tranquilamente en santidad y amor mutuo. Lo único que pedían estos *mennistas* o *menonitas* —al estilo de Menno— era que no se les persiguiera por la osadía de querer seguir a Jesús fuera del marco institucional de las iglesias estatales.

El martirio como experiencia en común de todos los grupos anabaptistas

¿Cómo vivían, entonces, aquellos primeros anabaptistas? Pues de muy diversas maneras, según el lugar y el momento; según la variedad de anabaptismo que se les había predicado; según practicaban la militancia terrorista del milenialismo fundamentalista o seguían, al contrario, la enseñanza del amor y la no violencia de Jesús que predicaron Menno y otros como él.

En algunos pocos lugares hallaron refugio y tranquilidad para labrar sus tierras y vivir en paz con sus vecinos. Si hacía falta, ponían en común todas sus posesiones; pero como mínimo compartían generosamente con los necesitados. Evangelizaban fogosamente, arriesgando la vida por predicar la salvación, el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados, y la buena noticia de este Jesús que se nos acercó tan humanamente y nos invitaba a seguirle en pobreza y humildad y santidad ejemplar. Aplicaban bastante mecánica y legalistamente —como ya hemos dicho— el ejemplo y la instrucción del Nuevo Testamento, que les resultaba perfectamente comprensible y aplicable puesto que las realidades sociales, materiales y tecnológicas en que vivían seguían siendo muy equiparables a aquel mundo bíblico.

Pero en las primeras décadas lo más típico no fue una manera concreta de vivir sino una manera concreta de morir. Porque en aquel siglo —el siglo XVI— ser anabaptista significaba, ante todo, aceptar un destino de persecución, tortura y martirio por amor a Cristo. Los anabaptistas vivieron de maneras muy diferentes y con doctrinas muy variantes de lugar en lugar, según quién les había predicado el evangelio. Pero lo que es morir, sobre todos pesaba por igual la dura expectativa de persecución y martirio.

Entonces en los minutos que me quedan, quiero pensar no tanto en los detalles de la vivencia día a día de los anabaptistas, sino en qué es lo que hace que alguien esté dispuesto a dejarse torturar y matar —y aceptar con paz y con gozo interior la tortura y muerte de sus seres queridos— por amor a Cristo. ¿Qué pensaban, qué sentían, cómo razonaban, qué amor ardía en los corazones de esta gente que vivió sabiendo que seguir a Cristo podía costarles la vida?

Podemos hacernos una idea de esto por el esfuerzo monumental del anabaptista holandés Tieleman van Braght, que en 1660 publicó los resultados de su investigación detallada de la documentación de miles de mártires anabaptistas en el siglo XVI. Con el título de *El reflejo de los mártires*, es una obra de proporciones enciclopédicas.[3]

Empecemos, entonces, sencillamente **abriendo ese libro al azar**, entre los martirios del año 1530, cuando el movimiento anabaptista estaba tomando sus primeros pasos:

- Hallamos así que un tal **Jorge Steinmetz** fue arrestado y decapitado en Portzen, Alemania. Antes de su ejecución pudo escribir la siguiente exhortación, que dejó para consolación de los creyentes:

> «Te damos gracias sinceras, oh Dios, por tu fidelidad paterna. Nadie debe burlarse ni despreciar su gracia no sea que al final, cuando llegue la hora de su partida, lo pague caro. Oh Señor, ayúdanos y socórrenos por medio de Jesucristo.
>
> »Dios ha llamado a muchos a su luz eterna. A éstos los visita con sufrimientos y dolor, como se ve muy bien en esta tierra.

[3] La obra completa existe en ediciones en el holandés original y en traducciones al alemán y el inglés. Una breve selección de sus muchas páginas ha sido publicada en español: J.S. Oyer y R.S. Kreider, *Historias de inspiración y coraje: Espejo de los mártires* (Guatemala: CLARA-SEMILLA, 1997).

Porque parece ser que es necesario que seamos purificados por el fuego de la aflicción, ya que para entrar al reinado de Dios todos tienen que pasar muchas tribulaciones, purificándose de todo pecado y vicio. Porque el que así sigue a Cristo, va por buen camino. Cristo dice: "Yo soy el Camino y la Puerta, la Verdad y la Vida; entrad por mí. Frente a mí todavía queda un cerco. Tengo por delante la cruz que deberá cargar todo aquel que desea venir al Padre." Por mi propia experiencia puedo contar y no miento, que la cruz aparenta pesar mucho más que lo que al final pesa. Esto espanta a muchos, como si fuera insoportable cargar con ella. Procuran pasar de largo y encontrar otro camino. Pero no podemos llegar a Dios si no soportamos el yugo de Dios. Porque todo aquel que pretende entrar al redil de otra manera que por la puerta, ese viene a robar y a matar y tendrá que sufrir la venganza de Dios —un dolor interminable.

»Cristo desea tener discípulos que le sigan hasta la cruz, siguiéndole en todos sus caminos como espero conseguirlo yo, llevando su yugo hasta el final. Pero quien no quiera llevar su cruz sino que permite que Satanás lo aparte y estorbe, que ponga atención a las palabras de Cristo: "Por tanto a todo aquel que me confiesa ante los hombres, yo también lo confesaré ante mi Padre que está en el cielo. Pero a todo aquel que me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en el cielo."

»Oh Dios, sostennos para tu alabanza y honor, que el amor no se enfríe en nosotros. Para ese fin, danos fortaleza, sabiduría y entendimiento, mediante tu Espíritu Santo que nos puede guiar a toda verdad para que nunca decaiga nuestro ánimo. Haznos valientes para permanecer firmes y avanzar por el camino estrecho. Que arriesgando la vida corporal, sepamos proceder mediante Cristo hacia el Padre.

»Alabado sea el Señor nuestro Dios, que nos llamó para ser sus siervos e hijos. A él levantaremos alabanzas eternamente y para siempre, porque podemos lavar nuestra ropa en la sangre del Cordero. Y al final, tras esta breve muerte y aflicción, entrar juntamente con él al gozo eterno.»

- La persecución no siempre mataba a los hermanos de uno en uno. A veces **toda una célula de cristianos anabaptistas** era apresada y conducida al patíbulo. En la misma página donde vienen las exhortaciones edificantes de Jorge Steinmetz, van Braght narra el siguiente episodio, acaecido en el año 1531:

«Ese año un tal Martín, de profesión pintor, ministro de la Palabra de Dios, y otros seis de la iglesia de Suabia [en lo que es hoy Alemania] fueron arrestados por la fe en la divina verdad. Al cabo de un juicio prolongado, les prometieron que si se retractaban, podrían volver con sus esposas e hijos sin ningún impedimento. Pero ellos respondieron sinceramente que no, sino que morirían gustosamente antes que retractarse. Después, habiendo pasado casi un año en la cárcel, los siete fueron condenados a muerte. Fueron llevados a la Casa Consistorial, donde les fueron leídos siete artículos de su doctrina.

»Cuando oyó leer el primer artículo, el hermano Wolfgang Eslinger declaró: "Cuando vosotros que hoy nos juzgáis tengáis que comparecer ante el juicio de Dios y presentaros delante de él, Dios sabrá bien quiénes sois."

»Cuando oyó leer el tercer artículo el hermano Pain comentó: "Mancháis vuestras manos con nuestra sangre. Dios no os la perdonará sino que la demandará de vuestras manos."

»Al leerse el cuarto artículo, el hermano Melchor dijo: "Hoy testificamos con nuestra sangre, que lo que mantenemos es la verdad."

»Al leerse el quinto artículo, el hermano Wolfgang Eslinger exclamó: “Abandonad vuestros pecados e injusticia. Arrepentíos y Dios no os lo tendrá en cuenta.”

»Los siete fueron conducidos bajo guardia al lugar de la ejecución. Allí el hermano Martín y los demás se encomendaron a Dios su Señor, rogando que les concediera un final feliz y que cuidara de sus ovejas.

»Al llegar al campo, el siervo del molinero, un muchacho de unos dieciséis años, empezó a exhortar a todos los que estaban presentes, que abandonaran sus pecados y se volvieran a Dios, porque no hay otro camino al cielo que mediante nuestro Señor Jesucristo, que murió en la cruz y nos redimió. Cuando todo estaba dispuesto para la ejecución, se acercó al siervo un noble a caballo, que procuraba convencerle e imploraba, diciendo: “Hijo mío, abandona tu error y retráctate. ¿Por qué dejas que éstos te engañen? Ten piedad de tu juventud. Mira: te llevaré a casa conmigo y te tendré siempre a mi lado. No te faltará nada durante toda la vida, con tal de que me hagas caso.”

»Pero el siervo dijo: “Guárdeme Dios de que tal cosa me pase, que aferrándome a esta vida pasajera perdiera la eterna. Sería una locura. No lo haré. Tu riqueza no nos puede ayudar ni a ti ni a mí. Espero recibir una vida mucho mejor que ésta, con tal de que persevere hasta el final. Entregaré mi espíritu a Dios y se lo encomendaré a Cristo. Que su amargo sufrimiento, que él aguantó en la cruz, no resulte haber sido en vano.”

»El espíritu de Dios inspiró al siervo para que hablara así. Porque aunque era mucho más joven que los otros hermanos, en cuanto a firmeza de resolución fue tan mayor como ellos. Así los siete confesaron con valentía y gozo a Dios y su verdad, aun hasta la muerte y el derramamiento de su sangre.

»Ese tal Martín, que ya hemos mencionado, cuando cruzaban el puente dijo: "Esta última vez los que confían en Dios son conducidos por este puente, pero ya nunca más". Resultó ser cierto, porque poco después hubo una tormenta muy violenta y una inundación arremetió contra el puente y lo derribó; y se lo llevaron las aguas.»

- Una generación después de estos martirios, en 1552, un tal **Adrián Corneliss** entregó su vida por Cristo en la ciudad holandesa de Leiden. En la cárcel escribió una oración y otros escritos para edificación de los hermanos. Quiero que observéis atentamente las muchísimas alusiones bíblicas y frases tomadas directamente de la Biblia. Es difícil imaginar que los inquisidores permitiesen a Adrián Corneliss tener una Biblia en la cárcel. Si fue capaz de citarla con tanta soltura, hay que suponer que es porque se había aprendido de memoria largos pasajes bíblicos, cosa bastante frecuente en el movimiento anabaptista. Las Biblias que se traducían a la lengua popular y publicaban en aquella época, por cierto, incluían algunos documentos que las iglesias evangélicas a la postre acabarían por considerar apócrifos, como 1 y 2 Macabeos, Tobías y Susana, que Adrián Corneliss cita junto con los demás libros de la Biblia.

Dice así, entonces, esta oración escrita en la cárcel poco antes de su martirio en 1552:

«Oh Señor de cielo y tierra, que has hecho todo de la nada, que me has dado estos miembros conforme a la imagen de tu Hijo, que espero ofrecerte ahora por amor a tu Nombre. Porque tú eres el Señor, ante quien toda rodilla se doblará en el cielo y en la tierra. Oye mi oración y sea acepto ante ti mi incienso. No apartes de mí tu gracia. Soy hombre de labios impuros; purifica mi boca para que con ella pueda alabarte. Inclina a mí tu oído y observa cómo [mis enemigos] caen sobre

mí. Aunque es mejor para mí caer en mano de los hombres, que pecar ante ti. Porque tus ojos son como llamaradas de fuego y tu Palabra como espada de dos filos, que traspasa y divide entre alma y espíritu, entre coyunturas y tuétano, y tú eres quien discierne los pensamientos y la intención del corazón y no hay nada oculto a tus ojos. Pro tanto exclamo juntamente con David, tu amado profeta, que es mejor caer en manos de los hombres, que ante tu ira.

»O Señor, guíame desde la tierra de Harán, donde no tengo heredad donde poner pie, hasta la tierra prometida que ruego me des por la gracia, no por mis obras ni méritos. Líbrame, junto con Lot, de esta generación. Guárdame, Señor, de los dientes afilados de los leones, que son muchos; de los dientes afilados de los lobos del anochecer, que no dejan ningún resto cuando amanece, cuyos pies se apresuran a derramar sangre inocente. Oh Señor, guárdame con Sadrac, Mesac y Abednego, que el fuego de blasfemia que sale de sus bocas no me haga daño. Oh Señor, sea oída mi oración con las de Tobías y Sara, escucha mi plegaria con la de Elías y acéptame como holocausto vivo, santo y agradable ante ti, para confundir a los profetas de Jezabel y que ya no puedan seducir a tu pueblo. Guárdame, Señor, con José, de la mujer perversa; porque prefiero ser despojado de mi ropa, es decir, de éste mi primer cuerpo. Porque leemos: "El que se une a una ramera es una sola carne con ella". Guárdame, Señor, porque pongo a cielo y tierra por testigo, que muero inocentemente. Porque todo aquel que procura guardar su vida la perderá; y todo aquel que pierda su vida por tu causa —Señor— y del evangelio, la guardará. Por tanto clamo a ti con el anciano Eleazar: "Prefiero morir gloriosamente que vivir manchado de abominación".

»Oh Señor, mira cómo la ira ardiente de la gran multitud se ha encendido contra nosotros y conseguirán apartar a algunos de entre nosotros, para alimentar a los ídolos con los indolen-

tes. Pero tú, Señor, me guardas. Tú das a tu siervo pan en la hora de su necesidad, y agua cuando padece sed; y en el día de la tribulación, tú perdonas los pecados. Y tú has dicho a tu amado profeta, que aunque una madre pudiera olvidar al hijo que trajo a la luz, sin embargo tú no nos olvidarás. Porque escrito está en tu Palabra, Señor. Has hablado por tu amado apóstol Pablo: "Apartaos de esta perversa generación y no toquéis ninguna cosa inmunda. Entonces nos librarás y serás nuestro Padre y seremos tus hijos e hijas".

»Nosotros ahora salimos fuera del campamento y ayudaremos a llevar tu escarnio. Enséñanos, Señor, a orar conforme a tu voluntad, para que oremos en espíritu y en verdad, para que podamos llamarte Padre con veracidad. Porque el hijo ha de honrar a su padre, y el siervo a su amo. Concédenos, por tanto, compartir de esa palabra que dice: "Estos son los que no han amado sus vidas sino que las han entregado a muerte". Porque los que son muertos por los hombres tienen una esperanza mejor que aguardar de Dios, a saber, la resurrección. Porque tú primero pones a prueba a tus elegidos. Tú los purificas a fuego como oro en el crisol, y los recibes como holocausto. Señor, permite ahora que tu siervo vaya en paz. Padre santo, santifica a tu hijo. Permite que yo sea hallado digno ante tu manifestación. Guárdame, Padre santo, por amor de tu santo Nombre, amén.»

Lo que me deja sin palabras que añadir, pasmado de asombro reverente, es que esta manera de expresarse no es en absoluto sobresaliente sino perfectamente típica. Esta gente entregaba sus vidas en el altar de la persecución, con la firme convicción de que esas sus vidas eran sencillamente una continuación de la historia bíblica. Que nada había cambiado. Que el mismo Dios que obraba en los relatos bíblicos los había llamado y escogido a ellos, personalmente, para añadir el perfume del incienso de sus vidas

al de las generaciones bíblicas. Y esto no les inspiraba ni temor ni desesperanza sino un gozo inefable y una honda paz que sus enemigos no conseguían arrebatarles.

- Dejamos transcurrir otros veinte años —una generación más— y llegamos al testimonio de **Maeykens Wens**. Ella y varias otras hermanas fueron condenadas a la hoguera en Amberes, Bélgica, en 1573. Dice así el relato, que sólo reproduzco en parte:

> «Una mujer piadosa llamada Maeykens Wens, era mujer del fiel ministro de la iglesia de Dios llamado Mateo Wens, de profesión albañil. En el mes de abril de 1573 ella y algunas compañeras de la fe fueron arrestadas en Amberes, y encerradas en la cárcel más dura de la ciudad. Entonces los eclesiásticos la sometieron a mucho conflicto y tentación, intentando apartarla de la fe. Pero cuando de ninguna manera, ni siquiera con las torturas más severas, pudieron obligarla a apartarse de su fe, el día 5 de octubre de 1573 fue leída su sentencia. Ella y sus compañeras, que también se habían mantenido en la fe, serían quemadas públicamente como herejes hasta que no quedara más que las cenizas.»

Esta sentencia se ejecutó el día siguiente.

> «El hijo mayor de Maeykens, llamado Adrián, tenía unos 15 años, y no pudo resistir el deseo de ver la ejecución. Tomó en brazos a su hermanito de tres años, llamado Juan, y se subió a un banco en la plaza, no lejos de donde estaban preparadas las estacas, para observar la muerte de su madre. Pero cuando la trajeron y la ataron a la estaca, Adrián se desmayó y cayó al suelo, donde permaneció inconsciente hasta que su madre y las demás ya habían ardido. Después, cuando la gente se hubo marchado, habiendo recobrado el conocimiento, fue al lugar donde habían quemado a su madre y hurgó entre las cenizas.

Encontró el tornillo con el que le habían sujetado la lengua y se lo quedó como recuerdo de su madre.»

(Era muy frecuente el recurso de sujetar la lengua de los mártires con una especie de gato a rosca. De lo contrario los mártires solían testificar, cantar y alabar a Dios, causando entre el pueblo una impresión contraria a los intereses de las autoridades.)

Dice así la última carta de Maeykens Wens a su hijo Adrián:

«Oh mi querido hijo, aunque ahora aquí te sea quitada tu madre, esfuérzate desde tu juventud en el temor a Dios para que la puedas recibir otra vez arriba, en la Nueva Jerusalén, donde nunca más habrá separación. Mi querido hijo, espero ahora ir delante tuyo; sígueme así como que valoras tu propia alma, porque aparte de éste no hay otro camino a la salvación.

»Ahora te encomiendo al Señor, que te guarde. Confío en el Señor que él lo hará, si tú le buscas. Amaos unos a otros todos los días de vuestra vida; toma en brazos a Juanito por mí de vez en cuando. Y si vuestro padre también os es arrebatado, cuidaos unos a otros. El Señor os guarde a todos. Mis queridos hijitos, daos unos a otros un beso por mí, para recordarme. Adiós mis queridos hijos, cada uno.

»Mi querido hijo, no temas este sufrimiento; no es nada en comparación con aquello que permanece para siempre. El Señor quita todo temor; yo no sabía qué hacer, fue tan inmenso el gozo que sentí cuando me sentenciaron. Por tanto no dejes de temer a Dios, por causa de esta muerte pasajera; no puedo expresar mi gratitud a Dios por la gracia que me ha mostrado. Adiós una vez más, mi querido hijo Adrián; siempre se bueno, te pido, con tu padre todos los días de tu vida, y no le des preocupaciones; esto os pido a todos, porque lo que pongo para el mayor va también para el menor. Ahora os encomiendo una

> vez más al Señor. He escrito esto después de oír mi sentencia a muerte por el testimonio de Jesucristo, el día 5 de octubre de 1573.»

Reflexiones finales sobre el martirio anabaptista

El movimiento anabaptista recordó y sigue recordando a sus mártires.

El grueso tomo de los martirios de los anabaptistas no violentos, que entregaron sus vidas por amor a Cristo, no intenta exagerar la virtud —el olor a santidad e incienso— de esas vidas. La impresión que nos deja es que eran gente normal, sencilla, piadosa pero sin exageración, con sus dificultades y luchas y lágrimas, aunque también su felicidad y consolación. Eran trabajadores, amas de casa, campesinos y artesanos; a veces siervos o esclavos. Gente mayoritariamente de condición humilde pero no necesariamente ignorante. Algunos, como hemos visto, sabían leer y escribir; aunque la mayoría probablemente eran analfabetos o sólo aprendieron a leer por su interés en conocer la Biblia.

En fin, eran como cualquier otro vecino de su pueblo, con una sola excepción: Que habían oído predicar el evangelio y que a partir de entonces el amor de Cristo ardía en sus corazones. Y sus vidas nunca hubieran sido recordadas salvo por una terrible circunstancia: Que en aquel siglo los obispos y príncipes cristianos —tanto católicos como protestantes— se dedicaron metódica y sanguinariamente a proteger el privilegio que la sociedad europea les reconocía como nobles y como representantes autorizados de Dios.

Porque en aquella era todo el mundo era cristiano. Pero no porque lo escogieran, sino porque mandaba serlo quien tenía poder para mandarlo. Un cristianismo voluntario —una santidad sin la debida autorización legal para ser santos— no podía ser admitida. Porque si alguien amaba a Cristo sencillamente porque escogía

amarlo —no por obediencia a las autoridades— todo el orden y equilibrio de la sociedad cristiana se tambaleaba y corría peligro de derrumbarse. Podríamos considerar que aquellas fueron vidas trágicas, puesto que acabaron en torturas terribles y muerte violenta. Pero ellos mismos, como hemos oído en sus propias palabras, las consideraban vidas privilegiadas y victoriosas.

Deberíamos observar, también, que los perseguidores tenían razón acerca del desenlace final de permitir un amor a Cristo voluntario y una santidad voluntaria —en lugar del amor y la santidad impuestos como deber cívico. Cuando por fin durante el transcurso del siglo XX las iglesias estatales acabaron de perder su poder sobre la sociedad, se descubrió que lo que el mundo quiere y prefiere es ser paganos y pecadores redomados. Si el mundo puede elegir, elegirán el pecado y la corrupción antes que imitar la santidad y el amor de Cristo. Donde la Iglesia ya no impone su pensamiento y su conducta por la fuerza del gobierno, el resultado es una sociedad descreída y secularizada; corrupta, licenciosa y enemiga del cristianismo.

Sin embargo aquellos anabaptistas que aceptaron el martirio sin devolver mal por mal, nos testifican, a través de los siglos, que esto siempre ha sido así. Que el mundo siempre será pecador y las tinieblas siempre serán oscuras. Llamar a las tinieblas «luz» y al mundo «cristiandad», no cambia en absoluto la naturaleza ni del mundo ni de las tinieblas. Las autoridades cristianas eran autoridades, sí, pero por eso mismo no eran **—no podían ser—** cristianas. La sangre de aquellos mártires testifica que donde todo el mundo es cristiano, es muy difícil serlo **de verdad**. La sociedad organizada por autoridades que presumían de cristianas, adoraba a Cristo pero no seguía a Jesús. Pero los anabaptistas habían descubierto que adorar a Cristo sin seguir a Jesús es un disparate, un contrasentido, un horror —un error diabólico.

Y ellos se propusieron romper con el diablo y seguir a Jesús el Mesías.

Capítulo 6.
Cómo hacer el anabaptismo práctico en nuestra vida

Nuestra iglesia en Burgos (España) realizamos un retiro todos los años aprovechando los días de vacaciones de Semana Santa. Una de las cosas memorables este año fue el símil que utilizó un hermano para describir la iglesia: «La iglesia —dijo— es como una luz en la calle, una noche de verano. Atrae todo tipo de insectos. Los que estamos aquí somos una colección de insectos, a cuál más feo y desagradable, que lo único que tenemos claro es que estamos hartos de vivir en la oscuridad».

Esto ensambla a la perfección con una de mis propias maneras favoritas de describir la iglesia: «Somos un centro de rehabilitación de adictos al pecado. Como en una reunión de Alcohólicos Anónimos, cada uno de nosotros tiene que ponerse en pie y admitir: "Hola, soy Fulano y soy un pecador; y estoy aquí porque os necesito para ayudarme a luchar contra mi adicción"».

Quiero imaginar que lo que hay detrás de la pregunta que se me ha dado para hoy: «Cómo hacer el anabautismo práctico en nuestra vida», hay otra que se sobreentiende más o menos equivalente y ciertamente más fundamental: «Como hacer el **cristianismo**, o **el seguimiento de Jesús** práctico en nuestra vida». No porque todos los cristianos tengan que ser **anabaptistas** sino porque se espera que todos los anabaptistas sean **cristianos**. La pregunta de fondo según entiendo yo la cuestión, entonces, es cómo hacer para que seguir a Jesús sea práctico hoy día. Quizá no es exactamente lo que tenían en mente los que me propusieron el tema. Pero es por ahí donde me ha parecido a mí útil abordar la cosa.

Y sin embargo esa inquietud —la de cómo hacer que esto sea práctico para nosotros hoy— es una inquietud que, cuanto más la considero y le doy vueltas y vueltas en la mente, se me antoja irrelevante ante la fulgurante figura y solemne Majestad de Jesús. Es decir que una pregunta perfectamente legítima respecto a un movimiento de hace 500 años; si la transformamos —como acabo de hacerlo yo— en una pregunta respecto al movimiento puesto en marcha por Jesús, resultaría bastante irrespetuosa.

Jesús, nuestro Señor y Cristo

Quizá sea necesario hoy día, con nuestras formas evolucionadas de gobierno, recordar lo que significaba en el siglo I de nuestra era aclamar a Jesús como «Señor» y «Cristo», las dos palabras que escogió expresamente Pedro para describir a Jesús en su predicación del día de Pentecostés, según Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

En la era apostólica «señor» es, ante todo, el soberano ante quien responden con la debida sumisión, obediencia y alabanzas profusas todos los que entran bajo su señorío. «Señor» es el amo con respecto a sus esclavos y esclavas; el latifundista con respecto a los campesinos que labran sus tierras; el noble frente a toda la chusma popular de gentes de casta inferior. Como ya hemos dicho, al señor se le debía no sólo sumisión y obediencia sino también alabanzas profusas, expresiones públicas de admiración que redunden en su mayor honra y gloria como persona superior que es. Quien era «señor» sabía perfectamente, con total naturalidad, que era superior a los que cabían bajo su señorío. Por tanto, cualquier falta de la debida sumisión —y en particular la falta de las necesarias alabanzas públicas— se recibía como insulto vergonzoso y vergonzante, evidencia de una honda ingratitud que envilecía a ambas partes por igual. La falta de muestras visibles y públicas de sumisión y alabanzas, venía a consti-

tuir un atrevido y subversivo cuestionamiento de su valía como persona naturalmente superior.

La persona de rango inferior, por su parte, tenía interiorizada su propia inferioridad y modestia. Desde su más tierna infancia había sido enseñado por todo su entorno social, a sentirse agradecido del privilegio maravilloso de servir a su señor. Estaba profundamente convencido de amar a su señor y sus exclamaciones públicas de alabanza y honra eran sinceras, en el sentido de que le resultaba materialmente imposible imaginar un orden social diferente a ese en que vivía, donde era tan manifiesta y visible su inferioridad. Su bajeza, villanía e inferioridad era tan palpable y expresa en todos los sentidos, que lo que daba sentido a su existencia era su relación de dependencia frente al prestigio y poder que ostentaba su señor.

Esta forma de entender la vida no sólo fue propia de la sociedad de la era apostólica sino que siguió siendo natural hasta hace muy pocos siglos y es observable en diversas expresiones de nuestra lengua castellana. Las palabras «noble» y «nobleza» indican toda una configuración de valores positivos y moralmente deseables. Las palabras «vil» y «villano», sin embargo, nos dan a entender una imborrable bajeza de carácter, aunque en su origen vienen sencillamente a nombrar a las personas que vivían en una villa, es decir la población de condición humilde. Pero como estas palabras, hay también otras que nos enseñan cómo los castellanos concebían las relaciones sociales en un mundo donde el «señor» realmente era reconocido como naturalmente superior en todos los sentidos.

Ahora bien; como observó muy bien Jesús, nadie puede servir a dos señores. Como se trataba no sólo de obediencia y sumisión sino muy especialmente de honra y gloria y alabanza, cualquiera expresión pública de alabanza del uno tendría en ese caso que entenderse como crítica o reserva mental acerca del otro —lo cual todo el mundo entendería como insultante y hondamente perjudicial para el se-

ñor así aborrecido. Era, en efecto, imposible e inimaginable servir a dos señores.

También es cierto que los señores tenían a su vez sus propios señores, personas más poderosas que ellos, a quienes ellos tenían jurada su lealtad, sirviéndoles y adulándoles con ardientes expresiones públicas de admiración. Luego también todo el mundo civilizado —que en aquella era se entendía coincidir exactamente con el Imperio Romano— tenía, en el sentido último de la palabra, un único Señor: el Emperador. Todo el mundo civilizado estaba organizado como una pirámide social, en cuya cúspide estaba el divino César. Como observó alguien de la época en uno de los típicos arrebatos de alabanza, puede que el César sea el último entre los dioses, pero su Divina Majestad es indudablemente el primero entre los mortales. La diferencia entre la civilización y la barbarie estribaba en que los bárbaros no cabían bajo la divina sombra protectora del Augusto soberano romano al que rendían pleitesía todos los seres plenamente humanos de la tierra.

Los judíos —como es natural— participaban plenamente en esta manera de entender la existencia, puesto que se tenían por tan civilizados como cualquiera. Sin embargo ellos, al menos, podían concebir de la posibilidad —por remota que pareciera— de que las exigencias del César fueran contrarias a las de su Dios. En un mundo realmente armonioso, las exigencias del Emperador no tenían por qué ser contrarias a las del Dios de Israel, puesto que sólo era posible haber llegado a Emperador con el beneplácito del Creador de cielos y tierra. Sin embargo ahí estaba, entre sus escritos sagrados, el libro de Daniel, donde había sido necesario obedecer a Dios antes que a los hombres, aunque el resultado fuera ser echados en un horno de fuego o en una mazmorra con leones.

En la dispersión judía por todo el mundo civilizado, se empleaba la versión griega de sus escritos sagrados. Los traductores habían escogido poner «el Señor» cuando llegaban a la palabra impronun-

ciable que nuestras Biblias en castellano suelen poner como «Jehová» o «Yahvé». De manera que la palabra «Señor» tenía para los judíos piadosos tres significados: Por un lado venía a significar el señor al que cada cual debía sus servicios y alabanzas. Luego también venía a indicar muy especialmente el Emperador en Roma. Y por último era también la palabra con que habitualmente se referían al Dios de Israel, el único Dios Viviente, Creador de cielos y tierra y todo lo que en ellos hay.

Hay que suponer que aquella mañana de Pentecostés Pedro, al designar al Jesús resucitado y ascendido al cielo expresamente como «Señor», está entendiendo que Jesús ocupa simultáneamente esas tres posiciones en la sociedad de los que le siguen:

Es su señor personal, a quien han de servir y alabar públicamente. Pero es también su soberano absoluto —en rebeldía contra el Emperador cuyos lacayos lo habían crucificado en Jerusalén— y, en efecto, era también Dios. Jesús tenía que ser en algún sentido lo mismo que el Dios de Israel, si era verdad lo que afirmaba Pedro, que Jesús había derramado el Espíritu de Dios sobre aquellos ciento veinte el día de Pentecostés. El espíritu de una persona es inseparable de la propia persona. El espíritu es como la respiración o el soplo. Ninguna otra persona puede hacerte sentir en la cara el aire que soplo yo. Si no soy yo quien sopla, no podrás sentir mi aliento —tendrá que ser el de esa otra persona, nunca el aliento mío. Así las cosas, nadie aparte de Dios mismo podía «derramar» el Espíritu de Dios en Pentecostés. Y si Pedro decía que Jesús lo había hecho, es que cuando dice que Dios ha hecho a Jesús «Señor» y Cristo, entiende que Jesús es en algún sentido lo mismo que el Dios de Israel.

Me voy a entretener menos con el concepto de Jesús como «Cristo», porque ya hemos hablado el otro día sobre lo que venían a significar las esperanzas mesiánicas entre los galileos y judíos de la generación de Jesús. La palabra hebrea *machíaj*, traducida al griego como *jristós* —es decir, Cristo— indicaban antes que nada la unción

que designaba al legítimo rey de Israel. La ceremonia de unción era más o menos equivalente a lo que sería hoy en día jurar un cargo de gobierno. Era una ceremonia donde la persona, que antes no era más que el príncipe heredero —o en el caso de David, un particular, de otro linaje que el del monarca reinante— pasaba a ser investido plenamente de la autoridad que es consubstancial al cargo de rey.

Algunos salmos copian una expresión que era absolutamente normal y corriente en el mundo de la antigüedad para referirse a los reyes. Estos salmos llaman al rey de Jerusalén, al ungido que gobernaba sobre Israel, «hijo» de Dios. Quizá se inspiraran en aquellos salmos los profetas de Israel que en su anuncio de una Nueva Era «mesiánica» cuando volvería a gobernarlos un soberano legítimamente «ungido» —es decir, un auténtico *«cristo»*—, venían a dar a entender que era Dios mismo quien los gobernaría. En algún sentido esperaban que Dios mismo sería el Rey de Israel, a la vez que reinara un «hijo de Dios» que sin dejar de ser humano, de alguna manera sería lo mismo que estarles gobernando Dios en persona.

A no ser que prefiramos imaginar que aquella mañana de Pentecostés Pedro se puso a decir cualquier disparate que se le pasaba por la cabeza —que de puramente demencial no exige que lo tengamos en cuenta— tenemos que suponer que Pedro sabía muy bien lo que decía al alegar que Dios había hecho a Jesús, Señor… «y Cristo». Esto era declarar que Jesús —desde un trono celestial ya que no desde Jerusalén— es el auténtico Rey de Israel del que hablaban los profetas. Es el legítimo «ungido» de Dios para gobernar una Nueva Era de paz y justicia entre la humanidad, conforme a la voluntad de Dios.

Y en algún sentido, otra vez, esta afirmación viene a dar a entender también la divinidad de Jesús. ¡Afirmar que Jesús había ascendido al cielo —y que era precisamente **desde allí** que gobernaba como *Mesías* o *Cristo*— no podía significar otra cosa!

He dado todo este rodeo para venir a explicar por qué me parece que la pregunta de cómo hacer práctico el cristianismo para nuestras vidas puede que sea una pregunta irrelevante o incluso impertinente, puesto que parecería poner en entredicho la autoridad de la Divina Majestad de aquel Jesús el «Cristo», a quien decimos seguir.

En la medida que nos a situamos en la relación de debida sumisión y obediencia ante Jesús, nuestro Señor y Cristo —en la medida que reconocemos que nuestra relación con él exige no sólo sumisión sino alabanzas y aclamaciones públicas de su valía, honor y gloria como Señor— empezamos a caer en la cuenta de que preguntarnos si esto es práctico, o cómo hacer que sea práctico, puede parecer encerrar una actitud deshonrosa o incluso insultante.

Es que no tiene por qué ser práctico.

¡Es lo que manda el Señor —y no hay nada más que hablar!

Ese es el único dato relevante, la única cosa que importa. Que Jesús, según la primera carta de Pedro, padeció la cruz «para que nosotros pisemos en sus huellas», viviendo como él —que al fin y al cabo es Nuestro Señor y Cristo—vivió y nos mandó vivir. Y el que nos parezca práctico o no, en ese caso, no viene en absoluto a cuento. Si es que de verdad creemos que Jesús sea «Señor y Cristo», ya podemos imaginar la cara que se nos va a poner el día que tengamos que presentarnos ante él; y cuando nos pregunte qué hemos hecho con nuestras vidas —se nos ocurra decirle que no nos había parecido del todo práctico hacerlo como él lo hizo y lo mandó hacer.

¿Qué tiene de abstracto, de difícil de entender —de filosóficamente retorcido y rebuscado—, de **impráctico** o **impracticable**, dejarse matar en lugar de ser uno mismo quien mata? ¿Cómo le vamos a explicar a él, que entregó así su vida para dejarnos su ejemplo de que **sí** es perfectamente posible y práctico… que no, que no nos acababa de convencer… que nos parecía poco «práctico»?

¿Qué tiene de abstracto o de poco práctico —impracticable— servirnos unos a otros en mutua armonía y amor fraternal, como si todos —sin excepción— fuéramos esclavos unos de los otros, a la vez que ninguno de nosotros se comporta como amo y señor? ¿Quién fue el que se desvistió hasta quedar en paños menores, se puso una toalla sobre las rodillas, se postró ante los discípulos… y les lavó los pies como cualquier vil esclavo sin honra ni prestigio? ¿Con qué cara vamos a decirle que al fin de cuentas y habiéndolo pensado bien… que no, que en realidad ese tipo de conducta no nos parecía **práctica** o **practicable**?

¿Acaso no son prácticos —no vienen a describir una vida perfectamente práctica y practicable— los mandamientos divinos según los explicó Jesús?

¿No es posible, entonces —no nos parece práctico— tener un solo Dios, el mismo que nos redimió de dura opresión y esclavitud en Egipto— y adorar sólo a él y no hacer ninguna imagen para adorarla como si fuera un dios? Bien es cierto que hay muchas posesiones que nos pueden acabar poseyendo —como los ídolos poseían a los que los poseían— pero en principio, no debería ser tan difícil renunciar a adorar ninguna otra cosa sino solamente al Dios que nos creó, en quien tenemos nuestro existir y subsistir. En principio, no se me ocurre ninguna cosa más práctica que decir claramente que tenemos una única lealtad en esta vida, y que esa lealtad no es ni a las cosas materiales ni a la patria ni a un sistema de gobierno ni a un partido político ni a un club de fútbol —ni siquiera a la familia— sino solamente a Dios y a su Hijo Jesucristo.

Las derivaciones prácticas de sólo adorar a este Dios que nos liberó de dura servidumbre en Egipto son enormes. ¡A cuál más práctica y más urgente!

¿No es posible, entonces, vivir el día sábado —es decir, el día señalado por Dios para descanso de los que trabajan de sol a sol—

como lo vivió Jesús mismo: no con legalismo ni formalismos para hacer ver nuestra piedad, sino para sanar a enfermos y liberar a endemoniados? Hombre, tal vez nos falte fe para esa clase de obras sobrenaturales; pero la buena intención de guardar los días de descanso sin por ello negarnos a hacer el bien, eso no sólo es práctico y practicable, sino que sería una práctica eminentemente saludable y beneficiosa, que habría que recomendar para la humanidad entera.

¿Cuándo dejó de ser práctico honrar a padre y madre? Desde siempre, en cada generación, los padres nos hemos dado cuenta que nuestros hijos de verdad están abrazando el evangelio y dejándose «convertir» a Cristo, porque empiezan a hacer algo tan sencillo y natural como agradecernos la vida y mostrarnos un poco de respeto y afecto filial. Hoy día —con la desvergüenza y falta de respeto que cunde en las grandes ciudades modernas— esto tal vez exija una auténtica irrupción de lo sobrenatural en los corazones de los hijos hacia los padres. Pero que es **práctico**, es inaceptable que nadie lo ponga en duda. Como dijo el apóstol, este es el primer mandamiento con promesa: para que nuestros días se alarguen sobre la tierra. ¿Y qué hay más práctico que abrazar conductas y actitudes que generan vida y luz en lugar de oscuridad y muerte?

Pero me aparto de lo que realmente interesa:

Que **aunque no fuera práctico**, sigue siendo lo que Jesús nos enseñó. Y a no ser que seamos una generación totalmente impía, irremediablemente alejados de Dios, sin ninguna posibilidad de salvación, tiene que ser posible declarar nuestra lealtad a Jesús como nuestro «Señor» y «Cristo». Y si esto es lo que declaramos, entonces sus palabras y su ejemplo nos marcan inevitablemente nuestro destino y nuestra manera de vivir.

Y al que no le parezca práctico, que por lo menos no presuma de hacerse llamar «cristiano».

La necesidad de conversión

Volvemos así a los anabaptistas no violentos del siglo XVI. Porque si hay una cosa que ellos tenían muy claro, es que lo que no es posible ni exigible ni **práctico** para el mundo, sí es posible y **necesario** para la comunidad de los Elegidos, los que siguen al Cordero y han lavado sus ropas en su sangre redentora. Aquellos anabaptistas del XVI, entendían que es necesaria la **conversión**, el nacer de nuevo, el ser transformados de una antigua naturaleza pecadora sin remedio, a esta nueva naturaleza de los adictos al pecado, sí, pero por lo menos en proceso de recuperación y rehabilitación. El mundo siempre será el mundo y siempre se opondrá al gobierno de Jesús, nuestro Señor y Cristo. Pero por eso mismo, porque el mundo siempre será el mundo, es necesario que la Iglesia abrace sin ninguna duda, sin ninguna sombra de ambigüedad, nuestra naturaleza como Comunidad de los que hemos dado la espalda al mundo y hemos decidido seguir a Cristo.

Hermanos y hermanas: Justificados por la gracia de Dios mediante la sangre de su Hijo Jesucristo, impulsados por el poder del Espíritu Santo que arde en nuestros corazones, hemos de abrazar con ilusión, apasionadamente, la meta de la santificación, el objetivo de vivir como comunidades de gracia, santidad y justicia, en medio de un mundo corrupto e impío, violento y rebelde contra su Creador.

Ninguna cosa menos que esto reflejaría las virtudes de aquel que nos amó y nos llamó a su luz admirable y nos ungió como sus representantes escogidos. Cualquier conformarnos con menos sería insultante y perjudicial para la honra y gloria de nuestro Señor y Cristo.

Ahora bien, el puro realismo es que esto no es ni práctico ni posible para los que no han nacido de nuevo. El concepto del señorío de

Cristo nos exige comprender que hay una línea divisoria entre los que siguen a Jesús y los que le rechazan. Y no es solamente cuestión de ideales y metas, de aprobar con el intelecto que determinadas conductas y actitudes serían preferibles a otras. Se trata de ir mucho más hondo, a la propia naturaleza de nuestra existencia humana. Los que son de la carne necesariamente vivirán conforme a la carne, por mucho que aspiren a agradar a Dios. Pero los que son del Espíritu hallan recursos interiores, el Espíritu de Dios que apoya y fortalece la resolución de nuestro ánimo, que nos va rehabilitando y transformando a la misma imagen de Aquel a quien amamos y anhelamos agradar.

Así lo expresa 1 Juan: *Amados, ahora ya somos hijos de Dios. Sin embargo, todavía no es visible qué es lo que llegaremos a ser. Porque sabemos que cuando Él sea visible, se verá que somos iguales que Él. Porque lo veremos tal cual Él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se santifica, puesto que Él es santo* (1 Jn 3,2-3).

Hay dos naturalezas humanas. La humanidad «adánica», que es contraria a Dios porque procura agradar a Dios por sus propios esfuerzos para presentarse ante Dios como digno y aprobado por sus propios méritos humanos. Y la humanidad «crística», que como Cristo mismo, se deja llevar y conducir por el Espíritu de Dios, dependiendo del don de la gracia divina que todo lo transforma y todo lo santifica en Dios y para Dios, a fin de que todo el mundo comprenda que los únicos méritos y la única gloria le corresponden a Dios, jamás a nosotros.

Ningún anabaptismo —es decir, ningún cristianismo auténtico— puede ser práctico sin la realidad de **conversión**, por la que somos trasladados del reino de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios. Si los anabaptistas no dieron por válido ningún presunto bautismo que no fuera escogido voluntariamente por personas lo bastante mayores de edad como para tomar decisiones consecuentes para todo el resto de su vida, no es —como se nos sigue acusando

hasta el día de hoy— para traer división a la Iglesia, sino para que sea perfectamente visible la división entre el mundo y la Iglesia, entre los nacidos de la carne y los nacidos del Espíritu.

Tampoco nos motiva un perfeccionismo inalcanzable, donde sea posible imaginar que los que nos hemos integrado al cuerpo de Cristo mediante el bautismo, somos ya incapaces de caer en el pecado —y debiéramos ser expulsados si pecamos. Ya hemos declarado al iniciar nuestro tema de hoy, que la Iglesia es como una luz en la calle que atrae todo tipo de insectos, a cuál más feo e indeseable. Ya hemos confesado que la naturaleza de la Iglesia es ser una comunidad de rehabilitación de adictos al pecado, que nos reunimos para apoyarnos —como se hace en Alcohólicos Anónimos y otras organizaciones parecidas— en nuestra lucha constante contra la recaída en hábitos que deseamos romper. Pero tiene que seguir siendo posible distinguir entre aquellos que nos sentimos atraídos por la luz, aunque nos ciegue los ojos y nos queme las alas, y los que huyen de la luz. Tiene que ser posible distinguir entre adictos que confiesan su adicción abiertamente y buscan la comunión de otros adictos para apoyarse unos a otros a combatir sus malos hábitos, y otros que ni siquiera se saben adictos ni están dispuestos a admitir que sus conductas y actitudes son perjudiciales y perversas.

Os confieso que llegados aquí, tengo un problema difícil de resolver, porque hay personas cuya experiencia de la predicación cristiana ha sido enteramente negativa. Hay personas que siempre que oyen las palabras «pecado» y «santidad» se sienten juzgados y condenados, rechazados y marginados de Dios, pero no por sus propias conciencias ni siquiera por Dios, sino por quien utiliza las palabras «pecado» y «santidad». Piensan que cualquiera persona que utiliza esas palabras, «pecado» y «santidad», por el propio hecho de que esas palabras están en su vocabulario, se siente superior, menos pecador y más santo que ellos. Naturalmente, si cuando yo hablo de la necesidad de estar convertidos para poder vivir por el Espíritu y agradar a Dios, alguien siente que le estoy juzgando y condenando

porque me creo superior, porque me creo tener un acceso privilegiado a la Deidad que considero que los demás no tienen… si eso es lo que se piensa que yo pienso de mí y de ellos cuando hablo de «pecado» y «santidad» y «conversión», entonces es normal que la gente se sienta irritada al oírme.

Es muy posible que haya algunas personas así aquí, hoy, que interpreten éste mi discurso como un ataque personal contra ellos y una exhibición de un orgullo y soberbia inaceptables por parte mía.

El problema se debe, al menos en parte, a que estas palabras tienden a utilizarse mal en la lengua castellana. No sé si es así aquí en México, pero en España me parece que la palabra «pecado» ha pasado a significar «conductas **sexuales** desaprobadas por **el clero católico**». Pero yo la utilizo en el sentido bíblico: «Pecado» son todas aquellas conductas **y actitudes**, **de cualquier índole**, que deshonran al Señor y manifiestan insumisión a su señorío, poniendo en entredicho su valía y sus méritos como Señor.

Al utilizar estos términos, entonces, —al decir que no puede ser lo mismo el mundo que la iglesia— quiero que se entienda que yo sé muy bien que soy uno de los insectos atraídos por la luz; que conozco y confieso abiertamente mi condición de adicto al pecado… pero que he hallado a Alguien que me da esperanzas de llegar a ser la persona que anhelo ser. Que mi Señor y Salvador se me ha acercado, no para juzgarme y condenarme sino para invitarme a su comunión y llenarme de su Espíritu divino, para lavarme de todos mis pecados y ofrecerme su amor y amistad incondicional. Y ese acercamiento de Dios a mi vida es, naturalmente, un acercamiento **transformador**. Pero no por méritos míos sino por la superabundancia de la gracia inmerecida de Dios que actúa en mí.

Quiero que se entienda que no soy una persona ya convertida sino en proceso de conversión. Que así como quien ha sido drogadicto en el pasado es siempre un drogadicto en potencia y necesita es-

tar siempre en guardia contra las trampas que le tiende la droga, yo me confieso un pecador en rehabilitación, en lucha permanente contra el pecado en mi vida. Y que en la medida que obtengo victoria sobre el pecado, es por el poder y la gracia y el Espíritu de Aquel que me redimió y me arrancó de las garras de Satanás.

Es esto lo que entiendo cuando hablo de «nacer de nuevo» o de «conversión», de separar entre el pecado y la santidad, entre el mundo y la Iglesia. Porque la santidad no es algo que se consigue. Es una forma de entender la vida. La santidad es la aceptación de que Dios nos ha apartado enteramente para servirle a él, para agradarle a él y hacer su voluntad. No es un estado superior al que he llegado sino una invitación permanente a seguir al hombre que más admiro de toda la historia de la humanidad: a Jesús el hijo de María, crucificado por hombres tan perversos como yo mismo pero con todo, a pesar de todo, Hijo de Dios y Señor mío.

Él es la luz en mi camino, el hombre que hace que no tenga que encontrar yo solo el camino. Él es quien me muestra con su ejemplo humano el camino a seguir para ser plenamente humano. Y si sigo esa luz, si piso en sus huellas, sé que no me perderé, por oscuras que sean las tinieblas en derredor y por mucho que ruja el diablo que desea devorar mi alma.

¿Cómo realizar un anabaptismo —es decir un cristianismo— práctico en nuestras vidas, entonces? Pues un primer paso sería el de entrar por la Puerta, el de escoger seguir el Camino, el de dejarse atraer por la Luz, el de admitir que somos pecadores en necesidad constante y permanente de rehabilitación de nuestra adicción al pecado. Nacer de nuevo a una nueva vida llena de posibilidades que la vieja vida nunca nos pudo ofrecer.

No hay salvación fuera de la Iglesia

Quiero concluir con un último concepto que guarda estrecha relación con todo lo dicho hasta aquí y que a algunos les resultará tan escandaloso e inaceptable como hablar de «pecado» y «santidad» y «conversión».

A veces las mismas palabras, según quién las diga, pueden significar cosas muy diferentes:

Cuando un católico se reafirma en el dogma de que no hay salvación fuera de la Iglesia, lo que quiere decir es que es sólo si se está en comunión con el Papa de Roma, si se aceptan las doctrinas y especialmente la jerarquía de esa rama del cristianismo —la única que gestiona como es debido los Sacramentos divinos— que puede hacerse eficaz la salvación en Cristo.

Por eso es muy difícil que se vaya a oír a un protestante o evangélico o pentecostal hacer esa afirmación. Y si lo dicen, será con la idea de que toda persona que tiene fe en Cristo o que ha vivido experiencias del poder y la proximidad de Dios, está naturalmente en «la Iglesia» universal, de la que sólo Dios sabe quiénes son miembros verdaderos, puesto que la Iglesia es invisible —precisamente por ser universal.

Pero para los anabaptistas del XVI —y sugiero que también para nosotros hoy—, es posible hacer esta afirmación como declaración de la singular importancia que tiene la comunidad local, personal y de apoyo mutuo, de los cristianos comprometidos a seguir a Jesús de verdad, con seriedad y consecuentemente.

Creo que ni en el mundo en que vivieron Jesús y los apóstoles, ni en el mundo de Menno y los anabaptistas en el siglo XVI, hubiera sido comprensible el individualismo que a muchos hoy día nos pa-

rece tan natural. Para ellos no había identidad fuera de un entorno social al que uno «pertenece».

Uno se identificaba como hijo de José, hijo de Jacobo, etc., indicando con su genealogía su lugar dentro de una amplia red de relaciones familiares. [Y en el siglo XVI, Menno se llamaba Simons —o *Simonszoon*— no un apellido en el sentido moderno sino un patronímico; es decir, que Menno era hijo de un tal Simón.]

Uno se identificaba como «de Nazaret» o «de Jerusalén» o donde fuera, indicando así su pertenencia a un amplio entramado social de los que se habían criado juntos y seguían viviendo juntos en determinado lugar. [Y Menno era frisón —de Frisia, una región de los Países Bajos— cosa que todo el mundo sabía al escuchar su dialecto y pronunciación de la lengua neerlandesa o bajoalemana; y esto significa especialmente que a Menno se le presuponían ciertos rasgos de carácter y forma de ser, atribuibles a las personas de aquella región.]

El esclavo era una persona excepcionalmente vulnerable por estar totalmente despojado de estas señas de identidad colectiva. Su única identidad posible, entonces, era la de su amo, en cuya casa había nacido o que le había comprado, haciéndolo suyo y dándole por tanto su propia identidad.

En el mundo bíblico, y sugiero que esto seguía siendo bastante cierto en el siglo XVI, la conversión no era —no podía ser— algo que se producía en el aislamiento de la conciencia interior personal y sin derivaciones prácticas en cuanto a la identidad social del individuo. No, la conversión conllevaba necesariamente la resocialización del individuo en una nueva red social, de la que a partir de entonces derivaría su identidad. Esta nueva identidad social se entendía como una familia bajo la paternidad de Dios, donde todos los miembros eran hermanos y hermanas unos de otros. Se podía concebir incluso como un cuerpo viviente, del que todos eran miembros, donde el

dolor y la alegría de cada uno eran vividos en carne propia por todos los demás. Donde tampoco podían haber, entonces, ni secretos ni independencia de criterios. El pecado de uno contaminaba a todos y las opiniones de cada cual se sometían al discernimiento de la comunidad.

La variedad de anabaptismo que logró sobrevivir y perpetuarse en generaciones subsiguientes hasta el presente, tuvo por ello un marcado interés en la disciplina interna, el discernimiento de pecados y la exigencia de santidad, como muestra de pertenencia a Cristo y lealtad fraternal. En primera instancia supongo que esto respondía ante todo a una exigencia práctica: cuando los anabaptistas se reunían en células clandestinas bajo la amenaza inminente de arresto, torturas y martirio, había que estar bien seguro de que todos los miembros realmente estaban convertidos y santificados y eran de fiar. La persona propensa a tomarse con ligereza la instrucción moral de Jesús y de la comunidad, podía suponerse que tampoco resistiría la tortura sin delatar a sus hermanos y hermanas.

Pero rápidamente se pasó de esta lógica exigencia práctica, a una manera de entender la vida cristiana como entrega absoluta. Entrega en primera instancia a Cristo pero también, naturalmente, a su cuerpo la iglesia. La iglesia, no cómo abstracción generalizada de todas las personas que son salvas, sino como comunidad próxima, inmediata, personal; las personas con quienes uno compartía su culto a Dios y los riesgos de una religión clandestina y perseguida. De la comunidad, cada cual recibía con gusto la instrucción y exigía con convencimiento la necesaria disciplina para no errar ni a diestra ni a siniestra del camino recto que agrada a Dios.

La arrogancia propia del hombre moderno individualista, sin embargo, nos lleva a imaginar que cada persona se pueda valer por sí mismo para vivir vidas rectas. Imaginamos, entonces, que ya no necesitamos la iglesia como apoyo indispensable para mantenernos fieles a Cristo. Así la disciplina en la iglesia cambia de significado.

Empezó como un apoyo fraternal, de plena y completa mutualidad, donde cada cual da y recibe corrección en una comunidad de iguales. Pero ahora empieza a sentirse como una obligación externa y artificial, de juicio y condenación. Ya no se recibe como ayuda y apoyo para la vocación de santidad que nos hemos trazado, una vocación tan elevada que es imposible conseguirla si no es en comunidad, entre todos. Se recibe, al contrario, como la carga pesada de una ley impuesta por personas que ni nos comprenden ni nos conocen.

Así la disciplina en la iglesia, en lugar de ser un discernimiento comunitario donde todos hablan y todos escuchan —y entre todos recibimos la guía del Espíritu mediante la Palabra— pasa entonces a ser tradiciones humanas que nos vienen por costumbrismo desde un pasado remoto, y que no conservan ya ninguna conexión real con nuestra vivencia presente. Esta misma dinámica la conocía bien Jesús en la sociedad judía rural de la Galilea donde se crió. Jesús había tenido que saltarse las normas de ese tipo de disciplina legalista, la que procuraban imponer los escribas y fariseos. Pero no lo había hecho para abandonar la disciplina sino, precisamente, para inaugurar esta nueva forma de disciplina, que se vive como discernimiento en comunidad bajo la guía del Espíritu y la Palabra.

¿Es esto práctico, entonces?

¿Se puede llevar a la práctica hoy día?

¿Nos queda todavía algún lugar para la disciplina en la Iglesia? ¿Para nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, con nuestro individualismo férreo, nuestro convencimiento del valor irrenunciable de la conciencia individual y personal que jamás debe doblegarse ante nada ni nadie, tiene algún sentido seguir diciendo que «necesitamos» la Iglesia, que nos «necesitamos» unos a otros?

Puede que sí, puede que no… el tiempo lo dirá.

Pero sospecho que si no recuperamos la convicción de que nadie puede valerse por sus propias fuerzas, lo vamos a tener difícil para comprender e imitar el estilo de vida del Nuevo Testamento y del movimiento anabaptista del siglo XVI. El ser humano heroicamente individualista que se estila hoy día va a tener que humillarse muy mucho si quiere hacer suyas estas antiguas tradiciones de Jesús y sus seguidores.

Pero aunque tengamos un camino largo por delante, todo camino empieza con un primer paso. Y el primer paso, me parece a mí, viene a ser ese que se toma en asociaciones de rehabilitación para adictos, donde la gente admite el fracaso de su proyecto individualista de vida:

> *—Hola. Me llamo Dionisio y soy un pecador. He venido aquí esta mañana porque necesito vuestra ayuda y apoyo para tratar de vivir, un día a la vez, sin volver a caer en mis horribles hábitos de rebeldía contra Dios.*

En conversaciones posteriores a la presentación de esta ponencia, hubo quien expresó sentirse incómodo con que acabara en esta nota de confesión. Las inquietudes expresadas me parecieron legítimas y me conducen a las siguientes reflexiones:

A mi juicio, la confesión de pecados en el seno de la comunidad cristiana no constituye en absoluto una negación de la obra transformadora de Cristo y del Espíritu Santo en nuestras vidas.

En las comunidades anabaptistas o menonitas no tenemos la confesión como «sacramento», pero sí entendemos que es indispensable para nuestra salud espiritual.

Si en nuestras comunidades no cabe confesar que nuestro proyecto de reforma personal a la imagen de Cristo frecuentemente zozobra, que «la carne» a veces puede más que las más puras intenciones de nuestro «espíritu», el resultado no es que por aparentar ser más santos realmente lo seamos.

Al contrario, es cuando nos confesamos que descubrimos el poder revitalizador del perdón de Dios, expresado con palabras de apoyo y de ánimo entre condiscípulos en este Camino.

No estoy hablando, entonces, ni de confesión a un individuo que hace de sacerdote, ni de negar el poder transformador del Espíritu que nos da victorias constantemente en la tentación. Estoy hablando sencillamente de «andar en la luz» unos con otros, sin fingir lo que no hemos conseguido ni aparentar lo que todavía no hemos alcanzado, con humildad y sencillez y transparencia en la comunidad de los seguidores de Jesús.

¡Nos necesitamos unos a otros!

Si nuestra comunidad no está allí para tendernos una mano cuando tropezamos y caemos, ¿quién nos levantará? La cautividad del **secreto** de nuestros tropiezos es una de las peores trampas que nos tiende el diablo. Hay que romper con ese secretismo y atrevernos a ser hermanos y hermanas unos de los otros, no para juzgarnos unos a otros sino para prestarnos apoyo mutuo en este Camino.

Apéndice.

Algunos elementos esenciales de nuestra fe

1. La humanidad no existe por mera casualidad, sino que nuestra existencia (creación) es el resultado de un plan eterno de Dios, quien desea existir en relación eterna de amor y mutualidad con nosotros, comunión que es inseparable de relaciones de amor y mutualidad entre las personas.[1]

2. La frustración de este plan en la realidad humana desde la antigüedad, frustración que experimentamos cada día como sufrimiento, maldad y violencia a todos los niveles y muerte, motiva a Dios a tomar la iniciativa como Salvador también cada día, con el fin de restaurar todas las cosas conforme a su voluntad eterna.

3. Esta iniciativa salvadora (restauradora) permanente y constante de Dios, se plasmó hace 2.000 años concreta e históricamente en Jesús de Nazaret, el hijo de la judía María, que en sus actitudes, palabras, conducta, relaciones con el prójimo y autoridad sobre la Naturaleza y sobre toda fuerza de maldad, manifestó la plena potencialidad humana (lo que el ser humano puede volver a ser conforme al eterno plan de Dios); y manifestó a la vez la sempiterna gracia y bondad de Dios para con nosotros a pesar de nuestro fracaso histórico y diario.

---

[1] Estos diez puntos fueron esencialmente lo adoptado en 2003 como contribución de las Iglesias menonitas y de Hermanos en Cristo en España, hacia un proyecto de elaboración de una Confesión de Fe que pudieran tener en común todas las iglesias que constituyen el Congreso Mundial Menonita. Aquel proceso culminó con las *Convicciones compartidas* del CMM, que se pueden leer en el sitio que dicha organización mantiene en internet: http://www.mwc-cmm.org

4. Los romanos y los judíos (porque entre ellos concretamente vivió él) actuaron como representantes exactos de la humanidad entera al rechazar a Jesús. Con su crucifixión se puso de manifiesto la magnitud de nuestra rebeldía contra el plan eterno de Dios. Jesús aceptó la tortura y muerte con profunda dignidad humana y perfecta resistencia contra la tentación de defenderse mediante fuerza y violencia; y culminó al morir de esa manera su fiel testimonio acerca del camino que agrada a Dios.

5. Empezando al tercer día después de su muerte, la pequeña comunidad de sus seguidores fue reiteradamente testigo, durante cuarenta días, de que Jesús volvía a estar vivo entre ellos. Posteriormente, ellos y las generaciones de sus seguidores que se han ido sucediendo siglo tras siglo, seguimos observando innumerables indicios que nos comprueban más allá de toda duda, que Jesús de Nazaret vive hoy. Esta convicción es el fundamento de nuestra esperanza de que nosotros también volveremos a vivir después de muertos.

6. Entre los indicios que nos manifiestan la realidad de la resurrección de Jesús, señalamos como de especial importancia la presencia en y entre sus discípulos de lo que llamamos el Espíritu Santo. Es la luz interior, la Presencia viva, dinámica, llena de poder y autoridad divinas, indescriptible aunque inconfundible, que nos guía y día a día nos inspira a seguir a Jesús, vivir como él vivió, rechazar la violencia como él la rechazó y amar a Dios y al prójimo como él amó.

7. La salvación (restauración) de cada ser humano conforme al eterno plan de Dios es profundamente personal y a la vez siempre, sin excepciones, crea comunidad. La Iglesia es la comunidad de los seguidores de Jesús, íntimamente conocedores del perdón, la gracia y el favor inmerecido de estar en justa relación con Dios. Es una comunidad de discípulos que se reconocen todavía incompletos en su transformación personal, una comuni-

dad por tanto de apoyo y corrección mutua, de confesión, humilde honestidad, perdón. Es una comunidad que discierne conjuntamente el camino a seguir en medio de un mundo cambiante, donde las normas y costumbres están siempre en flujo. La Iglesia, imperfecta, a veces equivocada, torpe o insensible como cada uno de sus miembros, no es todavía la restauración perfecta de la eterna voluntad de Dios. Pero en su comunión hallamos los recursos necesarios para seguir en comunidad el camino que nos ha trazado Jesús, hasta la culminación eterna y completa de los designios divinos.

8. Como el individuo, la comunidad local de la Iglesia está en estrecha relación personal con Dios y a la vez necesita la corrección y la relación fraternal de otras comunidades. La Iglesia es local pero su unidad va más allá de las comunidades locales. La comunión mundial da testimonio de que el evangelio de Jesucristo trasciende toda localidad, cultura, idioma, costumbres, nacionalidad, raza, genero y diferencia social imaginable entre los seres humanos.

9. Aprendemos todas estas cosas —y muchas más— en la Biblia, que contiene un fiel registro de las convicciones que inspiraron primero a los hebreos y luego a los primeros cristianos. Estos antiguos escritos dan forma a las convicciones cristianas en cada generación y constantemente obligan a la Iglesia a reevaluar sus ideas, actitudes y conductas en las nuevas circunstancias de cada día para que, supervisada en su labor de discernimiento por el Espíritu Santo y el ejemplo servicial y no violento de Jesús, la Iglesia pueda renovarse constantemente en su fidelidad a la eterna voluntad de Dios.

10. Opinamos que lo expresado en estos párrafos es perfectamente compatible con los credos que desde la antigüedad mantienen las diversas iglesias cristianas, aunque consideramos que esos credos resultan incompletos porque no mencionan la necesidad

de vivir como Jesús vivió y adoptar su entrega no violenta a favor del prójimo como único estilo de vida propio de los cristianos.